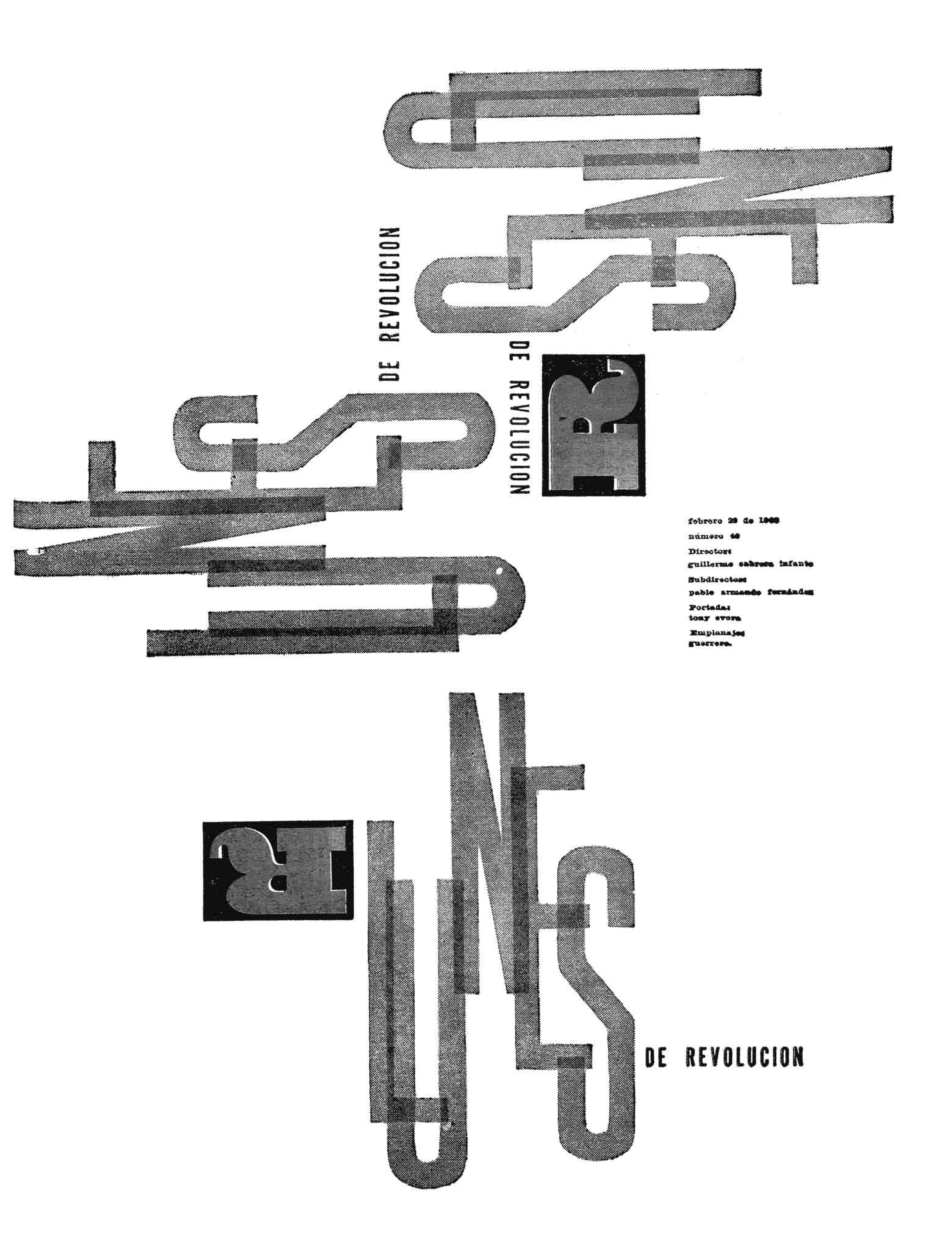


febrero 29 de 1960
número 48
Director:
guillermo cabrera infante
Subdirector:
pablo armando fernández
Portada:
tony evora
Emplanaje:
guerrero.

LOS INDIOS PANAMENOS

por
Gregorio
Ortega

"¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América".

José Martí

En un edificio situado en una esquina del parque de Santa Ana, el parque de los mítines y los tumultos en el corazón de la ciudad de Panamá, trepamos por una escalera empinada, de gastados y sucios escalones. Un pasillo conduce a un salón en forma de triángulo, con numerosas ventanas en dos de sus lados. Al fondo del salón, en el ángulo de la esquina que se asoma al parque, en torno a una larga mesa, nos espera un grupo de indios. La mayoría son estudiantes y entre ellos se encuentran guaymíes, chocoes y cunas, los tres pueblos aborígenes que quedan en el Istmo.

Cuando llegaron los españoles a la tierra que llamaron Veragua o Castilla del Oro encontraron en ella sesenta tribus de indígenas. Oviedo calculó que el Istmo estaba poblado por dos millones de indios; el padre Acosta S. J. redujo la cifra a trescientos mil; algunos historiadores modernos estiman que medio millón es una cantidad aceptable. Hoy son un poco más de cincuenta mil. Según el Censo de 1950, partiendo de la lengua que hablan, se dividen en dieciocho mil guaymíes, que habitan en las provincias de Bocas del Toro, Chiriquí y Veragua, quince mil trescientos cunas, que viven en la Comarca de San Blas, y unos dos mil setecientos chocoes en las provincias de Darién y Panamá.

Los cunas son residuos de los caribes, pueblo de audaces navegantes que ocupó la costa atlántica de Panamá; los guaymíes proceden de las numerosas tribus que moraron en la costa del Pacífico hasta el río Chagres, tribus derivadas de los nahuas y de los mayas, y los chocoes tienen su origen en la unión de los indios panameños del Darién con los caucanos de Colombia.

Herminio Garrido Díaz, estudiante cuna nacido en la Isla Río Azúcar o Kuebi, en la Comarca de San Blas, nos va presentando a sus amigos.

—¿Cuál es la causa del contrabando que canoas colombianas realizan en la Comarca de San Blas? —preguntamos.— Los diarios de Panamá están formando un gran alboroto en torno al hecho. Ayer afirmaba el corresponsal de "El Panamá América" en Colón que los indios montaban guardia armados de machetes para impedir que las autoridades sorprendieran sus trueques con las embarcaciones procedentes de Cartagena, Colombia.

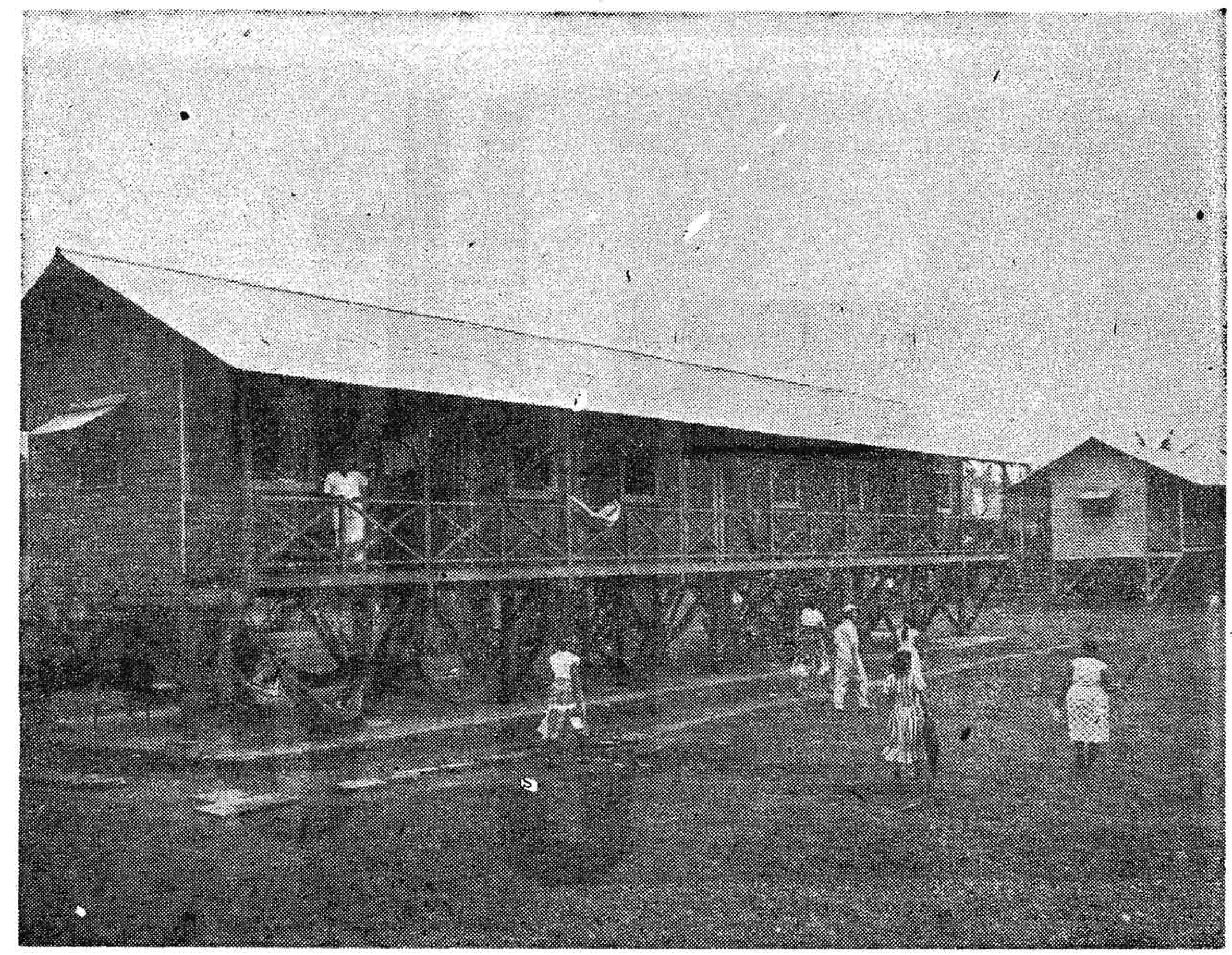
Herminio Garrido nos explica:

—Los cunas viven en centenares de islas coralinas en el Mar Caribe y en la costa frente a las mismas. Se dedican principalmente a la pesca y la siembra del plátano y el coco. Una empresa, la "Urracá", tiene el monopolio de la compra del coco y la copra en la región. ¿Usted sabe lo que es la copra? Es coco secado al sol para extraerle el aceite. Dicha compañía paga cuatro balboas por un centenar de cocos o una tonelada de copra. Es el precio máximo fijado por la Asamblea Nacional, aunque la empresa puede pagar menos aún. Sin embargo, las canoas que vienen de Colombia pagan siete cincuenta y ocho balboas por las mismas cantidades de coco o copra. Y no solo eso: para comerciar traen artículos de primera necesidad como azúcar, arroz, jabones, a precios muy inferiores de los que fijan los comerciantes panameños. Las canoas colombianas, por ejemplo, venden el azúcar parda a cuatro balboas el saco de ciento diez libras, mientras los comerciantes panameños piden el doble o el triple por el mismo. El indio cuna defiende el contrabando porque es una forma de quebrar el régimen de explotación y miseria a que los someten el monopolio de la "Urracá" [illegible] comerciantes de Colón.

La importancia de este contrabando llega a calcularla el periódico "Atlantic" en quince millones de cocos anualmente, los cuales elaborados en copra representan una cifra de 750,000 balboas (el balboa se encuentra a la par del dólar). Un valor equivalente se estima que tienen las mercancías introducidas en la región.

—La explotación de los indios en Panamá —prosigue Herminio Garrido— es una vieja práctica que se mantiene desde los tiempos de la Conquista. La "Chiriquí Land Company" dedica los indios guaymíes en sus bananales al riego contra la Sigatoka, pagándole salarios miserables, obligándolos a vivir hacinados en barracones inmundos y exponiéndolos a la muerte lenta por el envenenamiento provocado por el caldo tóxico que atomizan, sin emplear caretas protectoras, sobre las plantas de guineo. Aquí hay indios chocoes. Ellos pueden decirle cuánto les pagan por el plátano o el ñame que cultivan.

Los chocoes de las montañas y selvas del Darién, junto a la frontera con Colombia, son los aborígenes panameños más abandonados a



"Barracones en las fincas bananeras. Aquí hacinan docenas de indios. Algunos tienen que dormir en hamacas".

su suerte. No hay escuelas en su región y pocos pueden expresarse en castellano.

Gilberto Olea es chocoe. Tiene el pelo largo, en negra y lacia melena; el rostro ancho, de pómulos prominentes, las manos enormes, nudosas, ásperas; el cuerpo recio, con ademanes lentos y toscos. Bajo uno de sus brazos se acurruca su hijo Adolfo.

Varias veces le preguntamos cuánto le pagan por el plátano y el ñame que siembran en sus montañas y no nos entiende o la timidez habitual en los indios le estorba contestarnos. El cabo Herminio Garrido obtiene la respuestas. Los chocoes venden el plátano a sesenta centavos el ciento. En Jaqué, ya en los límites con Colombia, les pagan menos aún, les dan solo cincuenta centavos. Ese plátano más tarde es vendido a tres balboas veinte centavos en la ciudad de Panamá. El ñame se los compran a bulto. En ocasiones, para depreciarles el producto, los comerciantes les dicen que no pueden llevarlo porque los barcos ya estan llenos. Y entonces los chocoes tienen que abandonarlo, después de haberlo bajado en piraguas desde sus ranchos en las Sierras, desafiando los peligrosos rápidos, o venderlo a precios infames.

También nos dice Gilberto Olea que en el Darién hay una compañía de gringos que monopoliza los cortes de madera. Y nos habla de las fincas donde se cultiva banano y en las cuales no rige la jornada de ocho horas. En ellas se trabaja de sol a sol por salarios de setenta y cinco centavos diarios.

Herminio Garrido añade:

—Una de las formas más viles de explotación de los indios es la que se verifica con los niños en las ciudades de Colón y Panamá. Las familias oligarquicas los traen de la Comarca de San Blas con el pretexto de educarlos. Se aprovechan del lógico anhelo de los indios porque sus hijos adquieran nuevos conocimientos; pero, en lugar de enviarlos a la escuela, los dedican a trabajos domésticos, obligándolos a barrer y trapear las habitaciones, efectuar las compras en los mercados, limpiar los zapatos de toda la familia y lavar la loza después de las comidas. No los dejan descansar un minuto en todo el día. Casos ha habido, y hasta se han publicado en la prensa y han provocado verdaderos escándalos, de malos tratos y golpeaduras. Y luego, cuando al cabo de los meses, los padres inquieren por sus hijos y se enteran del estado de servidumbre en que viven, solicitan que se los devuelvan, pero entonces los oligarcas se niegan, presentando la cuenta de los gastos en que dicen haber incurrido por la estancia y manutención de los niños en sus casas. Los indios, desde luego, no pueden pagarlos, y los niños siguen como esclavos en las casas de la oligarquía hasta que llegan a la mayoría de edad. Este crimen con nuestros niños llegó hasta ser motivo de una ponencia de la doctora Concha Peña en el Primer Congreso Indigenista Panameño que se celebró en abril de 1956. Los datos que aportó forzaron al Congreso a solicitar se creara una sección de "Protección a los Menores Indígenas" en el Departameno de Asuntos Indígenas.

Luego nos refieren la escasez de escuelas, hospitales y carreteras en las comarcas indígenas. El problema educacional se agrava porque el 71.2 por ciento de los indios desconoce el castellano, no habla más que su idioma autóctono. La falta de atención médica permite que las epidemias diezmen la población india. No hace mucho una epidemia de sarampión, enfermedad que es mortal entre los indios, provocó infinidad de muertos en la Comarca de Tabasará. Aludiendo al abandono en que viven los indios en sus montañas, un guaymí, Juan Palacios, en dicho Primer Congreso Indigenista, denunció: "La historia dice, claramente, cómo hemos sido tratados desde la fecha de la conquista hasta el presente. Cuando se acercan los días de políticas es cuando viene a nosotros. Recuerden que de 1947 hasta 1953 hubo una gran peste entre los indios guaymíes. No había quién enterrara a otros. Los gallinazos se trepaban en los techos y ningún miembro del Gobierno dijo: Vamos a ver qué le pasa a este cholo".

Especuladores y latifundistas le vienen arrebatando al indio sus tierras. Para avitarlo los indios han pedido que les demarquen las comarcas en que viven. La Ley Segunda de 1938 creó las comarcas indígenas de San Blas y el Barú; otra ley, la 18 de 1952, agregó a las anteriores las de Bayano y Darién, Tabasará y Bocas del Toro. Pero no han señalado los linderos de dichas comarcas, y los geófagos se siguen apoderando de las mejores tierras, expulsando de ellas a los indios o reduciéndolos a la condición de verdaderos siervos. Los terratenientes y las empresas bananeras y madereras se oponen a esta demarcación, esperando siempre robarse nuevas tierras, y logran que de año en año la Asamblea Nacional de Panamá aplace su discusión.



"Indios chocoes. Viven en las montañas y selvas del Darién, a merced de empresas bananeras y madereras y de comerciantes sin escrúpulos".

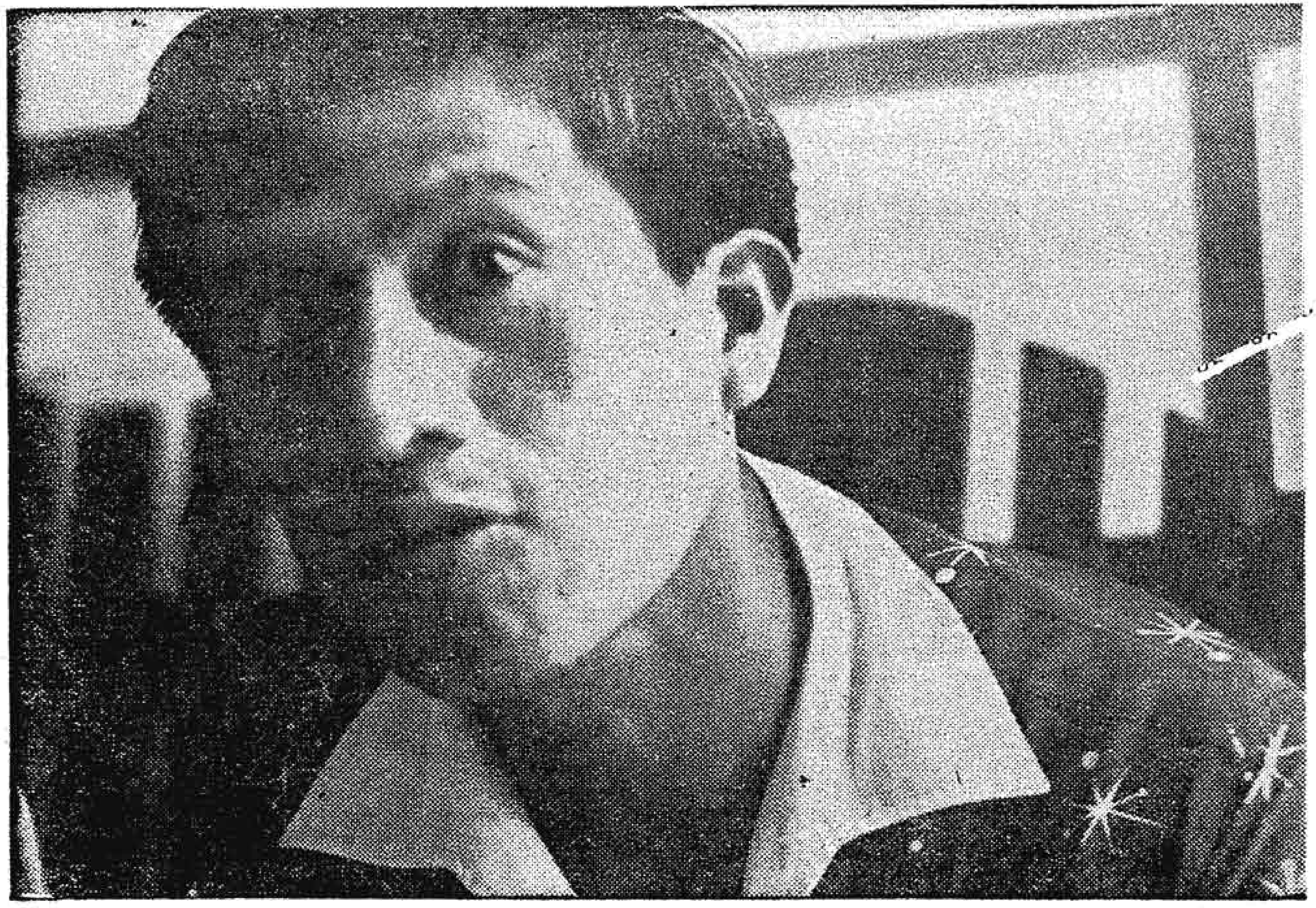
Uno de los indios nos informa que en el proyecto que existe en la Asamblea Nacional para delimitar la comarca de Tabasará se les quitan a los indios las mejores tierras bajas, tierras que siempre les han pertenecido, y se les deja únicamente las de las sierras, laderas estériles y cejas áridas. Además, solo incluyen en la comarca regiones de difícil acceso. Este es otro de los problemas que afrontan los indios. Los lugares que habitan están lejos de los mercados, carecen de medios de comunicación con las poblaciones, estorbándoseles así sacar sus productos. Esta vida aislada les impide progresar, los mantiene en una economía rudimentaria, de simple producción para el consumo familiar, y los torna fáciles presas de los explotadores que les compran sus productos a precios de miseria.

Esta situación de hambre y aislamiento, sin oportunidad de mejorar material o culturalmente en sus tierras, los conduce a emigrar a los latifundios y grandes empresas bananeras. Allí se les explota sin conmiseración, aprovechando su desconocimiento incluso del español. En muchas fincas se les paga solo cincuenta centavos diarios y se les obliga a trabajar hasta que caen extenuados. La condición de trabajadores tenaces y fuertes, que ignoran las leyes laborales y no saben cómo defenderse de la extorsión de latifundistas y comerciantes, hace que muchos terratenientes y compañías bananeras vayan a buscarlos a sus montañas natales, los engañen ofreciéndoles salarios cuyo valor real ignoran, los contraten y luego los transporten en camiones hasta sus fincas donde los someten a un régimen similar al de los esclavos, atándolos por medio de artimañas y deudas crecientes.



"Un niño indio. Su familia ha emigrado de las montañas a las tierras de la "Chiriquí Land Company"

fotos de Korda



"Sería maravilloso que tres estudiantes indios pudieran ir a La Habana becados por el INRA"

—¿Existe alguna legislación protectora de los indígenas?

—Sobre los indios hay una ley de 1873 cuyo contenido puede imaginarse con solo decir que aludía a la "reducción de los indios salvajes". Al año siguiente se promulgó una legislación similar, y en abril de 1903, coincidiendo con la ejecución del patriota indio Victoriano Lorenzo, se dictó una Ordenanza destinando ocho mil pesos al fomento de misiones en Darién y Coclé, las regiones donde los indios se habían sublevado contra los conservadores. Se trataba, por supuesto, de mezclar la represión violenta con cierta dosis de "resignación cristiana". Luego se promulgaron varias disposiciones tendentes a "civilizar a los indígenas". En 1938 se crearon por una ley las comarcas de San Blas y del Barú. La conservación del orden en esas regiones se le entregó a un Intendente, considerado como representante del Gobierno, persona ajena a los indios. La Constitución de 1946 dió un paso positivo. En su artículo 94 dice: "El Estado dará protección especial a las colectividades campesinas e indígenas con el fin de integrarlas de manera efectiva en la comunidad nacional en cuanto a sus normas de vida, lo económico, lo político y lo intelectual. La acción relativa a los indígenas se efectuará conservando y desarrollando al mismo tiempo los valores de la cultura autóctona".

Y añade:

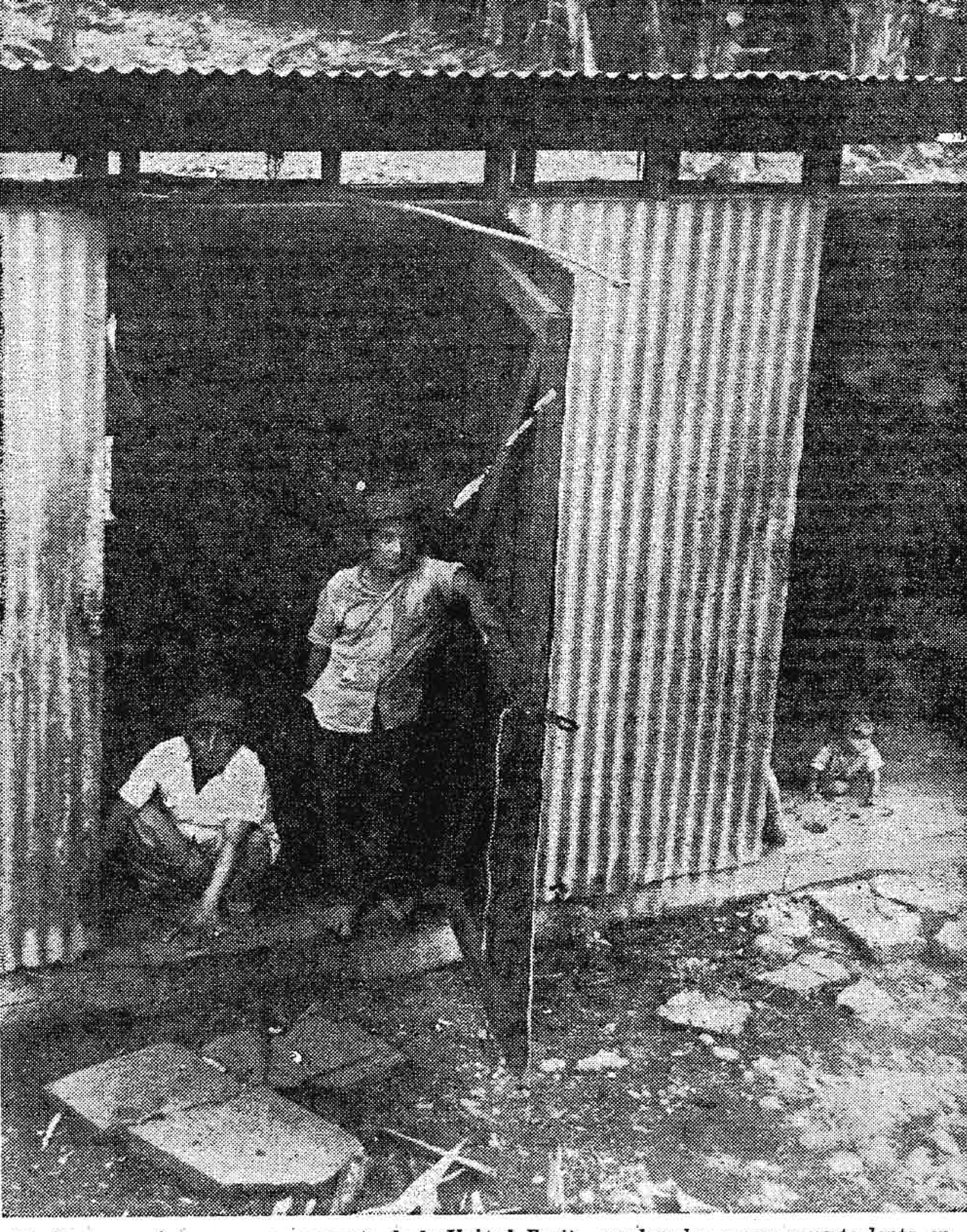
—Pero este artículo se ha quedado hasta ahora en letra muerta. El 14 de febrero de 1952 se promulgó la Ley número 18 que creó el Departamento de Asuntos Indígenas y el Instituto Nacional Indigenista. La misma ley adscribe el Departamento de Asuntos Indígenas al Ministerio de Gobierno y Justicia, mostrando con ello que para los legisladores el problema indígena sigue siendo un mero asunto policíaco, de represión. En 1953, la ley número 16 promulgada por el coronel José Antonio Remón Cantera organizó la Comarca de San Blas. Esto es todo lo que existe. El indígena carece de protección legal. Sigue a merced de latifundistas, comerciantes y monopolios extranjeros. Los políticos de la oligarquía solo se acuerdan de nosotros cuando se acercan las elecciones. Cada vez que hay campaña electoral viajan a las comarcas indígenas a hacer promesas. Y luego las elecciones son una burla. Los indios cunas, por ejemplo, votan con una sola papeleta: la gubernamental. El Intendente le dice a los caciques que tienen que votar por el Gobierno, y éstos se ocupan de que los sailas ejerzan coacción sobre los indios en ese sentido. Después recogen las urnas y las reunen en la capital de la Comarca, en el caserío de Porvenir, el lugar donde residen el Intendente, los funcionarios administrativos y los miembros de la Guardia Nacional, y allí, entre ellos, revisan los votos a espaldas de los indios, y cuando el Intendente está satisfecho de la "elección", remite las urnas a la ciudad de Colón.

—¿Qué son los sailas?

—El saila (ságuila o sáhila) es el jefe de la tribu de una isla. Son nombrados por el Mtrio. de Gobierno y Justicia de Panamá. Cada seis meses se reunen en el Congreso General Cuna. El Congreso elige, con el visto bueno del Intendente, los tres caciques de la Comarca. La soberanía de estos Congresos puede suponerla usted solo con saber que el Intendente tiene derecho al veto sobre cualquier acuerdo, Acuerdo al cual se opone el Intendente, acuerdo que no prospera.

Uno de los estudiantes guaymíes nos relata:

—Hay más. Los problemas indígenas son tratados por las autoridades municipales en el mayor ambiente de corrupción y venalidad. Los



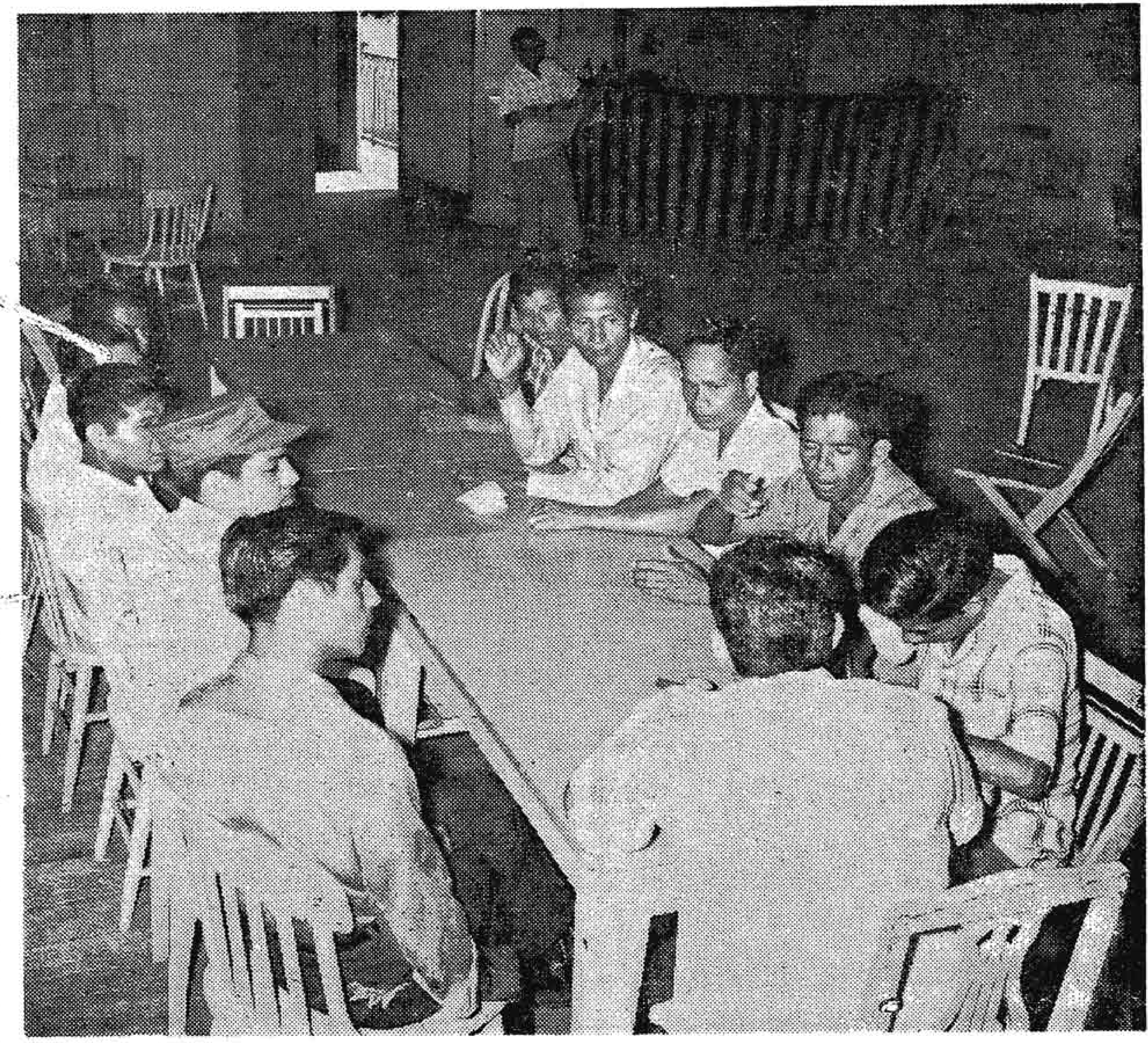
"Indios guaymíes en un campamento de la United Fruit... condenados a una muerte lenta en plena juventud."

alcaldes amparan a todos los que se dedican a explotar los indios o a robarles sus tierras. Y cuando los indios protestan, los acusan de "subversivos". En muchas regiones indígenas existe una verdadero clima de represión y terror contra los indios. Los dirigentes de los guaymíes que trabajan en los bananales de la "Chiriquí Land Company" han sido cruelmente perseguidos y correteados de las fincas, utilizándose para ello unas veces la Guardia Nacional y otras las mismas fuerzas policiales que mantiene la United Fruit en sus tierras. La lucha de los guaymíes en los bananales de la provincia de Chiriquí por mejores servicios médicos, mejores viviendas y condiciones de trabajo, mayores salarios, ha provocado varias huelgas. Los dirigentes han sido detenidos, conducidos amarrados de un lugar a otro y hasta golpeados.

—¿Y los Congresos Indigenistas?

—Bueno, no han dado mucho resultado. Sus resoluciones se quedan en buenas intenciones. El Gobierno no las toma en cuenta. A veces la politiquería ha pretendido tomar los Congresos de instrumentos para sus [illegible]. Sin embargo, en ellos se han tomado acuerdos defendiendo las tierras de los indígenas contra los intrusos; se ha condenado la explotación de los menores indios por las familias oligárquicas en las ciudades de Colón y Panamá; se ha demandado la prohibición de vender licores a los indígenas en las zonas agrícolas bananeras, una de las tantas formas que tienen de corromper a los trabajadores las empresas extranjeras. Los Congresos han intentado lograr una legislación que proteja a las comunidades indias y las ayude a progresar sin perder sus valores autóctonos, su cultúra centenaria... Todo, hasta ahora, por desgracia, se ha quedado en el papel.

Los estudiantes nos hablan de sus fiestas indígenas, de las balserias de los guaymíes; del baile que los cunas celebran cada vez que una niña llega a la pubertad, cómo le cortan el cabello y le pintan de negro la cara y los brazos con una pintura que extraen del tronco del *saptur*, una pintura que después va desapareciendo con los días; nos hablan de las festividades



"Estudiantes indios, guaymíes, cunas y chocoes: sus pueblos han sido diezmados y explotados durante cuatro siglos".



"Durante cuatrocientos años se ha seguido una política de exterminio contra la población indígena..."

de los chocoes con sus músicas orquestadas con tambor, tamborcito, requinto, maraca y flauta primitiva.

Nos habla un guaymí de las "chácaras", las bolsas de "pita" que hacen los de su pueblo, las cuales tiñen con colores indelebles que obtienen de las yerbas.

Y la conversación, por lógica gravedad, vuelve a las concesiones otorgadas por el Gobierno panameño a empresas extranjeras en tierras de indígenas, principalmente para sembrar banano. Y luego nos dicen cómo se les paga menos que a los demás trabajadores a los indios que laboran en los campamentos militares de la Zona del Canal. Como se les destina a las ocupaciones más humildes, las de limpiar los pisos y lavar los platos. Cómo, cuando los soldados norteamericanos del campamento de Río Hato salen a hacer prácticas de guerra en selvas y montañas, llevan a indios de cargadores.

Ya al despedirnos, frente a la empinada y oscura escalera, Herminio Garrido nos dice:

—Ahora puede explicarse, después de todo lo que ha escuchado, por qué los indios que éramos más de medio millón en Panamá cuando llegó Colón a nuestras costas, hoy apenas rebasamos la cifra de cincuenta mil. La décima parte de lo que éramos entonces. Durante cuatrocientos años se ha seguido una política de exterminio contra la población indígena, unas veces mediante el asesinato de pueblos enteros (la Conquista estuvo llena de ellos) otras veces por la explotación más despiadada o el abandono culpable.

Una sonrisa pliega sus enjutas facciones y agrega:

—Y sin embargo, las más hermosas figuras de la historia panameña son indias. Y los nuestros son héroes de verdad, que lucharon hasta la muerte por la independencia de su patria, no como los "próceres" de la oligarquía que no hicieron otra cosa que vender a Panamá al extranjero. ¡"Próceres" que aceptaron con júbilo las más oprobiosas cadenas! Indio era Paris, que luchó hasta la muerte contra los conquistadores; Urracá, que resistió durante nueve años en las montañas de Veragua, derrotando a los mejores capitanes de España, a Espinosa, a Pizarro, a Compañón y a Hernando de Soto. Hombre sin dobleces llegó hasta creer en la palabra de honor de sus enemigos, sólo para caer prisionero. Cuando iba a ser enviado a España logró evadirse y regresar entre los suyos, continuando la guerra por varios años hasta su muerte. Contra las depredaciones de los colonizadores se alzaron el cacique Dururúa, los indios darienitas de la tribu Bugue-Bugue y otros. A principios de este siglo, para poder entregar Panamá a los Estados Unidos, la oligarquía tuvo que ejecutar primero a Victoriano Lorenzo. El gran guerrillero se había levantado al frente de los cholos de Coclé contra los conservadores durante la guerra llamada de los Mil Días. Sus tácticas guerrilleras en las montañas le hicieron invencible. Después que en el vapor de guerra "Wisconsin", bajo el pabellón de las barras y las estrellas, liberales y conservadores firmaron la paz, sometieron a Consejo de Guerra al general Victoriano Lorenzo y lo fusilaron el 15 de mayo de 1903. La oligarquía sabía que el caudillo indio sería un estorbo a sus planes de vender la patria al extranjero.

Y concluye sentencioso:

—La Conquista se hizo sobre sangre india; el Tratado Hay-Bunau Varilla, que entregó la Zona del Canal a los Estados Unidos, se firmó sobre el cadáver de Victoriano Lorenzo.



DIARIO DE MI VIAJE A LA SIERRA MAESTRA

por

María

Caridad

González

Esta bella, bellísima, estudiante cubana, también como María Caridad ascendió a la Sierra.

Octubre 26 de 1959.

Son las ocho de la mañana. El tren se aleja de Bainoa rumbo a Santiago de Cuba. A través de la vetanilla miro sonriente a los alegres chiquillos que junto a mis hermanos me dicen adiós.

Continuamos cruzando por campos y pueblos. En Matanzas un señor toma el tren equivocadamente y se produce una discusión, pues se dirigía hacia La Habana y ahora se encuentra rumbo a Oriente. El alega que lo engañaron; a mí me parece que él es quien pretende engañar. Sigue la discusión y sigue el tren. Por fin, el conductor decide hacer una parada y baja al señor.

Las doce y treinta. ¡Qué apetito tengo! Me informan que podemos almorzar en Santa Clara. Estamos detenidos en Limonar dándole paso a los excursionistas que en largos vagones se dirigen a La Habana para asistir a la concentración de Fidel. Más de quinientos campesinos cruzan frente a nosotros enarbolando sus machetes y su contento.

12 y 55. Llegamos a Santa Clara. Ahora sólo pienso que mi voraz apetito será satisfecho enseguida. Antonia Novoa, una compañera de viaje me acompaña a almorzar. Nos acomodamos frente a una barra situada en la Estación del Ferrocarril. Mis ojos se clavan en la lista del menú: arroz con pollo, papas rellenas, ensalada mixta y pan. Saboreo por anticipado el delicioso plato y ordeno que nos sirvan. Pero... como no me había dado cuenta. Hay un paro en la república en apoyo a la concentración de Fidel. El dependiente, que a pesar de todo despacha algo, nos dice que por tal motivo no hay almuerzo. Y yo con tanto apetito. ¡Que horror! Pero algo es algo. Nos sirven sandwich y refrescos. Nos consolamos con esto y con la enorme raspadura que compré y que ahora devoro.

1 y 45. El cielo villareño se cubre de nubes y una fina lluvia rocía los campos.

3 y 10. Me extasío en la contemplación de las inmensas llanuras camagüeyanas. En Jatibonico me informan que los 18 pozos petrolíferos existentes tienen una producción de 1000 barriles diarios.

Mis compañeros de viaje me observan escribir y me pregunta quién soy, (demasiada curiosidad). Les digo que soy escritora y que realizo el viaje en busca de un argumento para mi próximo libro. Todos desean ayudarme y me facilitan datos. Hasta el maquinista del tren me permite ir junto a él para que contemple el paisaje a mi antojo. Santa Clara, Camagüey y Oriente tienen para mí la atracción y el encanto de lo desconocido. Lo observo todo con gran atención.

6 y 45. La noche se ha tendido sobre los campos. Lamento que no haya luna para seguir contemplándolos. En el poblado de Martí un niño sube atrevidamente al tren pregonando sus chicharritas. Le pregunto de qué se trata y me las muestra. Son mariquitas. Compro varios cartuchos. Los demás me imitan. Pero de pronto se oye la voz del que controla la venta de golosinas en el tren: —Fuera de aquí, Chicharrita! Salimos en defensa de "Chicharrita" alegando que todo el mundo tiene derecho a buscarse el sustento y el niño no hace otra cosa en el tren. Sin embargo, nuestro argumento no convence al vendedor y "Chicharrita" tiene que bajarse enseguida.

7 y 20. Entramos en Oriente. Una profunda emoción invade mi espíritu al entrar en Oriente, escenario del sacrificio y el heroísmo de tantos hermanos nuestros. Mis pupilas quieren ver en la oscuridad de la noche la fisonomía de la indómita región, y miro a través de la ventanilla advinando la silueta de las montañas.

No puedo permanecer sentada. Me reuno de nuevo con el maquinista y observo la distancia que devora el tren. Pasamos por Victoria de las Tunas, San Pedro de Cacocúm, San Germán, Alto Cedro y entramos en Santiago de Cuba. La ciudad, convertida en un ascua de luces, parpadea a lo lejos.

Con la maleta en la mano busco un teléfono y llamo a los Arrúe a quienes sólo conozco de referencias. Les explico que me encuentro en Santiago sin saber a ciencia cierta a dónde ir. Me dicen que vaya para su casa y hacia allá me dirijo en un auto de alquiler.

Me reciben con la hospitalidad característica de los orientales y se muestran tan atentos conmigo que me parece conocerlos desde siempre.

Martes, 27 de octubre.

Me levanto a las siete y treinta. A las nueve desayuno con Gloria Arrúe. Después ésta me lleva a la Delegación del Ministerio de Bienestar Social y me entrevisto con la Dra. Graciela Fernández con el propósito de trasladarme cuanto antes a la Sierra Maestra. La Dra. Fernández me informa que tengo que ver a la Dra. Lucía Calderín, la cual llegará a Santiago de un momento a otro.

Mientras espero por la doctora Calderín, Gloria me enseña casi todo Santiago cuya belleza me extasía. Especialmente la hermosa carretera que bordea la bahía y Puerto Boniato. También visitó el cementerio de Santa Ifigenia y el viejo Castillo del Morro cuyas celdas inhumanas aherrojaron a tantos hombres.

Miércoles, 28 de octubre.

A las diez de la mañana visito el Santuario del Cobre donde permanezco dos horas. Por la tarde hablo por teléfono con la doctora Lucía Calderín, la cual me cita en el hotel Casa Granda para una entrevista con Angela Alonso a las ocho de la noche.

A la hora señalada me entrevisto con ambas y acordamos salir mañana hacia la sierra.



..."tras breve descanso seguimos camino..."



"...la lluvia dificulta el transito..."

Jueves, 29 de octubre.

Después de esperr varias horas impacientemente, Angela Alonso va a buscarme a casa de los Arrúe y partimos en un **jeep** rumbo a la Sierra Maestra. Durante el trayecto de Santiago a Manzanillo Angela me narra su impresionante historial revolucionario. Le pido autorización para publicar su relato, pero no me lo permite. Dice que una vez accedió a ello y desvirtuaron los hechos.

A las cinco y treinta llegamos a casa de la señora Dulce Ma. Muñiz, en Manzanillo, donde tomamos café con leche. Es el café con leche más sobroso que he tomado en mi vida.

A las siete visitamos una cooperativa agrícola en esta ciudad y Angela entabla una conversación con un oficial que se prolonga hasta las nueve. A esa hora continuamos el viaje. Llegamos a Las Mercedes, en las estribaciones de la Sierra Maestra.

Después de discutir si seguíamos o no, decidimos quedarnos aquí hasta el amanecer. Nos acostamos en el campamento militar y de inmediato me entrego al sueño. Pero a las doce Angela y Cabita, una muchacha de Manzanillo que nos acompaña, me despiertan para continuar el viaje con el Comandante Aldo Santamaría.

Medio dormida aún me levanto y cogiendo mi maleta subo de nuevo al jeep. El Comandante conduce el suyo y un teniente el nuestro. Los vehículos, con doble fuerza, avanzan precipitadamente lanzándonos de un lado a otro. La lluvia reciente que ha caído dificulta el tránsito a pesar de los trabajos realizados en la construcción de estos caminos.

Comienzo a comprender el sacrificio de los que viven aquí.

El jeep del Comandante se nos ha perdido de vista.

Continuamos avanzando. No sé como puedo escribir en estas condiciones. Apenas veo y los saltos del vehículo me obligan a trazar una escritura irregular que no sé si entenderé después.

Allá vemos el jeep del Comandante atascado en un pantano. Vamos a tratar de rescatarlo: doblan una soga en cuatro partes y la atan a ambos jeeps poniéndolos en marcha. ¡Se partió la soga por las cuatro partes! Damos marcha atrás para empujarlo. ¡Se atascó nuestro jeep también!

El Comandante decide ir en busca de un tractor a una legua de distancia.

Mientras esperamos por el tractor me bajo del **jeep** y contemplo todo admirada. En la penumbra de la madrugada las montañas se alzan frente a nosotros como gigantes fantasmagóricos que quisieran sepultarnos en sus entrañas. Las ranas y los insectos entonan un concierto que rivaliza con el murmullo de los ríos para turbar la paz de la noche. En lo alto las estrellas parecen coronar las cumbres.

Al fin, viene en nuestro auxilio con el tractor y logramos seguir adelante.

Son las tres de la madrugada. Hemos llegado a Las Vegas de Jibacoa y nos detenemos en otro campamento del Ejército Rebelde. El sueño y el cansancio me dominan por completo, pero me reanimo tomando café y contemplando al soldado que a esta hora cocina una paila de garbanzos para el almuerzo de ese día. Le pregunto por qué prepara el almuerzo tan temprano y me mira sonriente. Luego me explica que tuvo que hacer la fogata y para aprovechar el combustible puso los garbanzos a ablandar.

En este lugar acampamos. Nos acostamos en catres en una casa de campaña. Cuando despierte continuaré este diario.

Viernes 30 de octubre.

A las seis de la mañana me despiertan las risas de Angela y Cabita que comentan con los soldados cómo se pasmaron los garbanzos que yo había visto horas antes. El cocinero no se explica lo sucedido y me mira con extrañeza diciéndome que soy terrible. La risa es general.

Emprendemos la marcha rumbo a las Minas del Frío. Los jeeps rugen al escender las escarpadas montañas. El camino bordeado de enormes barrancos me estremece de pies a cabeza. De solo pensar que podemos precipitarnos cuesta abajo se me hiela la sangre en las venas. Ya es imposible continuar en los jeeps. Los abandonamos para seguir a pie. Voy a debutar como alpinista.

Estoy detenida al pie de un árbol, jadeante. El corazón me palpita locamente y una sed terrible quema mi garganta enrojecida por la sofocación, mientras sudo copiosamente. Han tenido que ayudarme a subir hasta aquí y ahora no sé cómo voy a seguir. Angela y Cabita se me han perdido de vista. El Teniente que me acompaña se muestra impaciente y busca un palo extendiéndomelo para que me sujete del mismo mientras él avanza. Me lleva a remolque.

Allá veo a Angela y Cabita detenidas también. Están tan cansadas como yo. Las dejo atrás. Ya he tomado impulso.

Entro en la casa de un campesino. Una anciana descascara café en el pilón. Afuera, desde el mayor hasta el más pequeño laboran en la recogida del grano que depositan en los rústicos secaderos del patio.

Después de dos horas de agotador ascenso hemos llegado al bohío de Justo Correa donde tomamos agua y café. Numerosos niños descalzos y acatarrados nos miran con sus ojitos llenos de curiosidad.

En su carácter de Delegada del Ministerio de Bienestar Social, Angela toma nota de esta familia prometiendo el envío de ropas y zapatos.

Tras el breve descanso seguimos hacia las Minas del Frío donde está la Escuela Militar.

Vamos bordeando los enormes precipicios que se abren en el camino. Aquí un resbalón puede resultar mortal.

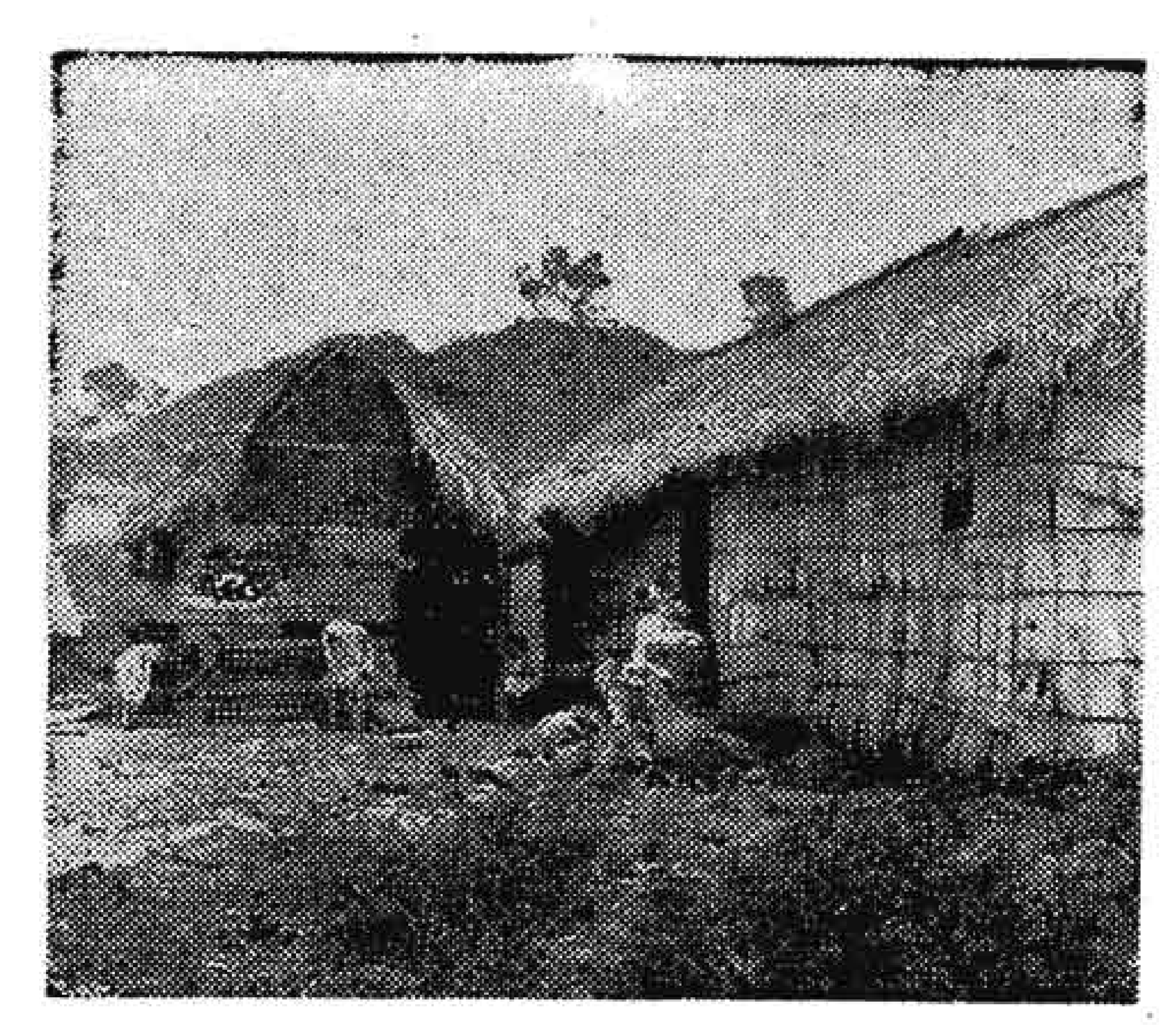
Ya estamos llegando a la Escuela. Pasamos frente a las postas que nos presentan las armas al advertir la presencia de Oficiales.

Vemos a un grupo de reclutas marchando en perfecta formación ante los instructores. A pesar del sol reinante se siente frialdad.

Acabamos de llegar a la oficina del Capitán Mayo a donde nos traen café con leche. Descansamos un rato y salimos a recorrer el lugar. Centenares de soldados disciplinados y atentos pueblan la escuela.

Entramos en el hospital donde los profesionales laboran incansablemente. Todos los campesinos reciben aquí atención gratuita.

"...los niños descalzos miran con sus ojitos llenos de curiosidad..."



"...así vivió esta gente hasta hoy..."

Continuamos caminando y llegamos a las Escuelas de Alfabetización. Los soldados vencedores de una guerra con fusil combaten ahora con los libros la ignorancia dispuestos a ganar la batalla también.

Seguimos avanzando y penetramos en un largo túnel que sirvió de asilo y protección a los rebeldes durante la guerra. Ahora nos detenemos frente a la primitiva Comandancia de Fidel. El techo construído con yerba de Güinea se conserva aún. A un lado permanece el rústico fogón como una reliquia histórica.

Estamos caminando sobre un puente de madera confeccionado en plena guerra. Abajo, el río corre libremente.

Llegamos a la Comandancia de la Escuela situada en medio de altos árboles que la circundan.

En estos momentos pasamos frente al taller donde los técnicos reparan la planta eléctrica que ha sufrido un desperfecto. Proseguimos nuestro recorrido y vemos una cueva que perteneció al Che Guevara.

A las doce almorzamos en los comedores de la Escuela. Y en estos instante (tres de la tarde) las tres nos hallamos en una habitación descansando en una cama que no tiene un metro de ancho. Desde aquí vemos mochilas, zapatos, uniformes y bultos por doquiera. De vez en cuando algún que otro ratón cruza velozmente por la solera ocultándose enseguida.

El nombre de Cabita me hace gracia. Pero ella dice que se llama así. Angela la mira sonriente y comenta que por lo menos debieron haberla nombrado sargentica.

Vamos a seguir caminando. Este lecho reducido nos estropea más que las lomas.

Estamos sentadas en el firme de una montaña desde la cual se contempla un espectáculo maravilloso. Las lomas formando cordilleras lucen distintas tonalidades de verde, azul y gris. A lo lejos se divisa el llano y más allá advertimos la costa. Y en medio de todo, como ángeles transfigurados, las nubes descienden del cielo y vuelan sobre las cumbres envolviéndolas.

Son las ocho de la noche. Estamos reunidas con centenares de soldados presenciando varios documentales fílmicos en el mismo corazón de la Sierra Maestra. El Capitán Mayo se acerca diciéndonos que podemos dormir en el local que están construyendo destinado a las oficinas, y hacia alla vamos.

El local está vacío. Sólo tres catres con sus respectivas frazadas aguardan por nosotras. Cada una ocupa el suyo y... hasta mañana.

Sábado 31 de octubre.

Hoy todos los rostros han amanecidos sombríos y preocupados. Hasta aquí ha llegado la noticia de la desaparición del Comandante Camilo Cienfuegos.

Angela y Cabita se despiden de mí y se marchan diciéndome que volverán el martes próximo. Yo me voy para el bohío del campesino Justo Correa.

Lo primero que llama mi atención al entrar en el bohío es el método que emplean las campesinas con los niños para no utilizar pañales: acuestan la criatura sobre el regazo sosteniéndole en alto los piececitos mientras emiten un silbido rítmico.

Poco a poco van llegando todos los miembros de la familia. ¡Diecinueve en total! Algunos me miran sorprendidos y preguntan si es ciertos que voy a vivir con ellos. Pero a pesar de la turbación que mi presencia les causa, pronto se familiarizan conmigo y charlan animadamente.

Es la hora de la comida. Justo y Aracely me acompañan a la mesa. Han servido boniatos, bacalao y arroz. Una botela con mecha de papel nos alumbra despidiendo un humo ennegrecido que se esparce por todas partes. El resto de la familia come por todos los rincones del bohío con el plato en las manos.

Nos acostamos temprano. Antes de las ocho.

Por la pared de la sala trepa un grupo hasta la barbacoa donde tiene colgadas las hamacas. En la única habitación existente duermen siete u ocho hechos ovillos. La sala se convierte en dormitorio también y la pueblan de hamacas, una de las cuales ocupo yo. Ratones de todos los tamaños corren de un lado a otro pasando muchas veces sobre mí; pero no les temo. A lo único que le tengo terror es a las cucarachas y todavía no he visto ninguna aquí.

Domingo, 1o. de noviembre

Me levanto a las seis y desayuno boniatos hervidos.

San Lorenzo es un caserío donde muchos campesinos realizan sus compras. La pelea de gallos no la presencio. Considero este pasatiempo sadico y morboso.

Estamos en una tienda que fué ametrallada por la aviación durante la guerra. Huellas de proyectiles calibre 50 se observan por doquier. A menos de veinte metros de distancia hay un hoyo inmenso producido por una bomba de 500 lbs. Compramos dulces y refrescos y seguimos caminando.

A mi paso por los bohíos voy recibiendo de los campesinos frutas y flores como homenaje de bienvenida.

Ya de regreso pasamos frente a una casa donde celebran una fiesta bailable desde hace tres días. Todos se divierten al compás de las maracas y guitarras que ejecutan con singular maestría. Hasta los niños participan de la alegría moviendo sus cinturas. Un grupo que da por terminada la fiesta va detrás de nosotros tocando una guitarra y entonando canciones. Así se divierte esta gente.

Lunes, 2 de noviembre.

Estoy en un cayo de monte observando a los campesinos aserrar la madera. De los gruesos troncos colocados en el rústico andamio van saliendo las tablas. Los niños que me acompañan recogen el aserrín del suelo y los depositan en mis manos. Ellos también quieren halagarme con una ofrenda.

Martes, 3 de noviembre.

Consagro este día a la lectura.

Miércoles, 4 de noviembre.

Estoy en casa de un campesino, cerca de San Lo-

"...emprendemos la marcha rumbo a las Minas del Frío..."

[illegible]nzo, alerta a cada boletín de noticias que trasmite la [illegible]. La desaparición de Camilo nos preocupa a todos, la sentimos todos. Hay ansiedad y tristeza en los semblantes. De pronto, la voz del locutor surca el éter y llega a las montañas con una noticia que nos hace saltar de alegría: "Apareció el Comandante Camilo Cienfuegos". Hay explosión de júbilo y entusiasmo. Los campesinos enarbolan sus machetes y gritan emocionados. Varios soldados que también han escuchado la noticia no pueden contener su contento y cortan el aire con una descarga de artillería.

¡Camilo Cienfuegos ha aparecido! La noticia corre de boca en boca. En el bohío de Justo Correa reina la misma alegría. Pero pronto nuestro júbilo se convierte en desencanto y pesar. La noticia de la aparición de Camilo ha sido falsa.

Jueves, 5 de noviembre.

Hoy he amanecido en casa de Lérido Medina. Esta familia es muy numerosa también. Hay once niños, entre ellos cinco huerfanitas que reflejan en la expresión de sus rostros una infinita tristeza. Apenas hablan. Su mirada es elocuente.

Desde aquí veo cruzar una arria de mulas adornada con flecos multicolores. Cada bestia lleva colgada al cuello una campanilla que produce un repique continuo; de vez en cuando el látigo del arriero restalla en el aire apresurando a las mulas.

Sobre la ladera de una montaña un campesino prepara el terreno para la nueva cosecha. El pico sustituye al arado.

En el río próximo a la casa las mujeres lavan la ropa arrodilladas sobre las piedras.

Viernes, 6 de noviembre.

Estoy sentada sobre una gran piedra, a orillas de un río, contemplando estas inmensas montañas de imponente belleza. Por la ladera de espléndido follaje, desciende impetuosa una blanca cascada que se precipita en el río y sigue hacia el arroyo murmurando a su paso. Entre las ramas del bosque se pasea un ruiseñor modulando su dulce melodía.

Sábado, 7 de noviembre.

Son las diez de la noche. Los campesinos duermen desde hace rato. Sigilosamente, para no despertarlos, abro la puerta del bohío y salgo al patio. Un cuadro admirable se presenta ante mi vista. La Luna surgiendo detrás de las montañas ilumina el firmamento cuajado de estrellas, y se refleja en las inquietas aguas del río. Hacia el horizonte parpadean las luces de El Caney y Estrada Palma, confundiéndose con los astros. Hay un silencio casi absoluto. De pronto, surge la estridente carcajada de la guacaica como un espíritu burlón.

Domingo, 8 de noviembre.

Amanece. El tiempo ha transcurrido sin darme cuenta. Son las cuatro de la madrugada. Los gallos inician su canto saludando a la mañana. Ls sombras de la noche se retiran. La Naturaleza comienza a despertar.

Lunes, 9 de noviembre.

Estoy en la cocina de un bohío contemplando a dos niñas realizar los quehaceres domésticos. Una friega los cacharros de pie sobre un madero que completa la estatura necesaria para alcanzar a la mesa. La otra cuela el café que luego me brinda. Ninguna de las dos ha cumplido aún diez años de edad y ya tienen sobre sí la responsabilidad de una ama de casa. ¡Qué contraste hay en estas criaturas convertidas en mujeres sin haber sido niñas!

Un periódico llega a mis manos y me rodean los campesinos. Sus ojos miran la letra impresa como el que mira en la oscuridad. No saben leer. Leo en alta voz. Alguien me dice que tengo el privilegio de saber. Le explico que el saber no es un privilegio auuque desdichadamente ha sido así.

"Si yo pudiera leer también" —comenta uno.— "Ni siquiera sabemos escribir nuestro nombre" —agregan los demás con la misma ansiedad, con idéntica pena.—

Martes, 10 de noviembre.

A las siete de la mañana salgo con destino a la loma de Caracas con el propósito de visitar a las Trabajadoras Sociales que laboran en dicho lugar. Me acompaña el joven campesino Ramón Escribano. En San Lorenzo me han prometido conseguirme una mula y hacia allá vamos.

Durante el trayecto voy viendo los pequeños túneles que los campesinos hacían cerca de los bohíos para proteger a los niños de los ataques bélicos de la tiranía.

Son las doce del día. Ramón y yo estamos sentados en la tienda de Chichí Ramírez, esperando por la bestia prometida. Pero no esperamos más. Vamos a continuar a pie.

Estamos escalando la loma del Tabaco. El hambre y el sol nos castigan fuertemente, pero avanzamos sin descansar apenas... Ahora nos detenemos a orillas de un río para tomar agua.

La lluvia amenaza.

Ramón me ofrece varias guayabas que ha encontrado en el camino. Están ácidas, pero me las como con deleite. Son las guayabas más sabrosas que he comido en mi vida. Lo mismo me sucedió con el café con leche de Manzanillo.

Entramos en casa de un campesino y tomamos café. Continuando después nuestro camino.

La brisa húmeda y fragante nos da en pleno rostro oxigenando nuestros pulmones. Nos internamos en el monte... no puedo evitar cierto temor. El lugar es bastante intrincado. Pero venzo mi temor.

Ya estamos llegando al firme de la loma del Tabaco. Un bohío corona la montaña en lo alto. Estos campesinos son admirables. Luchan contra los elementos y la adversidad de una manera titánica.



María Caridad González —joven, bella, idealista, decidida—, narra aquí sus experiencias al ascender la Sierra Maestra. Este auténtico relato tiene el impacto de todo lo sincero.

Hemos descendido la loma del Tabaco y de nuevo nos internamos en la selva.

Qué espléndida vegetación.

Ha comenzado a llover y tenemos que apresurarnos. Sólo un experto conocedor del terreno puede caminar por una loma mojada sin dificultades.

Ahora bajamos un valle bordeándolo. En lo profundo está el bohío de los papás de Ramón, muestra meta.

Son las seis de la tarde. Ya hemos llegado al hogar de Castor Escribano donde me comunican que las Trabajadoras Sociales han tenido que bajar a Las Mercedes.

Afuera llueve torrencialmente mientras la noche comienza a tenderse sobre la sierra.

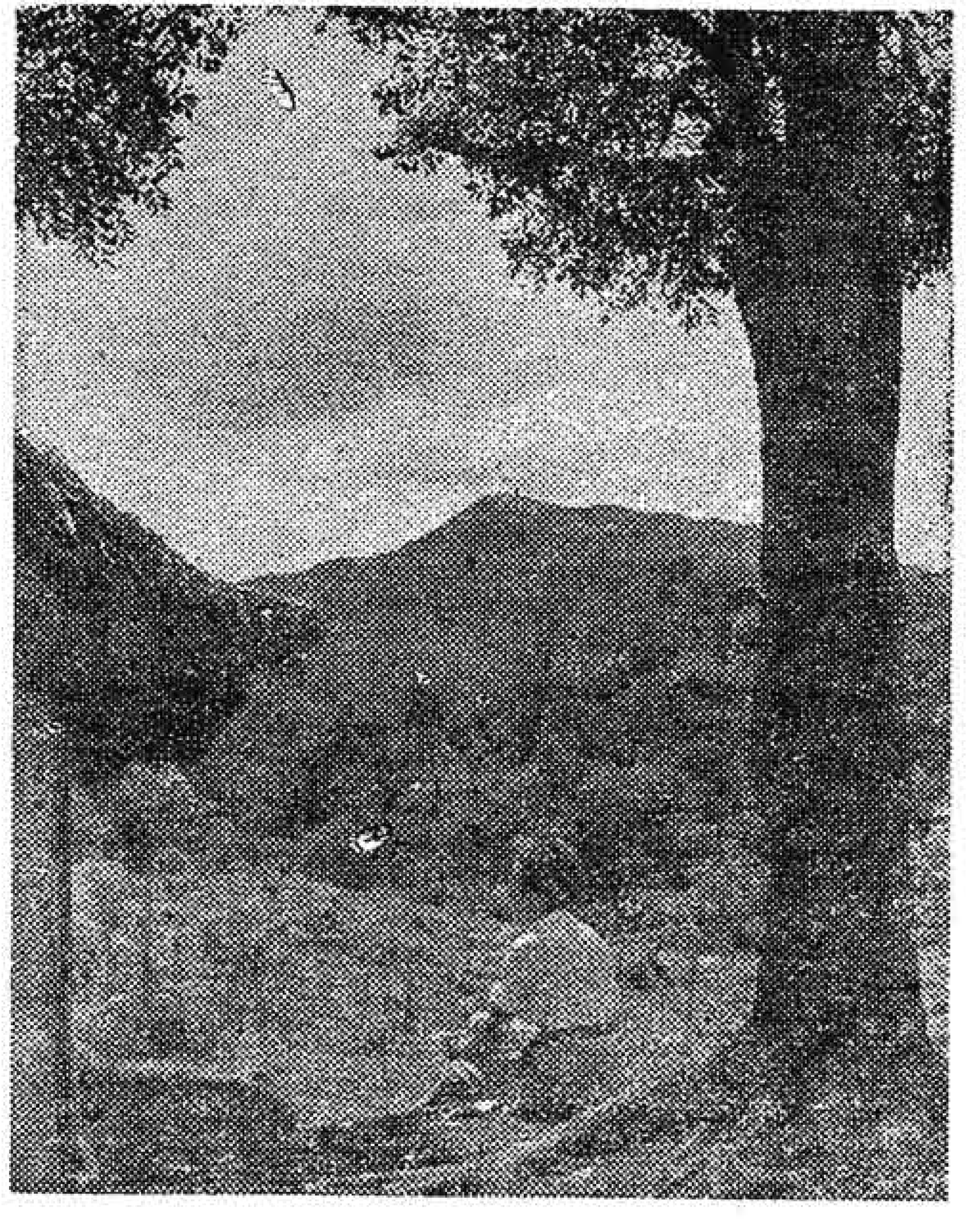
Miércoles, 11 de noviembre.

A las nueve de la mañana emprendemos el regreso. Ahora la comitiva es de seis personas. Una campesina lleva en los brazos a su pequeña hija; Ramón carga mi maletín de viaje y varios bultos más. Otra campesina lleva otro tanto. Un niño avanza cargando al hombro un saco lleno de no sé qué. Todos llevan algo menos yo. Qué vergüenza. Pero a mi hasta la gorra que tengo en la cabeza me pesa una tonelada.

Siempre es difícil escalar estas montañas, pero después de un aguacero resulta casi imposible transitar aquí. Aunque uno no quiera tiene que patinar. Y no sólo me veo obligada a patinar sino que hasta ruedo por el suelo. Ramón me ayuda a levantarme y ríe divertido. Otro resbalón más y caigo de nuevo con un percance imprevisto: las costuras de mi pantón se han abierto a lo largo de las piernas. La risa es general.

Entramos en casa de un campesino donde me facilitan hilo y aguja. Reparo el pantalón y seguimos avanzando.

Arboles de hermosas melenas en forma de colas que penden de las ramas abundan aquí. También se multiplican los cafetales y las rojas semillas de Cayajabo parecidas al fruto del café. La lluvia amenaza de nuevo. Con un pedazo de naylon cubro la cámara fotográfica, mi compañera inseparable.



"...las montañas se alzan como gigantes..."

Semiocultas por la vegetación están las trincheras desde las cuales se libraron grandes combates durante la guerra de liberación. Al contemplar esas excavaciones disceminadas por doquier pienso en aquellos que las habitaron, en los que han hecho posible que yo las vea ahora sin temor.

Jueves, 12 de noviembre.

Las detonaciones de varios disparos de arma de fuego me despiertan sobresaltada. Me visto y salgo al patio para ver lo que ocurre. Es una práctica de tiros. Varios campesinos tratan de hacer blanco sobre una lata colocada a treinta metros de distancia. Me ofrecen un rifle para que practique también y al primer disparo hago saltar la lata. Me aplauden entusiasmados y buscan nuevos blancos. Ahora es una palma en la alto de la loma. Acierto de nuevo y continúo disparando sobre blancos inanimados con la misma suerte. Ellos ignoran que yo apago una vela de un disparo.

A las diez de la mañana voy a las Minas del Frío y escribo varias cartas destinadas a La Habana. A las doce almuerzo en la Comandancia con los Capitanes Hugo Camejo y Harold Ferrer. Regreso bajo un torrencial aguacero y esto ya no me parece tan divertido.

Viernes, 13 de noviembre.
Sábado, 14 de noviembre.

Hoy me dedico a leer.

A las nueve de la mañana actúo como madrina de una niña que se bautiza sin la presencia del sacerdote por circunstancias específicas.

Por la tarde voy a la Escuela Militar donde esperan a Fidel. Soldados y campesinos aguardan ansiosos la llegada del líder de la Revolución. Mas el tiempo transcurre y Fidel no llega. Regreso al bohío de Justo Correa donde casi todos están enfermos en cama.

En el patio, Juanito, un jovencito de 15 años con apariencia de 10, pela los "mabungos" (plátanos burros) para la comida de hoy. Para los enfermos han conseguido una pollona que descuartizo enseguida y coloco al fuego.

El humo del fogón me irrita los ojos, asfixiándome casi; pero me siento útil y continúo echando leña. El jovencito de los "mabungos" me dice que hay que tostar café y pongo la cazuela a la candela. Mientras, le llevo un jarro de caldo a cada enfermo. Regreso a la cocina y los granos de café se han convertido en carbones. Pero pasan de nuevo al pilón y los hago polvo. Después lo vacío en el colador y en pocos minutos está hecha la típica bebida.

Juanito me mira entre asombrado y perplejo. Luego me trae los fideos para la sopa y al instante los vacío en la cazuela. El muchacho abre los ojos asombrado y me dice que los fideos tenían algunos gorgojos que había que quitar. Pero ya es demasiado tarde. Los gorgojos forman parte de la sopa.

Domingo, 15 de noviembre.

Me paso toda la mañana leyendo en casa de Lérido Medina, de donde no quieren que me vaya. A las dos de la tarde presencio uno de los espectáculos más triste de la Sierra Maestra. Bajo un torrencial aguacero varios soldados bajan de las montañas a un enfermo grave en una hamaca.

Lunes, 16 de noviembre.

Ramón se aperece con el lechón. Tuvo que ir hasta asarlo según la costumbre típica pero nuestros esfuerzos por conseguirlo resultaron inutiles. En muchos lugares no lo había y en otros no quisieron venderlo. Ahora descanso sentada en un taburete en casa de Lérido. Los once niños me rodean mirando ansiosos el cartucho de caramelos que les compré en San Lorenzo.

Martes, 17 de noviembre.

Volvemos a salir en busca del lechón y creo que una vez más perdemos el tiempo. En San Lorenzo un primo del Comandante Crescencio Pérez me da unas fricciones para el dolor que tengo en la espalda y los brazos debido a los intensos ejercicios que realizo.

Ya de regreso me entregan una carta de mi amiga Carmen Arrúe. ¡Qué alegría me proporciona! Es la primera carta que recibo aquí y la leo y releo hasta aprendérmela de memoria.

Miércoles, 18 de noviembre.

Ramón se aperec con el lechón. Tuvo que ir hasta Las Mercedes, pero al fin lo hemos conseguido.

Jueves, 19 de noviembre.

Desde muy temprano me traslado a casa de Justo Correa para ayudar a preparar el "macho". Parecemos aves de rapiña rodeando al animalito que yace muerto sobre una yagua. Todos nos movilizamos. Unos traen agua del río próximo otros preparan el horno. Los demás quitan conmigo pelos y pezuñas.

Hoy me he hecho cargo de la cocina. Quiero demostrar mi arte culinario, pero son las siete de la noche y todavía el congrí está crudo. De nada ha valido los jarros de agua extras. El congrí no se ablanda. Aracely me dice que es mucha la cantidad y por eso no se cocina bien. Pero yo creo que le faltó agua desde un principio. En fin, esto ya no tiene remedio. Tapo la cazuela y me voy.

En la sala me encuentro con el Comandante Aldo Santamaría y los Capitanes Harold Ferrer y Hugo Camejo, los cuales están invitados a comer. No tengo otra alternativa que participarles el desastre de mi congrí. Rien divertidos, pero me ruegan que no cocine más.

Servimos lechón asado, pan y boniatos. Alumbran la mesa dos velas colocadas sobre sendas latas de figuran como candelabros...

En el centro, un grupo de hermosas flores disipa **la** pobreza del bohío.

Viernes, 20 de nobiembre.

Me paso este día haciendo los preparativos para salir mañana rumbo al Pico Turquino. Los que me ven en estos trajines me advierten que el viaje es sumamente difícil. Me hablan de los ríos, de frío, del Paso de la Angustia. Pero yo no me declaro vencida de antemano. Sigo preparando mi mochila dispuesta a salir mañana rumbo al Pico Turquino.

Sábado, 21 de noviembre.

El día amanece completamente nublado, con lloviznas intermitentes. Durante toda la noche estuvo lloviendo y los ríos corren precipitados y caudalosos. Me voy para el Pico Turquino.

A las noce de la mañana llego a la Escuela Militar con Doira Medina, una campesina que me acompaña en el viaje, y hablo con el Comandante Aldo Santamaría comunicándole mi decisión. Me mira asombrado. No puede creer que estemos dispuestas a salir bajo la inclemencia del tiempo por unos caminos donde el tránsito es casi imposible. Discutimos. Trata de persuadirme advirtiéndome que los ríos están creciendos y que posiblemente no podamos cruzarlos. Pero rebato sus argumentos diciéndole que una vez que yo tomo una decisión no me vuelvo atrás.

Cuánta razón tenía el Comandante. Los caminos están convertidos en un infierno. El fango nos da a las rodillas, el frío nos hace temblar y las nubes nos envuelven impidiéndonos ver más allá de veinte metros. Sólo apoyada en mi fe puedo avanzar... Estamos descendiendo una loma conocida por "La Candela". Se le ha dado este nombre porque está desprovista de vegetación y el sol castiga aquí fuertemente.

Doira se admira de mi equilibrio y me dice que ya estoy bastante "impuesta" (acostumbrada a las lomas).

A las cinco de la tarde llegamos a "La Magdalena" donde decidimos pasar la noche en casa de una hermana de Doira. Aquí comemos arroz con chorizos y plátanos fritos. Luego nos acostamos en nuestras hamacas.

Domingo, 22 de noviembre.

Nos levantamos a las seis y escudriñamos el cielo. El día está claro. Tomamos café y nos colocamos nuestras mochilas emprendiendo la marcha.

Enseguida nos reunimos con la Compañía E, una tropa militar de cien hombres que realiza el octavo recorrido al Turquino.

Tenemos que apresurarnos para no quedarnos atrás. Estos soldados suben y bajan las lomas con una agilidad asombrosa. En más de una ocasión impiden que caiga al suelo sujetándome en vilo.

La piel se me ha tornado rojiza y una sed terrible comienza a desesperarme, pero me aconsejan que tome el agua métodicamente y respire por la nariz...

Cruzamos por "Los Lirios", "La China" y llegamos al Jigüe donde nos detenemos para descansar cinco minutos. El jefe de la tropa reparte dulce de guayaba y leche condensada. Hay que reponer las energías perdidas.

Este es un lugar histórico. Aquí fue donde se entregó el Comandante Quevedo después de una batalla que duró varios días.

Por todas partes se advierten huellas de aquel memorable encuentro entre los soldados de la tiranía y los rebeldes. Los árboles están acribillados a balazos; restos de bombas y proyectiles se observan por doquiera.

Continuamos avanzando y cruzamos los 14 pasos de río Jigüe con el agua a la cintura. Más de una vez tenemos que atravesar los ríos formado cadenas para evitar que la corriente nos arrastre consigo.

Entramos en una zona donde la yerba de güinea nos cubre por completo. El sol del mediodía nos cae de lleno castigándonos. Todos estamos empapados en agua y sudor, con los zapatos semidestrozados por la larga caminata.

En un bohío próximo a La Plata nos detenemos para comprar caramelos y jugos en conserva. Muchos campesinos tienen fomentado este pequeño negocio y sus mejores clientes son los soldados que a veces consumen toda la mercancía.

A las dos de la tarde llegamos a la playa de La Plata donde acampamos.

Colgamos las hamacas en medio del monte y nos acostamos a descansar mientras los cocineros preparan el almuerzo.

Las olas del mar corren hacia la orilla yendo a estrellarse contra las piedras. Una brisa suave y agradable nos acaricia; por entre las ramas de los árboles descubro el cielo despejado y sereno.

Desde aquí veo a los cocineros repartiendo el almuerzo. Un soldado me trae el mío. Arroz con chorizos, bastante crudo por cierto. Apenas lo pruebo.

Son las seis de la tarde, Estoy en el campamento de la Compañía F, otra tropa militar que ha acampado cerca de la nuestra, esperando por el congrí que están haciendo.

La más estricta disciplina, el más absoluto respeto observo en estos soldados, negros y blancos, que me tratan como a una hermana. Confieso que nunca en mi vida me he sentido tan protegida y confiada como hoy que me encuentro sola en el monte en medio de doscientos hombres.

Lunes, 23 de noviembre.

A las cuatro de la madrugada nos despiertan los jefes de las tropas a la voz de: ¡De pie, de pie!..

En menos de cinco minutos preparamos las mochilas. Desayunamos café con leche y continuamos el viaje bordeando la costa sur de imponentes farallones, muchos de los cuales tenemos que escalar.

Avanzamos entre las montañas y el mar, bajo la luz de la luna que alumbra el camino.

En la playa de Palma Mocha nos sorprende el amanecer. Espectáculo que escapa a la descripción.

Nos internamos en los montes escalando las lomas. Debo confesar que más de una vez he tenido que detenerme para recobrar fuerzas, pues mis piernas se resisten a caminar más. Pero mi anhelo de llegar al Pico Turquino es superior a todo, y sacando fuerzas de flaqueza continúo subiendo elevadisimas montañas, atravesando ríos, soportando el castigo del hambre y el sol.

A las doce del día acampamos en un lugar conocido por "La Majagua" y almorzamos arroz con chorizos (esta vez no está crudo).

Estoy acatarrada, tosiendo continuamente. El jefe de la tropa me da a tomar una pastilla y me mira un tanto alarmado diciéndome que no debo continuar el viaje si me siento mal. Pero no renuncio a seguir. Ya estoy bastante cerca de la meta.

Martes, 24 de noviembre.

Nos despiertan a las tres de la mañana y emprendemos la marcha definitiva hacia el Turquino en una fría madrugada bañada por la luna.

Escalar la montaña más elevada de Cuba es un verdadero sacrificio. Sólo a fuerza de coraje y voluntad puede subirse. La ascensión es sumamente penosa hasta para los más experimentados. Hay lugares donde uno tiene que colgarse de los árboles para poder cruzar. Aunque esto no es nada nuevo ni difícil para mí, pues me he criado correteando por los montes. Recuerdo cuando mis hermanos y yo, siendo niños, subíamos a las copas de los árboles y nos balancéabamos en las mismas trasladándonos de unas a otras como felinos.

Estamos escalando el Pico Cuba, una loma perpendicular que nos agota, pero es la penúltima del Turquino y redoblamos las fuerzas a impulsos del entusiasmo...

La tierra acumulada en el suelo forma como una especie de colchón de muelles que amortigua los pasos. Algunos no pueden resistir la tentación y se tienden sobre la espesa capa.

Descendemos el Pico Cuba y comenzamos a subir el Turquino.

Escalamos un pequeño farallón conocido por El Paso de la Angustia por el infinito abismo que se abre abajo. Pero yo no le aplico tan sombrío nombre a un sitio desde el cual se contempla un espectáculo tan grandioso. Desde aquí se dominan todas las montañas con la mirada. El mar también se observa en toda su amplitud. Y como coronando tanta grandeza las nubes se mantiene en el aire bajando de vez en cuando a besar las cumbres.

Un esfuerzo más y arribamos a la cúspide del Pico Turquino.

Los soldados que ya se encuentran en lo alto me reciben con una ovación.

Los primero que ven mis ojos es el busto de Martí cuyo pensamiento reza: Escasos como los montes son los hombres que saben mirar desde ellos y sienten con entrañas de nación o de humanidad.

Todos nos retratamos junto al Apóstol para perpetuar este momento.

Continúo mirando el lugar y veo los restos de un helicóptero abandonado que según informes, perteneció a unos excusionistas que aterrizaron aquí rompiéndose el aparato.

Cerca del busto de Martí está la imagen de la Virgen del Cobre cubierta por una urna. Algunos soldados encienden los cirios que han traído y rezan en silencio. Finalmente emprendemos el regreso.

Si difícil es el ascenso más difícil aún es bajar. Hay que descender saltando o rodando. Opto por lo primero y entre salto y salto voy observando este maravilloso rincón de Cuba que tan mío siento.

La tempetura aquí es muy baja. Quizás por ello los árboles crecen delgados, desprovistos de vegetación. Sólo abundan distintas variedades de helechos de hermosas frondas, y plantas parecidas al palmito cuyas hojas se extienden en forma de abánico.

Tenemos que regresar a la Plata y me siento casi agotada. Esta vez no puedo ir junto a la tropa. Mis pasos son muy lentos. Me acompañan varios soldados temiendo que no pueda caminar mucho más.

Nos detenemos en el Pico Cuba, frente a un bohío, vara en tierra, donde durante algún tiempo estuvo Fidel Castro. Me preguntó cómo pudo soportar estar temperatura tan fría.

Sarvelio me trae agua de un arroyo para que compruebe lo fría que está. En efecto, la cantimplora parece que ha sido sacada de un congelador. Continuamos la marcha.

A las seis de la tarde llegamos al campamento de La Plata tras haber caminado 15 horas casi consecutivamente.

Almuerzo el congrí que me han guardado y me acuesto, pero no puedo dormir, la tos me lo impide.

Miércoles, 25 de noviembre.

Amanece. La tropa se va alante para acampar en el Jigüe. Conmigo quedan Doira y algunos soldados que nos acompañan.

A las ocho de la mañana emprendemos el camino rumbo al Jigüe donde nos reuniremos con los demás; pero me siento mal; apenas puedo caminar.

Nadie advierte lo que me sucede hasta que llegamos a casa de un campesino donde me dan a tomar un vaso de jugo... todo me da vueltas.

Estoy acostada sobre una cama en casa de un campesino en el Jigüe. Los soldados me han traído hasta aquí en una hamaca después de haberme desmayado.

Jueves, 26 de noviembre.

Amanezco un poco mejorada y monto en la mula que me han alquilado para continuar el regreso a las Minas del Frío.

A las once de la mañana, llegamos a la Escuela Militar. De aquí sigo a pie para casa de Lerido Medina de donde partí hace cinco días.

Viernes, 27, de noviembre.

Amanezco con 39 de fiebre y el médico de la Escuela Militar me receta antibióticos y vitamina C. Como alimento sólo tomo jugos de naranjas.

Sábado, 28 de noviembre.

Hoy es el día de mi cumpleaños y continúo enferma.

Lunes, 30 de noviembre.

Me encuentro ingresada en la Clínica los Angeles, en Santiago de Cuba. Mis ojos irritados apenas me permiten ver, casi no tengo fuerzas para levantar los brazos, pero quiero continuar este diario y hago un esfuerzo para relatar la odisea que he vivido.

A las ocho de la noche del día veintiocho me inyectaron medio frasco de Penicilina que me produjo una reacción alérgica de alarmantes síntomas, la temperatura de 40 grados me bajó violentamente a 35, cansándome una sensación de parálisis que me afectaba la garganta y el pecho. Pensé que iba a morir y pedí que me trasladaran para alguna población, pero tuve que esperar hasta el amanecer en que varios campesinos me llevaron en una hamaca hasta Las Vegas de Jibacoa, lugar donde me recogería un jeep del Ejército Rebelde.

Mas, el tiempo transcurría y el jeep no aparecia. Entonces me subieron en una camioneta que se dirigía a Las Mercedes, a donde llegué casi inconsciente.

Después de ha[illegible] un médico, me montaron en un jeep del Ejército y a toda velocidad se dirigieron al hospital de Manzanillo. Recuerdo que el río Yara estaba crecido y estuvimos a punto de quedarnos en él. A la una de la tarde ingresaba en el hospital de dicha ciudad más muerta que viva. La enfermera me aplicaba inyecciones y bolsa de hielo en la cabeza, pues mi temperatura superaba los cuarenta grados.

No habían transcurrido quince minutos de mi ingreso en el hospital cuando llegaron Cabita y Angela disponiendo ésta mi traslado para Santiago de Cuba. Le dije que no tenía fuerzas para moverme, que me dejara allí, pero ella insistió y ayudándome a levantarme me subieron de nuevo a un jeep.

Yo iba en el asiento trasero con la cabeza apoyada sobre mi maleta. Cabita manejaba acelerando cada vez más.

En Contramaestre nos detuvieron por exceso de velocidad. Pero cuando Angela le dijo al vigilante que llevaba a un enfermo grave para el hospital y el agente me vió en las condiciones que estaba, permitió que continuáramos sin aplicarnos la multa.

Entrando en Santiago de Cuba nos volvieron **a** detener. Esta vez nada convencía al vigilante que tenía órdenes de llevarnos detenidas pues el jeep estaba circulado. Pero cuando Angela le mostro su carnet de revolucionaria y funcionaria del Ministerio de Bienestar Social el agente vaciló. No obstante subió al vehículo con nosotras.

Me llevaron al Hospital Saturnino Lora donde después de un exámen médico certificaron que tenía Sarampión ordenando mi ingreso en la sala de infecciosos. Angela se opuso y de allí me trasladó a esta clínica a donde llegué con 70 de presión y 35 de temperatura. Siendo necesario reanimarme con sueros **e** inyecciones de Cortate. Estaba deshidratada por completo.

Este ha sido el precio de mi viaje a La Sierra Maestra, pero no me pesa. Lo que he visto. Los días felices que he pasado, la experiencia bien vale el sacrificio.

Martes, 1o. de diciembre

Hoy es que experimento alguna mejoría la cual me ha permitido leer y recibir las visitas de Angela, Cabita, Gloria Arrúe y Enrique Danglade.

Miércoles, 2 de diciembre.

Paso este día bastante mejorada. El médico me advierte que no debo volver por el momento a la sierra, pues necesito reponerme antes.

Jueves, 3 de diciembre.

Continúo restableciéndome, aunque todavía me siento débil. A las diez de la mañana Gloria Arrúe me trae los libros que le he pedido.

Viernes, 4 de diciembre.

Desde mi lecho de enferma envío un telegrama a mi familia diciéndole que me encuentro bien.

Sábado, 5 de diciembre

Hoy me dan de alta en la clínica y voy para casa de los Arrúe, de quienes estoy y estaré siempre agradecida.

Martes, 8 de diciembre.

Son las siete de la mañana. El tren se pone en marcha alejándose de Santiago de Cuba. Una densa bruma envuelve la ciudad en este triste amanecer. Menudas gotas de lluvia golpean mi ventanilla y ruedan por el cristal. La Naturaleza **se une a mi tristeza.**



LA MANO DEL ESCULTOR

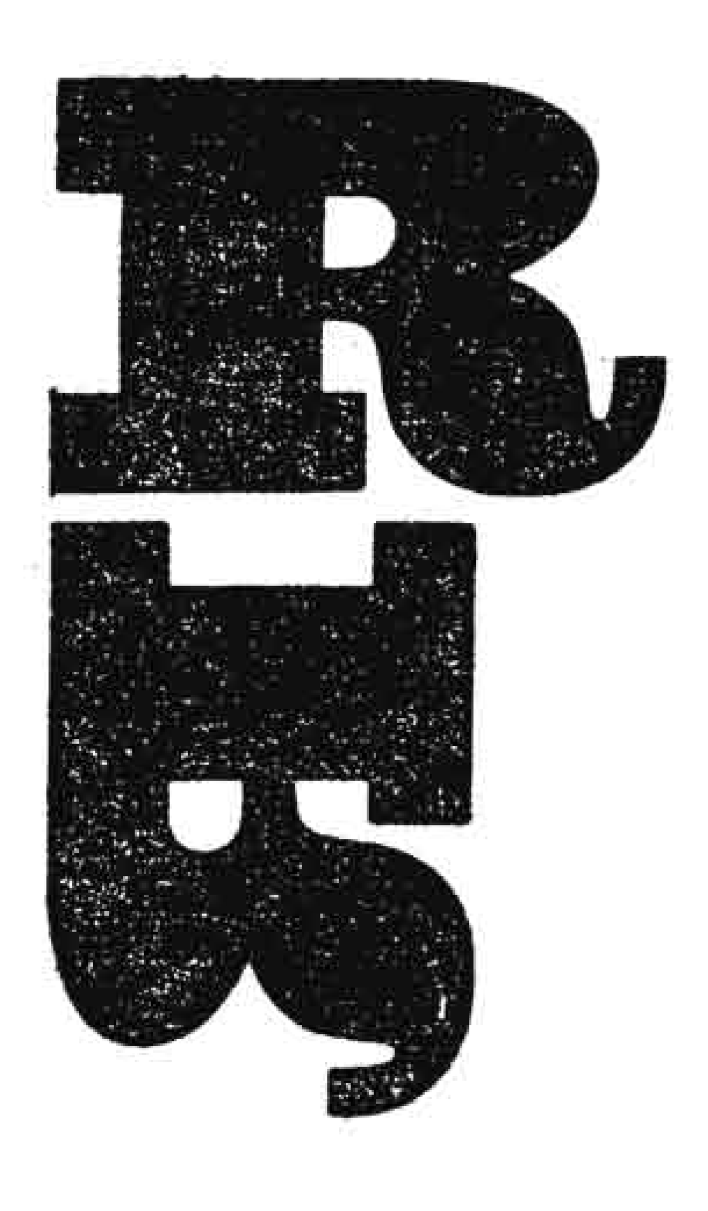
Si hay alguna prueba contundente de la objetividad de la idea, del traspaso mudo y veloz de una concepción del mundo a un objeto artístico, es la escultura. A través de ella se hace transparente el desgarramiento, la conciencia, y el esfuerzo por reunir el mundo de la apariencia para dar un mundo prodigiosa y dialécticamente real. La escultura en Cuba ha progresado con gran intensidad en los últimos años. Ha comenzado a vivir su vida total y casi que en momentos se ha puesto por encima de nuestra producción pictórica. Y ocurre que ese encuentro brutal y anunciador con la realidad que es la escultura, dentro del movimiento de las civilizaciones, junto a la arquitectura es uno de los saltos mortales más permanentes que suele dar el hombre.

La escultura moderna tiene dos visiones fundamentales: una que puede ser centrada en Brancusi y la otra en Giacometti. Una busca una **expresión sensible de la idea**, en un último clacisismo integrado a la visión cósmica, y la otra desde una desnudez esencial vuelca lo abisal en el hombre. Ambas formas de expresión se desprenden del riguroso camino del hombre contemporáneo.

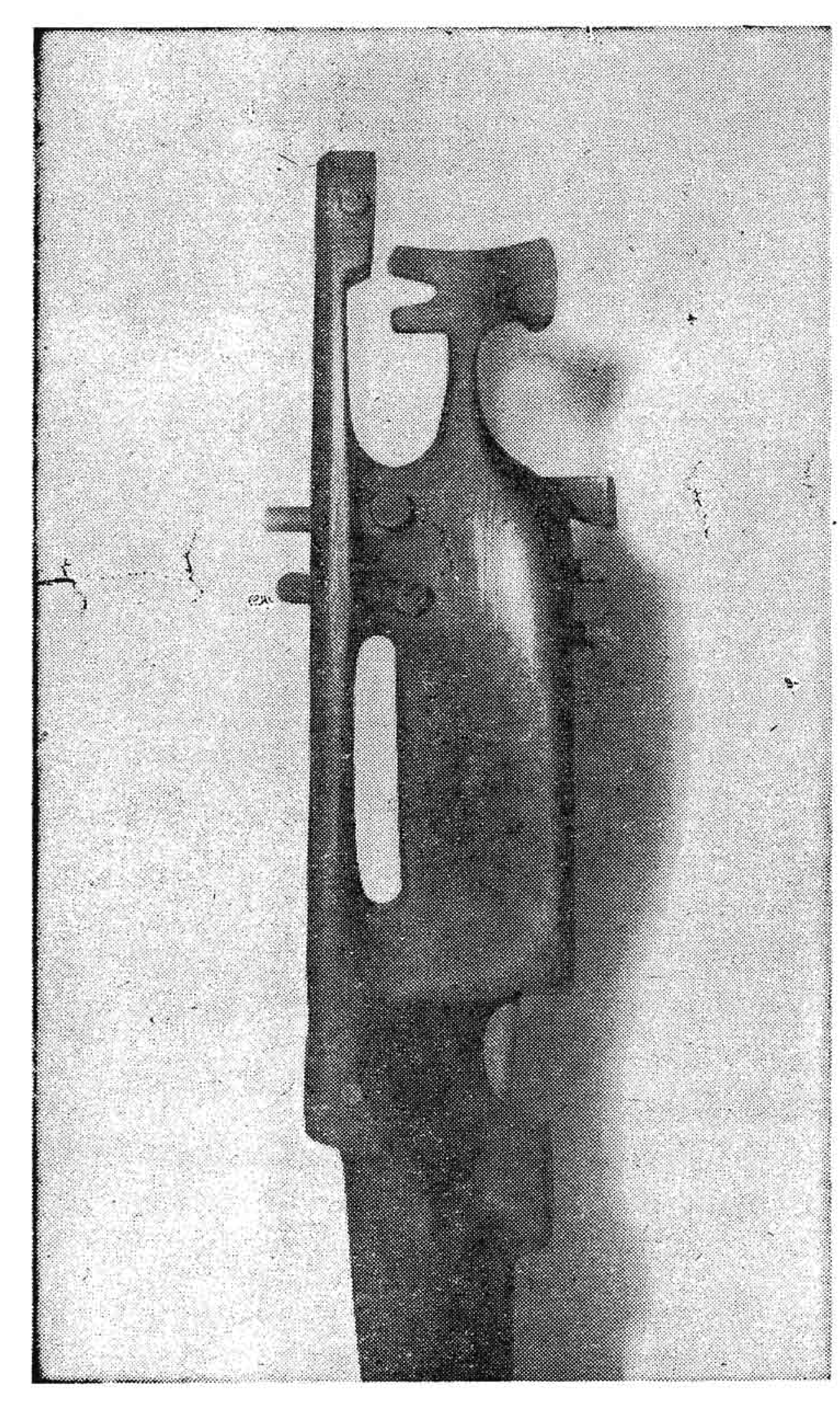
LUNES DE REVOLUCION, en el gran punto de partida de la cultura nacional, cuando el arte además de un medio de liberación total, es una estructura revolucionaria fundamental de liberación nacional, interesa este mundo del arte escultórico, que también es un esfuerzo por adquirir las formas libres de toda enajenación a que aspira la vida social del país. Dentro de esa absoluta fuerza liberadora de Tomás Oliva, el ritmo materialmente tenso de Cárdenas, las formas de Estopiñán y otras expresiones existe también un gran aliento de violencia nacional.

Vista en su transparencia la escultura desde su arboladura material desgarra el terreno de una posibilidad de liberación para el hombre total.

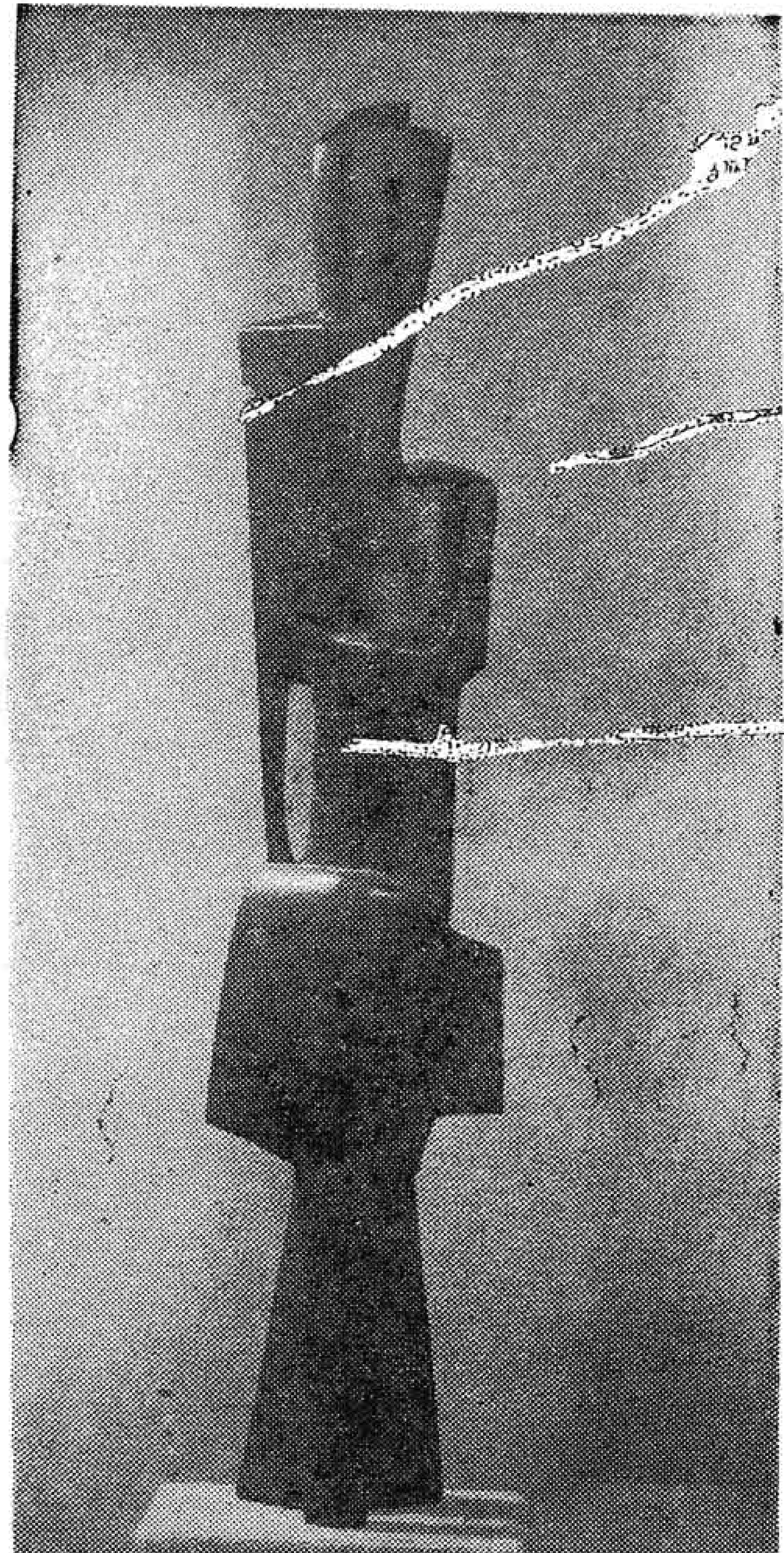
J. A. B.



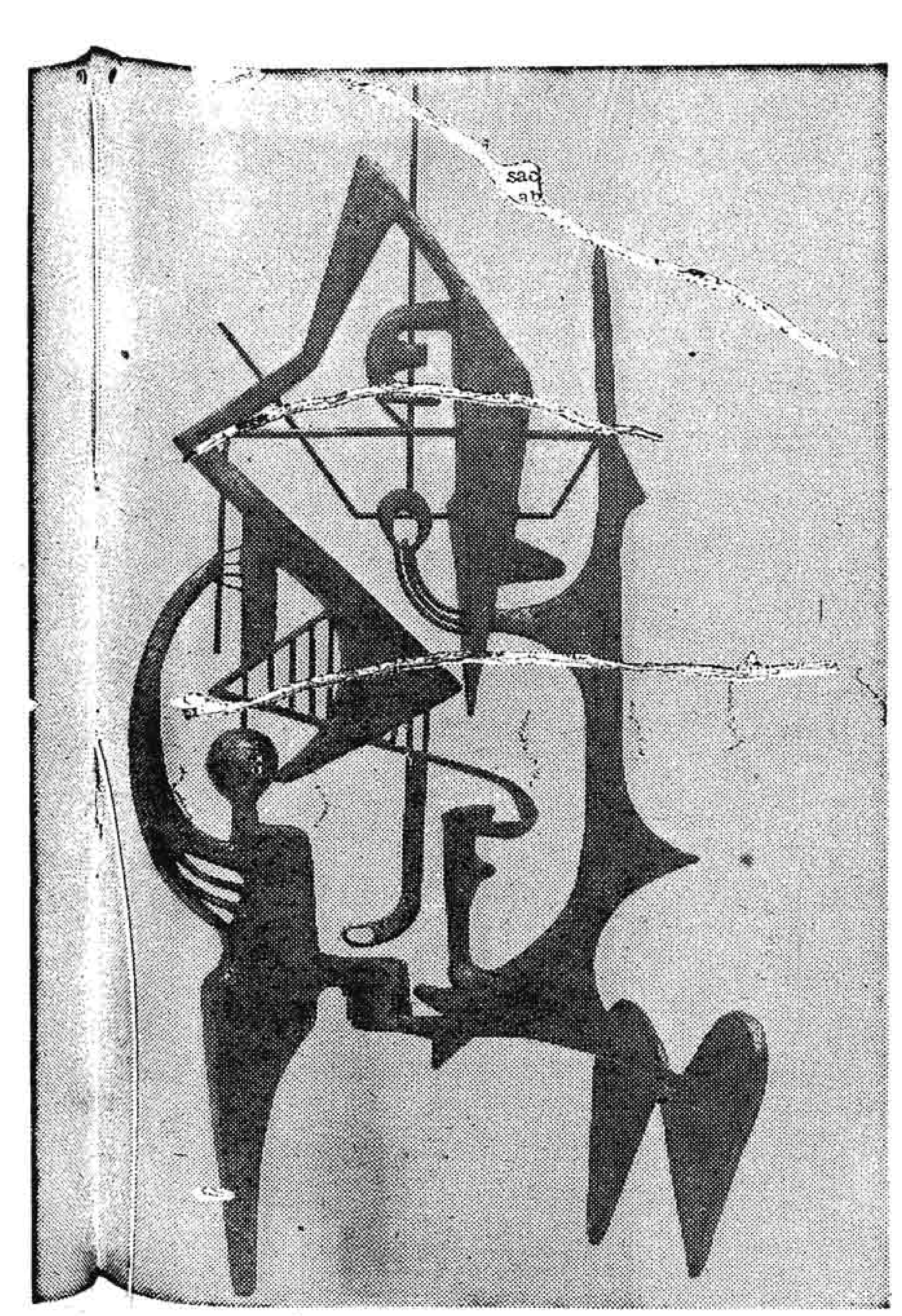
Tomás Oliva: La simiente lib re de la materia despojada.



Roberto Estopiñán: El amor de las formas.



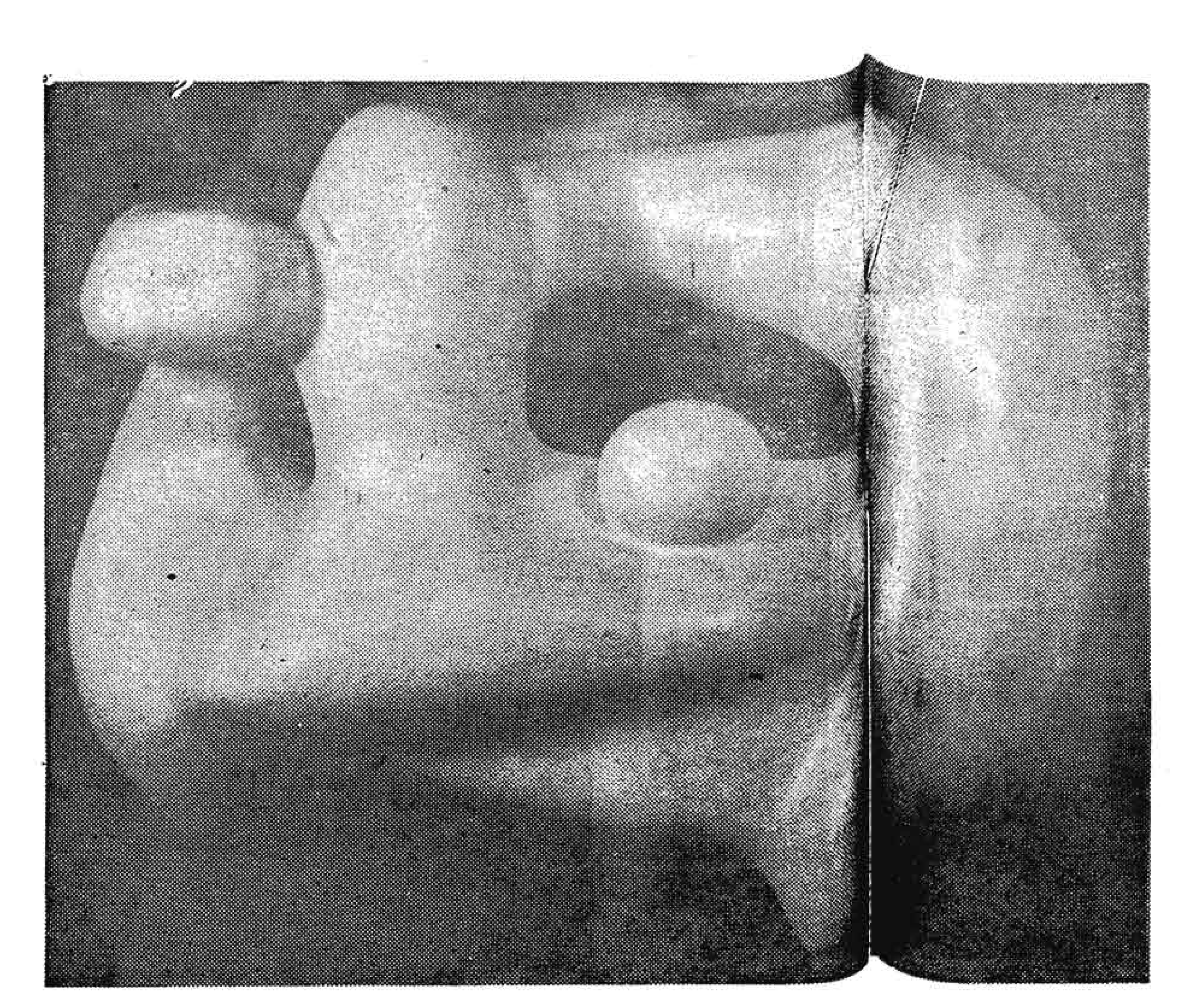
Francisco Antigua: Una pieza.



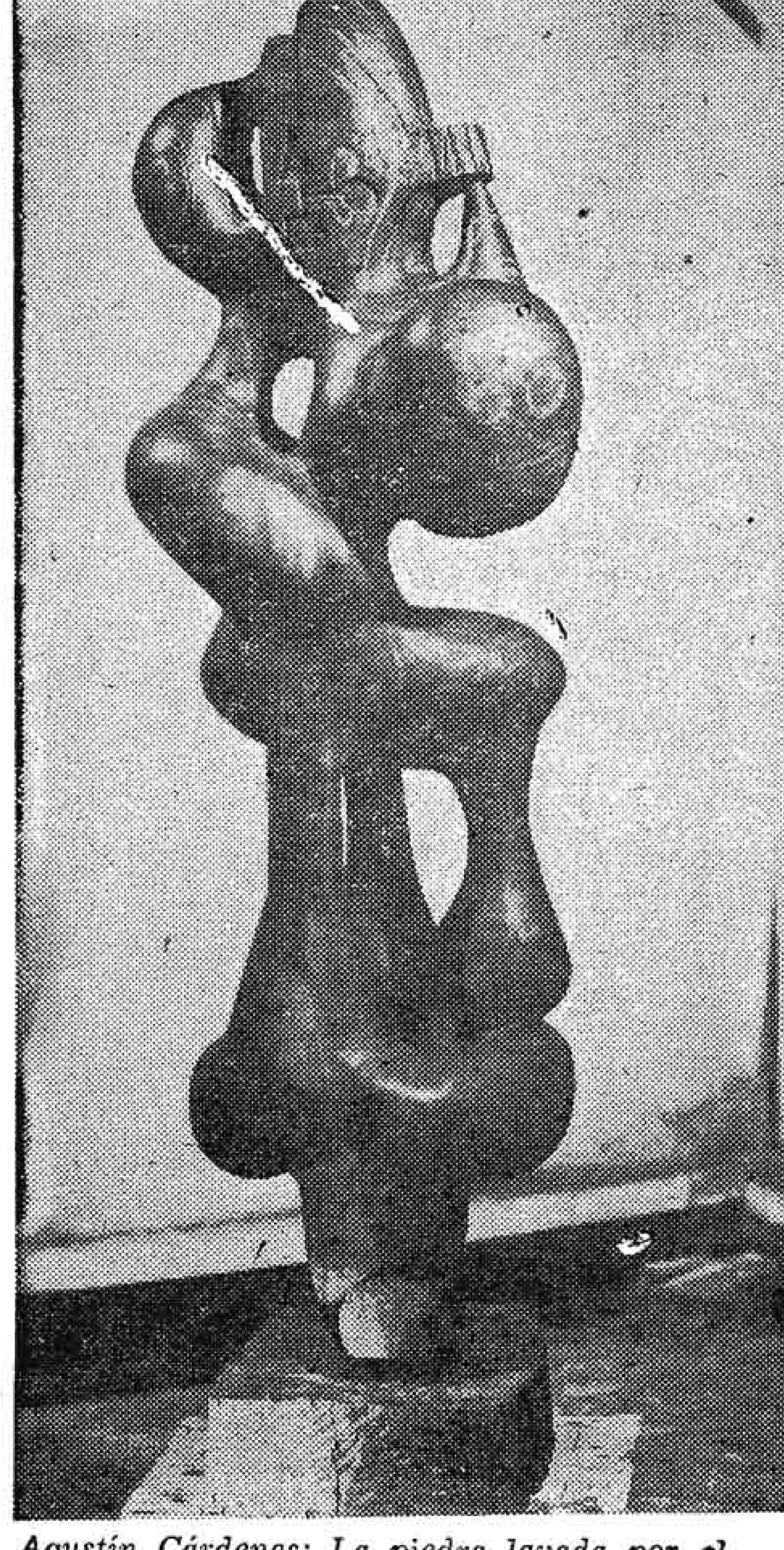
Alfredo Lozano: Escultura.



Tomás Oliva: La contienda de la idea.



Agustín Cárdenas: Una escultura audible como el verano.



Agustín Cárdenas: La piedra lavada por el agua de la pasión.



EL MAYOR GENERAL HABLARA DE TEOGONIA

por José Triana

José Triana nació en Camagüey en 1931. Ha publicado un libro de poesías, "De la Madera de los Sueños", en 1958. Ha vivido en Europa más de cuatro años. Tiene varias obras de teatro. La presente obra fue montada en Madrid por un grupo de aficionados. La presente obra, que el autor llama "un grotesco", puede ser incluída en el llamado género del absurdo. La obra tiene una indudable eficacia teatral.

PERSONAJES DRAMATICOS

PETRONILA.
ELISIRIA, su hermana.
HIGINIO esposo de Petronila.
EL MAYOR GENERAL, un hombrecillo de barbas muy largas.

EPOCA: AÑO DE 1929.

AL LEVANTARSE EL TELON APARECE EN ESCENA DOÑA PETRONILA, SENTADA DE ESPALDAS AL PUBLICO, TEJIENDO. EL RELOJ DE PARED DA NUEVE CAMPANADAS. ELISIRIA, SU HERMANA, SENTADA TAMBIEN, LUSTRA UNAS ENORMES BOTAS NEGRAS.

ELIS.— (CONTINUANDO UNA CONVERSACION YA EMPEZADA). Sí, por qué pones esa cara. Pudimos habernos ido pasados ya los primeros días de la convalecencia. Verdad es que hace mucho. Pero fuiste tú quien empezó con quejas sentimentales: "Un hombre solo. Hay que cuidarle. Se morirá de frío". Y aquí nos tienes. Esclavizados. Esclavizados sin remedio. (SUSPIRA) Y toda nuestra infancia y la vida misma...

PETR.— Tonterías, hemana, tonterías.

ELIS. — Recuerda. Reflexiona. Recuerda.

PETR.— A pesar de todo... Aunque...

ELIS. — Lo único que te digo es que hubiera sido una actitud digna y hasta casi heroica.

PETR.— ¿Por qué te empeñas con esa historia de lo que no se hizo? Los tiempos cambian. Todo resulta distinto. Y ciertamente nunca se sabe nada. Lo que hicimos, hoy nos parece detestable. Yo no sé qué rara virtud tiene el presente, que el pasado aparece como algo falto de sentido. Aunque a veces comprenda que sí, que existió el paraíso. Mira, ahí tienes un ejemplo: antes yo miraba mis peces de colores y jugaba con los soldaditos de plomo y el mar cantaba a lo lejos.

ELIS. — (MOLESTA PERO IMPASIBLE) No sé, no sé. Pero lo que sí puedo afirmarte es que estoy convencida que todo esto es un castigo, y que nunca podremos salir de aquí.

PETR.— (SONRIENDO MUY AMABLE) No seas tonta, no te desalientes. Todavía las lámparas tienen aceite. Lo repites a cada momento.

ELIS. — Es cierto que lo digo. Pero no te pongas una venda en los ojos. Trato de consolarme. Las lámparas tienen aceite. Y aún cuando suceda eso, estamos a medias. Y cuesta trabajo, por no decir que es imposible, volver a empezar. Por eso insisto diciéndote que no debimos entrar en esta casa; y si entramos que era urgente la salida, que no debimos demorarnos tanto.

PETR.— Bah, siempre estuvimos. (PAUSA, CONTINUA SONRIENDO) Y si fuera como tu dices, que más da. Acuérdate de nuestros padres.

ELIS. — (PARA SI) Fue un paso demasiado comprometedor. (PAUSA) Luego vinieron las complicaciones.

PETR.— Y dale que dale.

ELIS. — Yo sé lo que hablo. (PAUSA) Antes oíamos el canto de los pájaros.

PETR.— A Higinio le aburren esas pequeñeces. Más de una vez me lo ha insinuado cuando yo recordaba... (PAUSA) Contigo estoy en que tenemos inconvenientes, grandes inconvenientes. Pero la vida pasa y no nos damos cuenta.

PETR.— Y mamá y papá y los vecinos y los hijos de los vecinos y los hijos de los hijos de los vecinos y la encargada y los hijos de la encargada y los hijos de los hijos de la encargada y los hijos de los hijos de los hijos de la encargada y la tía Rosa con sus achaques del corazón y su mal genio? Y la prima Eulalia, esa, sí, esa, que no se casó nunca y que... Y qué cosa eran ellos al fin y al cabo? Me haces hablar más de lo que debo (PAUSA) Se hace tarde.

ELIS. — (CON FASTIDIO) Se hace tarde.

PETR.— Vendrá el Mayor General? Me lo ha prometido.

ELIS. — (MIRANDO LAS BOTAS QUE LUSTRA) Estará conforme? Siempre dice cosas desagradables. (PAUSA LARGA) Pudimos desviar el camino. No llegar hasta aquí. Hubiera sido mejor.

PETR.— De qué te quejas? La vida es así. Y sabes lo que te confieso? Que tú misma, en el fondo, lo deseabas y necesitabas. Siempre has sido... un poco... no sé... un tanto extraña. Te gustaba andar sola por la playa... (HACE MIMICA GROTESCA) Con un libro; igual que una maestrica estirada... solo que no traías esos espejuelos ridículos... (ELISIRIA LA MIRA CON ODIO) Mamá decía: "Esa niña nunca conocerá la felicidad". Y tuvo razón.

ELIS. — (VIOLENTA DE INTENCION) Mamá era una mujer vulgar.

PETR.— (CAMBIANDO EL TONO, PERO DEJANDO ENTREVER CIERTA ALEGRIA INTERIOR) No te molestes, no te molestes. (DE GOLPE) Por qué dices esas cosas? (PONIENDOSE MUY SERIA) Está visto, contigo no se puede bromear.

ELIS. — Y tú, cuanto más vieja, más cotorra pareces.

PETR.— Qué, qué?

ELIS. — Lo que has oído. (PAUSA) Yo tengo mis maneras, mi forma de ser. Y eso basta. ¿No?

PETR.— Ay, mujer por qué dices...? Ni que yo hubiera cometido una locura. Y a fin de cuentas, en el mundo andamos... y yo haré...

ELIS. — Por favor, no te empeñes en seguir, me cansan tus pequeñas sentencias. (PAUSA. PETRONILA SE QUEDA BOQUIABIERTA. LUEGO SE RECUPERA). Nada vas a hacer. Eres una calamidad. Lo que está hecho, está ahí. NO ES CIERTO? Y no se puede volver atrás. No es cierto también? Pués, entonces... Entonces...

PETR.— Qué dices, qué dices?

ELIS. — Nada. (PAUSA MUY LARGA)



PETR.— No te enfurruñes. Has sacado el malhumor de la tía Rosa. Ella, metida siempre en su cuarto oscuro lleno de telarañas y estatuas antiguas y bichos raros y gruñendo por todo, por no se sabe qué. Acuérdate, acuérdate que fue a morir a una casa de locos. Ah, pero cambiemos el tema. (PAUSA) A qué no sabes lo que me dijo ayer el Mayor General?

ELIS. — Ese maldito viejo no nos deja tranquilos.

PETR.— Dijo... Espera. Es graciosísimo. Dijo que...

ELIS. — Por qué lo invitaste?

PETR.— (SIN SABER QUE RESPONDER). Higinio... Tú sabes... Higinio. Conoces su debilidad, su falta de carácter. Es una cosa que salta a la vista. Y ahora hay que estar claros. El Mayor General tiene grandes influencias. Y quizá él pueda ayudarnos. Nunca se puede cerrar una puerta sin antes haber... tú sabes... Yo me entiendo. Además, no se puede negar que es un hombre que ha viajado mucho. Le gustan los mapas de colores. (RIE UN POCO HISTERICA) Y lee como tú. (CON GRAN AGITACION). Lo sé porque le he estado mirando por el ojo de la cerradura. Aunque después, hermanita mía, me entran unos remordimientos que no me dejan dormir en toda la santa noche. Y me pongo a pensar y a pensar y pienso que de tantos libros y aparatos viejos que tiene puede caernos encima el piso donde vive. Ah, pero, por dónde iba? Ah, sí. Las influencias. Elisiria, [illegible] en este mundo, los amigos y nadie más.

ELIS. — Sí, sí, ya sé, tu sentido práctico...

PETR.— Por qué dices eso? Tu lengua te perderá. No se cómo no comprendes esto que te digo. Es muy fácil. A Higinio le conviene que alguien se preocupe, se interese, y lo sostenga. Las envidias y los trapisondeos en la Oficina donde trabaja le salen como monstruos. Y tenemos que defenderle. Es lo usual en estos casos. (PAUSA). No le quieren. Nadie le quiere. (PAUSA). Y como comprenderás, no es ningún tonto. Es importante sobrevivir. Tenemos que... Tú sabes.. Además el Mayor General es todo un caballero. Respeta y admira las buenas cualidades. Y cuando se siente con el ánimo alegre, cuenta absurdos... Ayer, por ejemplo, decía...

ELIS. — No sé cómo puedes ser así...

PETR.— Sabes, sabes lo que decía?... Es tan divertido. Me pongo a recordar y tengo... (LAS RISAS NO LA DEJAN TERMINAR). Bien, pues si señor... (YA MAS CALMADA). Era muy de mañana. (COMO SI EMPEZARA A CONTAR UNA FABULA, QUE ELLA NO ENTIENDE, PERO QUE REPITE MAQUINALMENTE). El sol hacía crujir los cristales. El señor Higinio se había marchado a su trabajo. Y tú recogías las flores del jardín. Yo me sofocaba lavando las tazas del desayuno. Mientras tanto, el buen señor, nuestro Mayor General, había bajado todo. Parecía un sacerdote dictando un sermón a sus feligreses. Decía, decía... (IMITANDO EL TONO GRANDILOCUENTE). "Hasta cuándo dejarán de ser gusanos?"... (VUELVE A SU TONO, COMO UNA TONTA). Hay palabras que no entiendo. Sabes tú acaso...? (PAUSA). Y decía... "Que sean como yo. Tomen mi ejemplo Yo me hice de este modo que ven. Miren esta casa. (COMIENZA A TOSER). Me ahogo. Me ahogo. El esfuerzo. Además no entiendo ni pizca. Pero bien, pero bien, decía: "Hagan un esfuerzo. Luchen. Busquen las armas necesarias. Tienen una oportunidad cada minuto. Todos la tienen". Y gritaba. Y yo reía, reía. "Señor, señor... nosotros..." Y me rascaba la nariz; no sabía qué hacer ni qué contestar. Es curioso. (SONRIENTE) Qué querría decir?

ELIS. — (COMO UNA FURIA) Conque eso dijo? Se atrevió a tanto el muy...?

PETR.— ¡Ay!, he metido la pata. No se lo cuentes a Higinio, por favor.

ELIS. — Cállate.

PETR.— Te conozco bien y sé que eres capaz de todo. Acuérdate que la prudencia es la mejor amiga.

ELIS. — Déjate de refranes.

PETR.— Hay cosas que una debe guardar para poder ser feliz con los demás. (PAUSA LARGA).

ELIS. — (MASCULLANDO) Y él se cree el omnipotente. El juez. El dominador.

PETR.— Por favor, mujer. No es para tanto.

ELIS. — El justo. El portador de la perfección.

PETR.— Peores cosas nos han sucedido.

ELIS. — Y él, está detrás de todo, no? Bonita imagen. Algún día me gustaría restregármela en la cara.

PETR.— Cuidado, cuidado. No debes escandalizarte tanto. Yo creo. Bueno, a decir verdad no sé... Soy una imbécil. (TEJE CON RAPIDEZ). Quizás tengas razón. No te lo discuto. (PAUSA). Verdaderamente no soy una mujer extraordinaria. María Antonia, la mujer del carnicero, sin embargo... Es distinguida, no lo niego. Y tiene talento, no lo niego. Por eso ha hecho lo que ha hecho. (PAUSA. ELISIRIA MIRA CON DESDEN A SU HERMANA). Si se hubiera logrado mi hija, otro gallo cantaría. (ELISIRIA HACE MUTIS). Está bien, está bien. Ha sido una incongruencia y una falta de tacto el invitar al Mayor General. Mi hija sabe que lo hice pensando en el futuro. Yo se lo que me traigo entre manos. Quiero y he querido siempre a mi marido. (OYENSE RUIDOS LEJANOS. ALGUIEN CANTA UNA SALMODIA. EL QUE CANTA, POR MOMENTOS, SE DESENTONA). Además, a mí me encanta oír hablar al Mayor General. Que imaginación. Delante de nosotros se deci-

den guerras fabulosas. Cruzadas increíbles. Y legiones de ángeles vencen o mueren. (PAUSA. ESCUCHANDO ATENTA). El Mayor General tiene un esplendido dia. Se ha puesto a cantar. Qué hermosa voz. Debe estarse bañando. Oyes? (BUSCA A ELISIRIA CON LA MIRADA. EXTRAÑADA EMPIEZA A [illegible]ILLAR. INTENTA LEVANTARSE. EL TEJIDO CAE AL SUELO. LO RECOGE). Eli-siria. Eli-siria. Qué demonios haces? Dónde estás, mujer? (VUELVE A SENTARSE Y RECOMIENZA SU LABOR. EN VOZ BAJA). Eli-siria, Eli-siria... (MIRA A TODOS LADOS) Eli... (GESTO DE FASTIDIO). Eli-siria...

ELIS. — (DESDE ADENTRO). No me fastidies.

PETR.— D[illegible]metido?

ELIS. — Qué quieres?

PETR.— Estás haciendo los preparativos?

ELIS. — (ENTRA CON LAS BOTAS). Por qué gritas?

PETR.— (SUSPIRA). Ah! No me gusta quedarme sola.

ELIS. — No te has acostumbrado todavia?

PETR.— Que cosas tienes. Por qué me maltratas? Ni que fuera una niña majadera. Sacaste los pastelitos del horno?

ELIS. — Me lo habias dicho?

PETR.— Ah, qué [illegible] qué horror.

ELIS. — No te sulfures. No te sulfures.

PETR.— Que no te habia dicho nada?

ELIS. — Por favor, hermana. (PONE LAS BOTAS EN UN SITIO MUY VISIBLE). Enseguida los sacaré.

PETR.— Tu indolencia es una maldición.

ELIS. — Mejor seria que no hablaras tanto. Te pasas el cochino dia en eso y me trastornas y no sé ya lo que me dices ni lo que hago hago. (MUTIS).

PETR.— Ay, Dios mio, cada dia que pasa se vuelve más extraño. No hay quien la entienda. (ABANDONA EL TEJIDO). El Mayor General vendrá. Estoy segura. En fin, tan segura, que pondria las manos en el fuego. (TERMINA DE GUARDAR EL HILO Y LA AGUJA EN LA CESTA). Hay que tenerlo todo preparado para cuando Higinio... No quiero que se contraríe. No hay que decirle nada. Elisiria se aguantará.

COMIENZA A MOVERSE, ARREGLA AQUI Y ALLA. CAMBIA DE SITIO ALGUNOS MUEBLES.

PETR.— Si no fuera por mí, que seria de esta casa: No quiero pensar, no quiero pensar. Eli-siria... Hay que arreglarlo todo. Que no se escape ni un detalle. El carácter de Higinio es muy... No sé. Quizá muy exigente. No lo puede remediar. Es cosa innata. Niño mimado... Hijo único... Mejor dicho, con dos hermanas... que se resignaban, aceptaban sus extravagancias... que no eran pocas... Eso lo se bien... Eli-siria...

ENTRA ELISIRIA CON UNA ENORME BANDEJA DE PASTELITOS. PETRONILA, ASUSTADA, SORPRENDIDA, DA UN GRITICO.

ELIS. — (MOLESTA). Aqui tienes.

PETR.— Pero... pero... Estás en tu sano juicio? Si ya he puesto el mantel bordado que me regaló la prima Eulalia el día de la boda; si la mesa está en un desorden... bien me dice el Mayor General. (PAUSA). Elisiria, cuando te vas a dar cuenta de las cosas? Te llamaba para que me ayudaras. Estoy muy cansada. El trajín diario, no lo soporto.

ELIS. — (PONE LA BANDEJA SOBRE LA BUTACA). Yo no sirvo para estos menesteres.

PETR.— Se han quemado algunos?

ELIS. — No.

PETR.— Ay, mira que si se caen se manchan los cojines y las alfombras. Más vale precaver que tener que lamentar. No olvides que Higinio detesta las manchas de grasa. Sus escrúpulos. Oficinista y Jefe de su Departamento. Y no olvides que los Jefes exageran más de lo prudente. Por eso yo me burlo y le digo en la cama: (ENTRE RISITAS ENTRECORTADAS). "El Apóstol. El Apóstol". Y me gruñe... Además, recuerda que el Mayor General nos tiene prometida su visita.

ELIS. — Vendrá por fin?

PETR.— No lo dudes.

ELIS. — Bah.

PETR.— Respondió que sí. Con nosotros hará una concesión. No puedes imaginarte lo que le disgusta salir. Adora su pequeña madriguera.

ELIS. — Esa invitación. A nadie más que a ti se le ocurre.

PETR.— Cuándo dejarás de ser así?

ELIS. — Nunca.

DURANTE ESTA ESCENA Y LA SIGUIENTE, PETRONILA BUSCA EL MANTEL Y LO PONE CUIDADOSAMENTE EN LA MESA. HAY UNA ESPECIE DE RITO SINGULAR, MISTERIOSO, EN ESTAS MANIOBRAS. LUEGO COLOCA UN BUCARITO EN EL CENTRO DE LA MESA Y CONTEMPLA EL MANTEL EXTASIADA. ELISIRIA, QUE HA VUELTO A COGER LA BANDEJA, SE MUEVE INTRANQUILA; DESPUES, LA COLOCA SOBRE LA MESA.

ELIS. — Se puede?

PETR.— Es maravilloso, verdad?... Un tejido excepcional. Lo trajeron de la India unos contrabandistas de opio. Recuerdas aquella historia inverosimil que contaba la tía Rosa? Cuidado. Cuidado Si se llega a estropear me moriría. Lo mismo que si fuera un niño. Es tan delicado.

ELIS. — Me aburres.

PETR.— Tengo razón.

ELIS. — Eres una pobre tonta que no sabe dónde pone los pies.

PETR.— (RIENDOSE MUY SUAVE). No seas tan envidiosita. Yo no tengo la culpa de que a ti nadie te haya regalado nada.

ELIS. — Cállate.

PETR.— También he derramado muchas lágrimas. Todo tiene su valor.

ELIS. — A mí que me importa. Esas son cosas tuyas. Y de nadie más.

PETR.— Yo me pregunto a veces...

ELIS. — Aunque, te confieso...

PETR.— Si, si, no tefigures que esto me ha llegado en el pico de una paloma.

ELIS. — (PARA SI) Yo hubiera preferido

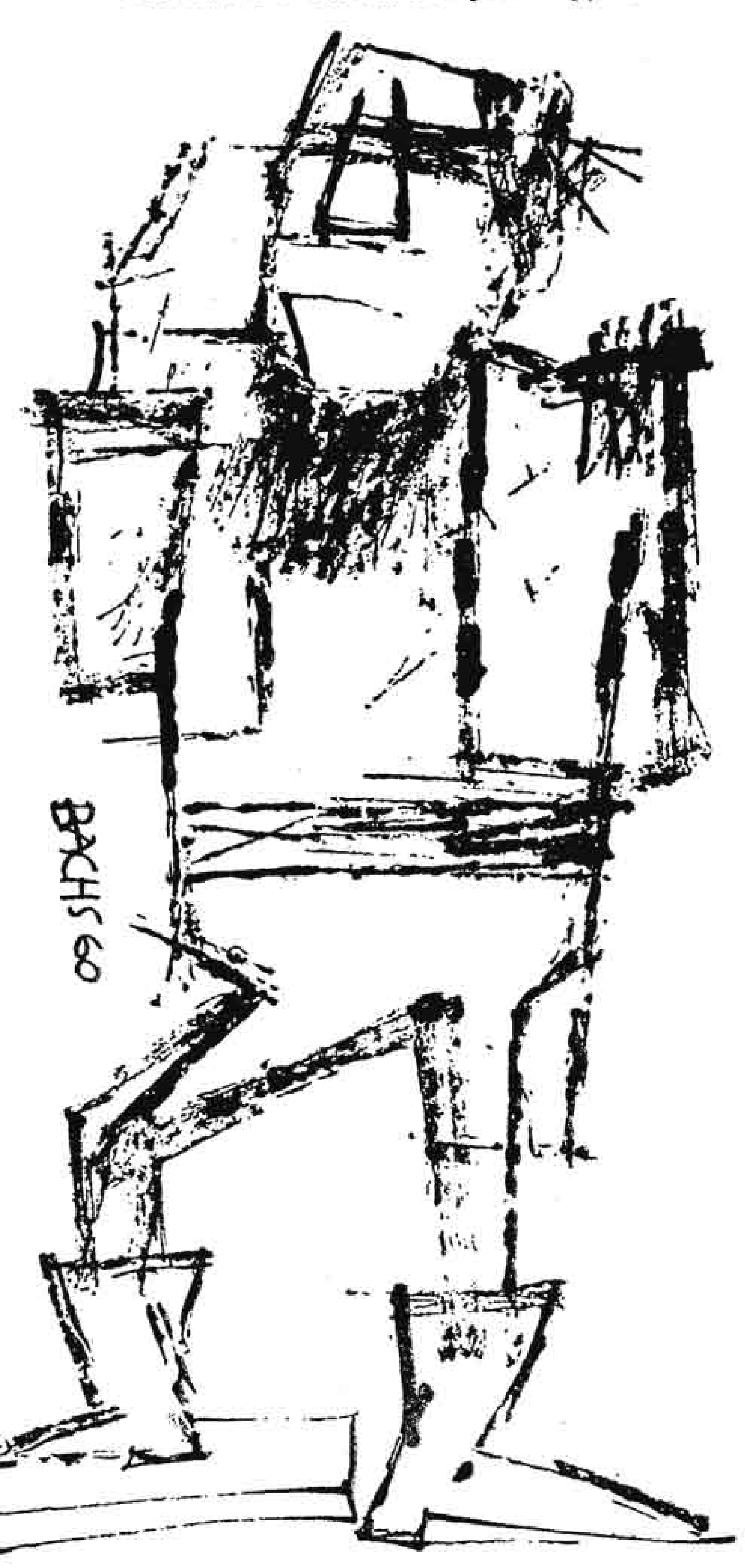
PETR.— Qué dices? (PAUSA). No te entiendo.

ELIS. — Ya lo se.

PETR.— Quieres ayudarme?

ELIS. — Para qué?

PETR.— Para qué?... Como quieras. Yo siempre me digo, y digo lo justo: Vivimos juntas, somos hermanas y parecemos extrañas. Traeré el cake. No te preocupes, no te preocupes. Yo me basto sola (PAUSA). Higinio se enternecerá. El recuerda siempre. Hay, su corazòn sensible. Yo le digo: "Debes poner buena cara. La vida otorga compensaciones inesperadas".



ELIS. — (PARA SI). No debimos entrar. Ese viejo de los mil demonios...

PETR.— Vuelves otra vez?

ELIS. — Es la verdad. Tú déjame a mí. Y haz lo que tengas que hacer. Si no esta casa se convertirá en un infierno.

PETR.— Queridita mía, contigo la vida se hace imposible. Una simple

ELIS. — Basta. Te lo ruego.

PETR.— Está bien.

ELISIRIA COMIENZA A PONER LOS VASOS, LOS PLATILLOS Y LOS CUBIERTOS EN LA MESA. PETRONILA, MUY LENTAMENTE, DISPONE LAS FLORES EN LOS BUCAROS Y ENCIENDE LOS CANDELABROS. EN ESTE MOMENTO, DEBE DISMINUIRSE LA LUZ. DE PRONTO, OYESE UNA VOZ TREMENDA, DESGARRADORA: "Elisiria. Petronila. Están condenadas. Higinio". Y VUELVEN LOS CANTICOS Y ALGUN CHILLIDO Y EL SONIDO DE UNA SIRENA QUE SE ALEJA.

PETR.— Has oído?

ELIS. — Sí.

PETR.— (NO QUERIENDO DAR IMPORTANCIA). Habrá sido el viento.

ELIS. — El viento?

PETR.— Sí.

ELIS. — No; es él.

PETR.— Quién?

ELIS. — Es él.

PETR.— (ASOMBRADA). El Mayor General?

ELIS. — El mismo que viste y calza (PAUSA).

PETR.— Acuérdate que seremos cuatro esta noche.

ELIS. — (MOLESTA). Si. (DE GOLPE). Querrá las botas ese cochino?

PETR.— Seguramente. Entonces fue él quien... Estará vistiéndose. Su gran traje de gala. Ay, la primera vez que se lo vi quedé maravillada. Parecia un principe ruso. El principe de todos los cuentos. Recuerdas? (ELISIRA HACE MUTIS). Pondré las copas de bacarat. Hoy celebramos un acontecimiento único. (DANDO VOCES). No intentes subir por aquí Ve por la escalera del fondo. Ten presente que hoy estuve cepillándolas y me duele la cintura. Ve, ve por el fondo. (CAMBIA EL TONO). Pesan tanto estas alfombras que ni mil hombres pueden con ellas. Y tener que moverlas una sola.

ELIS. — (DESDE AFUERA). Dime qué hora es.

PETR.— (MIRANDO EL RELOJ). Las nueve.

ELIS. — Las nueve? (MUY LEJOS). No puede ser.

PETR.— (COMO SI SIGUIERA UNA CONVERSACION NORMAL). Sí. El tiempo El tiempo a tu disposición, no? Aunque es probable que... Quizás sea más tarde. Ay, hermanita mía, tu cabeza no anda bien. (SUSPIRA FUERTE. MOVIENDO ALGUNOS PLATILLOS Y CUCHARAS). Hay que ser diligente y cuidadosa. Mamá me hacia esas recomendaciones. Pero, bueno, tampoco puede estar en todas

ELIS. — (ENTRANDO). Esas malditas escaleras están que se caen solas. Con un vientecito... puaf, al suelo. Habría que...

PETR.— Te hiciste daño?

ELIS. — No. (PAUSA. REANUDA LA LABOR ABANDONADA. MUY RAPIDA). Puse las botas en la puerta. No quise verlo. Toqué el timbre.. Me parece que esos gritos no son los modales más adecuados para un señor de su "categoría".

PETR.— Bah, niñerías. Una persona con seso es incapaz de hacer lo que tú has hecho. El tiene un sistema. Yo me he acostumbrado ya. Todos debemos acostumbrarnos. Además, dime qué te ha hecho a ti que no me haya hecho a mí? Te ha quitado algún ojo? Te ha faltado? Por qué entonces? ? (PAUSA. DE GOLPE). Eres demasiado susceptible. Nada, igual que la tía Rosa, que Dios la tenga en la gloria. Yo no me explico. No me explico. (PAUSA LARGA). Hace calor. En este tiempo se hace de noche tan temprano.

ELIS. — Esta maldita casa. Siempre aqui dando vueltas y vueltas.

PETR.— (COLOCANDO LAS COPAS). Copitas mías, copitas de sueño. Son como adormilados ruiseñores. Canten, canten. Lirinlón lonlin. Cuando el Mayor General ponga los labios en sus cuerpecitos serán más puras.

ELIS. — El Mayor General. El Mayor General.

PETR.— Oyes?

ELIS. — El Mayor General.

PETR.— Afuera cae el agua.

ELIS. — Si, si. Déjame en paz.

PETR.— Es divertido. Y romántico. Como en las novelas y en las películas. La lluvia que cae en los aniversarios. Hay que encender todas las velas, así la casa tendrá un aspecto más agradable, más intimo: el propio para las confidencias. Y entonces, hablaré con el Mayor General. Le confesaré todas nuestras angustias. Y él tratará de aliviarnos la carga. (PAUSA). Un aniversario. Veintisiete años de casada. Todavía estoy joven e impaciente. Traeré el "cake" y el champán. Estoy impaciente. Ayúdame. Soy feliz. No todos pueden decir lo mismo.

ELIS. — (SE SIENTA. CON EXPRESION AMARGA). No puedo más.

PETR.— Qué te ocurre?

ELIS. — Me duelen los huesos. Esta casa es un laberinto. Un poco de sueño no me vendría mal.

PETR.— Pero cómo eres capaz de pensar semejante locura? Tener sueño ahora. Eso es imposible. Tenemos que festejar este acontecimiento. Tú sabes que era mi ilusión. Que desde hace un año vengo haciendo los preparativos. Anda, muñeca mía. No seas malita. Te vas a dormir?

ELIS. — No me siento con ánimo. Preferiría meterme en la cama y olvidar.

PETR.— Ay, Dios mío, y mi "cake" y mis pastelitos. Qué puedo hacer, santos Cielos? Qué puedo hacer? (HACIENDO MUTIS). Lo tuyo no tiene nombre.

ELISIRIA MIRA HACIA LA PUERTA POR DONDE PETRONILA HA HECHO MUTIS.

ELIS. — (GESTO HURAÑO). Y ésta quiere que me quede toda la noche oyendo imbecilidades. No y no. Y menos sabiendo lo que opina. (COMIENZA SU LABOR DE COSTURA). Tengo que terminar de zurcir estos calceunes de ése... (VUELVEN A OIRSE LOS CANTICOS MEZCLADOS CON CHILLIDOS Y SONIDOS METALICOS. ELISIRIA SE MUEVE INTRANQUILA. MIRA HACIA ARRIBA). Otra vez esa jerigonza. Desde que me levanto hasta que me acuesto.

Estoy aburrida. Lo que se llama "aburrida". Y eso no es lo peor. Cualquier día se volverá loco y nos matará a todos... Como dicen que pasó hace ya bastante tiempo. Aunque yo estoy por creer que son alardes, invenciones que emplea para aterrorizarnos. (SE LEVANTA MUY IMPACIENTE. DA VUELTAS. SE ASOMA A LA VENTANA). Si pudiéramos hacer algo. (PAUSA, EN UN GRITO, SORPRENDIDA). Higinio. (PAUSA).

PETR.— (DESDE ADENTRO). Llamas a Higinio? Llegó mi amorcito? Se ha mojado mi reyecito, mi bombocito?

ELIS. — (SE SIENTA). Tienes que ayudarme, Higinio. Tienes que ayudarme.

PETR.— Hablabas con mi maridito?

ELIS. — (SORPRENDIDA, COMO SI SALIERA DE UN ESTADO HIPNOTICO). No. No. Ah... miré por la ventana y me confundí. Era una sombra.

PETR.— Ay, Elisiria, Elisiria, me estoy volviendo loca. Loca de alegría. (PAUSA). Se me había olvidado algo? Se me había olvidado... Que cabeza la mía. (HACE MUTIS). ¡Que cabeza!

ELIS. — Tienes que ayudarme; estoy dispuesta a todo. Haremos lo que sea necesario: huir o matar. Quizá tu mujer te oculte lo que pasa. Yo te contaré todos los insultos. (PAUSA). Emplearé cualquier medio. Hay que arriesgarse. (ENTRA PETRONILA. TRAE UN "CAKE". UNA BOTELLA DE CHAMPAN Y UNA CUBETA DE HIELO).

PETR.— Que no puedo. Que se cae el "cake".

ELISIRIA MIRA A SU HERMANA CON DESPRECIO.

ELIS. — Siempre pasa lo mismo. (AYUDANDOLA). Al final..

PETR.— Envejesco.

ELIS. — La canción de todos los días.

PETR.— Eres cruel.

ELIS. — El almíbar se derrama.

UNA VEZ QUE HAN TERMINADO DE ARREGLAR, SEGUN EL CONCEPTO ARTISTICO CASERO, PETRONILA QUEDA ABSORTA CONTEMPLANDO LA MESA. ELISIRIA SE ENTREGA A SU COSTURA Y BOSTEZA.

PETR.— Maravilloso... Como lo había soñado.

ELIS. — (SARCASTICA). Dedicar una vida para esto.

PETR.— Estoy pensando que...

ELIS. — Hace frío.

PETR.— Y saber que la felicidad no es completa.

ELIS. — Caen copos en este eterno verano.

PETR.— Si mi hija estuviera ..

ELIS. — Por qué metes a tu hija en esto? Siempre los recuerdos. La sacas sin venir al caso.

PETR.— (MIRANDO HACIA EL SITIO DONDE SE ENCUENTRA UNA URNA DE CRISTAL ADORNADA CON CINTAS DE COLORES). No debo quejarme.

ELIS. — Vendrá por fin el Mayor General?

PETR.— (SE SIENTA. EN SUS PENSAMIENTOS). Podríamos ser cinco alrededor de la mesa.

ELIS. — Contéstame mujer...

PETR.— Mi hija sería hermosa.

ELIS. — No puedo más. Es demasiado. Me estás oyendo?

PETR.— Rubia, muy rubia.

ELIS. — Ese maldito viejo tiene la culpa. Te trae desquiciada.

PETR.— Tendría los ojos azules. Como su padre.

ELIS. — Ya es inútil que me ponga a hablar contigo. No debimos entrar en esta casa. Esto tiene que terminar cuanto antes.

PETR.— Como un ángel.

ELIS. — Tenemos que sufrirlo todo. Vejaciones, miserias. Que si hay que lavar las camisas, que si el vino se derrama, que si la salsa está espesa...

PETR.— No es verdad, hermana?

ELIS. — Todo. Yo me pregunto por qué. Por qué?

PETR.— De que hablas? (PAUSA, COMIENZA A TEJER). Ay, que hermosas frazadas para el Mayor General.

ELIS. — Llegamos temblando. Teníamos miedo.

PETR.— (MIRANDOLA). Es raro.

ELIS. — Entramos.. Buscábamos dónde guarecernos. Ella desallecía.

PETR.— Dice cosas absurdas.

ELIS. — Huíamos... Sucedió aquello... Ibamos los tres de paseo. Higinio decía, hablaba como siempre, como un señor muy importante. De pronto, las manos de ella, sus manos húmedas me molestaron.

PETR.— Se habrá vuelto loca?

ELIS. — No, mentira, mentira.

PETR.— (CASI SUSURRANTE). Elisiria, Elisiria .. (PAUSA).

ELIS. — Aquella noche habíamos peleado. No recuerdo por qué. Tampoco este es el motivo de lo que vino después.

PETR.— Señor mio...

ELIS. — Si una pudiera explicarse.

PETR.— Qué dice, qué dice?

ELIS. — Siempre hay algo oscuro.

PETR.— Tengo que conformarme.

ELIS. — Lo sé, lo sé.

PETR.— Si mi hija estuviera con nosotros...

ELIS. — Ay, si me bastara el aire, los pájaros, el cielo..

PETR.— Bajaría las escaleras y cuidaría el reumatismo del Mayor General... que sonreiría complacido. Esta casa sería distinta. Entonces, creeríamos todos en la eternidad de la primavera... Miro estas paredes... Oscuras...

ELIS. — No puedo seguir. No puedo seguir.

PETR.— Hace veinticinco años.. Es posible tanto tiempo?

ELIS. — Estamos como muertos.

PETR.— Preferiría olvidar.

ELIS. — Quiero destruir esta casa.

PETR.— Aquel accidente... Caí. Un golpe terrible.

ELIS. — Volver a empezar. Un día sin los ojos llenos de lágrimas y pensando en un paisaje claro.

PETR.— Ibamos los tres. Reíamos... Higinio decía .. La niebla de la madrugada. Me desvié. Quería alcanzar unas ampolas silvestres... El barro mojado... Resbalé..

ELIS. — Hace veinticinco años..

PETR.— Perdía a mi pequeña criatura... No es cierto, hermana?

ELIS. — (MIRANDOLA). Era feliz. Estaba encinta.

PETR.— Lloré, supliqué... No quise separarme de ese sueño. Me creyeron loca, pero accedieron. No me importaba, ni me importa. Vencí.

ELIS. — Dos años de casada... (PAUSA). Sentí celos... (TRANSICION). Con su vientre redondo y la felicidad de sentir la criatura.

PETR.— Aún conservo su cuerpecito disecado. En esa urna de cristal. (MUY DIGNA). Aunque nadie quiera creerlo... Una reliquia de amor.

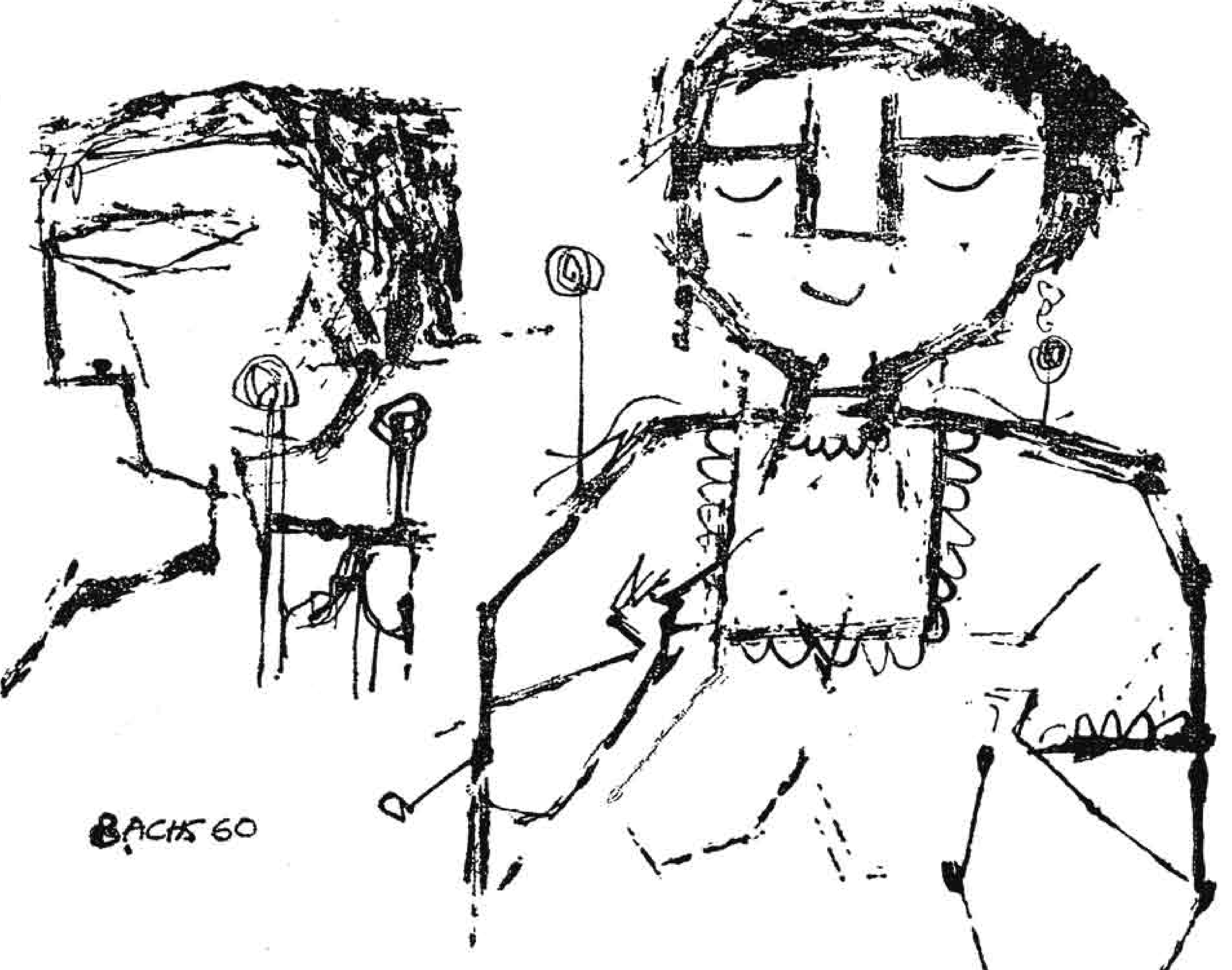
ELIS. — (OBSTINADA). La empujé y cayó. La culpa fue del barro. La culpa fue del barro... Desde aquel día no he podido dormir.

PETR.— Veinticinco años...

ELIS. — Una nube negra un vértigo... Todo lo perdí en un instante.

PETR.— Como si fuera ayer.

ELIS. — El grito de la caída y la sangre y las sábanas manchadas... Abandonamos el huerto aterrorizados.



PETR.— Empecé poco a poco a sonreir.

ELIS. — Si pudiera decir que soy inocente.

PETR.— No basta decirlo.

ELIS. — Sin embargo...

PETR.— Cuándo llegará Higinio?

ELIS. — En el principio. (PAUSA LARGA).

PETR.— (SE LEVANTA Y SE ACERCA A LA MESA. COGE UN PASTELITO). Tengo hambre.

ELIS. — Y el Mayor General?

PETR.— Duerme la siesta. Quieres?

ELIS. — Se irá al campo cuándo llegue el crepúsculo?

PETR.— Pero estás loca. Meterme yo en sus asuntos. No faltaba más.

ELIS. — Siempre lo ha hecho. Desde el primer día.

SUENA UNA CAMPANILLA LEJANA. PETRONILA, ALBOROZADA, EMPIEZA A CHILLAR DE UNA FORMA ESTRUENDOSA. ELISIRIA LA MIRA DISTANTE Y DESCONOCIDA. SU EXPRESION ES INDEFINIBLE.

PETR.— Ha llegado. Ha llegado.

ELIS. — Quién?

PETR.— Quién va a ser. Higinio, Higinio.

ELIS. — Pareces una niña de cinco años.

PETR.— Lo quiero, lo quiero.

ELIS. — Por favor, no te excites tanto. Ya tendrás ocasión.

PETRONILA COMIENZA A RETOCARSE. ELISIRIA BOSTEZA Y ABANDONA POR UNOS MINUTOS SU LABOR. ENTRA DON HIGINIO. ES UN HOMBRE ALTO, UN TANTO DELGADO. TIENE EL PELO CANOSO. VISTE CON SOBRIEDAD. TRAE UN PERIODICO Y UN FONOGRAFO DE PRINCIPIOS DE SIGLO. (ES IMPORTANTE QUE ESTE INSTRUMENTO TENGA UNA ENORME BOCINA).

HIGI. — Qué te pasa? (TIRA EL PERIODICO. ELISIRIA LO RECOGE Y HOJEA. PONE EL FONOGRAFO EN UNA BUTACA).

PETR.— (MIMOSA. ACERCANDOSE Y BESANDOLO). [illegible] mio, te quiero mucho. Se manchó el forro de la butaca. Han subido los precios. Acuérdate, cariño.

HIGI. — Tendremos música. Aquí tienes el viejo fonógrafo de tu hermana Enriqueta.

PETR.— ¡Qué sorpresa más agradable!

HIGI. — Te gusta?

PETR.— Mucho.

HIGI. — Quise que te divirtieras. Aunque... no sé.

PETR.— Mi conejito.

HIGI. — Lo tienes todo preparado?

PETR.— Costó muy caro el arreglo? Encontró el mecánico las tuercas?

HIGI. — Sí.

PETR. Te sientes feliz?

ELIS. — (DEJANDO A UN LADO EL PERIODICO). Las mismas historias con nombres distintos (REANUDA SU LABOR). Higinio.

HIGI. — (A SU MUJER. MUEVE AFIRMATIVAMENTE LA CABEZA). Vendrá.

ELIS. — (MIRA A SU HERMANA). Lo prometió. Te vas a sentar? Quiéres pelliscar un pastelito? Hará una concesión. Eso dijo.

HIGI. — (SE SIENTA EN UNA BUTACA O SILLA CENTRAL). No, no, ahora no.

PETR.— Qué te ocurre?

ELIS. — (CANTANDO).

Dulce rumor,
septiembre sueña,
La ceniza que cae,
estoy vestida de luto.
Dulce rumor,
las flores mueren.
La lluvia se apaga,
estoy vestida de luto.
Dulce rumor,
espectros cercanos.

PETR.— (EXALTADA POR LAS PALABRAS DE HIGINIO). Cómo? No. No puedo creerlo. Exageras, querido... Entonces?

HIGI. — Lo que has oído.

PETR.— En la oficina... Participar nuestra desgracia a esos señoritingos, esos bribones de baja estofa.

HIGI. — Sí, me miraban y reían y hacían alusiones, contaban anécdotas.

PETR.— Debe haber un error... Qué él haya sido capaz...?

HIGI. — Como te lo cuento. Imagínate lo que viene. Estamos perdidos.

PETR.— Es una vergüenza. El diluvio.

HIGI. — Perdidos. Para siempre.

ELIS. — (CANTANDO).

Tres corderitos blancos
en la pradera dormían.
Alguien arriba velaba...

PETR.— Es como si prepararan nuestros ataúdes.

ELIS. — Un ataúd blanco, no?

PETR.— Y cavarán una fosa y se sentarán a esperar.

HIGI. — No estoy dispuesto a continuar viviendo en estas condiciones. Y cuando hablo así,

es porque no son meras sospechas, sino realidades, frías y tajantes. No hablo por hablar. He tratado de investigar y prefiero

PETR.— Entonces... ?

HIGI. — Tenemos que adelantarnos.

PETR.— Y quiéres?...

HIGI. — Sí, mujer, lo que has oído.

PETR.— Entonces...?

HIGI. — Sí, mujer... Y sin grandes preámbulos.

PETR.— Esta noche es imposible. Imagínate, querido mío. La cena, los entremeses, el Champán... (SONRIENDO). Quieres darme una broma. Oh, pequeñín, te conozco, te conozco...

HIGI. — Lo mataremos.

PETR.— No...

HIGI. — No podemos resistir más. Son demasiadas vejaciones.

ELIS. — Sería la mejor salida. Esta mañana gritaba que estábamos condenados.

PETR.— (DIVERTIDA, A SU HERMANA). No te metas tú! Era un juego. (ENSERIANDOSE, A SU HERMANA). Tu cabeza no anda bien. Era el viento. El viento. El equinoccio. El viento que golpeaba los pinares.

ELIS. — Es la mejor forma de contener sus impertinencias.

HIGI. — Estás segura que hoy...?

ELIS. — Sí...

HIGI. — Es curioso. Es curioso. Entonces ya está.

ELIS. — Debemos emplear un cuchillo bien grande.

PETR.— (ESPANTADA). No puede ser.

ELIS. — Rodará su cabeza de un solo golpe.

PETR.— Al Mayor General...

HIGI. — Esta noche.

ELIS. — Su sangre nos serviría de alimento. Seremos santificados después.

PETR.— Ha sido un error de información. Cualquiera... Alguna jugada sucia. Podría ser otro.

HIGI. — Quién si no él? (PAUSA). Elisiria, me acopañarás?

ELIS. — Lo necesito. (PAUSA).

HIGI. — Cuando baje...

ELIS. — Bien entrada la noche.

HIGI. — Debe aclararte que me repugna la violencia.

PETR.— Una canallada.

HIGI. — Estoy dispuesto. Aunque preferiría otro sistema. Envenenarlo, por ejemplo.

PETR.— Es tan viejecito...

HIGI. — Un fuerte brebaje...

PETR.— Además, no creo...

ELIS. — Sí.

HIGI. — Nos libraremos de esta maldición. Hay que convencerse de que no podemos seguir. Lo he pensado bien. Ya esta tarde, cuando regresaba, busqué justificaciones. Me decía: "Reflexiona, puede haber una equivocación". Pero no. Es algo tan cierto como estas dos manos que tengo aquí delante de mí.

ELIS. — No te preocupes. Yo trataré de administrarle, sin que se dé cuenta, uno de sus brebajes venenosos.

HIGI. — Sí, sí. Hay que usar sus propias armas.

ELIS. — Iré hasta su cuarto. Le robaré algún frasco de los que tiene lacrados.

HIGI. — Perfecto. (PAUSA).

ELIS. — Nos salvaremos? Podremos huir? Hay que preparar las maletas y sacar los pasajes para el rimer tren de la madrugada. Nos salvaremos? (PAUSA).

HIGI. — Esas cosas nunca se saben. Al menos seremos libres.

ELIS. — Libres?

PETR.— Pobrecito.

ELIS. — Es un viejo hipócrita.

HIGI. — Nos ha hundido para siempre.

ELIS. — Date cuenta que los empleados de la oficina sabían aquello.

HIGI. — Sí, habló. Habló demasiado. Contó en la bodega de los Olivos... Me lo dijo María Antonia, la mujer del carnicero.

PETR.— Qué dijo, qué dijo?

HIGI. — No recuerdo.

PETR.— Y lo que me contaste?

HIGI. — Déjame ya, mujer.

PETR.— No entiendo. (PAUSA). Luego?

HIGI. — No sé, no sé bien ahora.

PETR.— Entonces... Si lo matamos. Qué podemos hacer?

ELIS. — No te desalientes. Hay que empezar de nuevo sin él.

PETR. — Cómo?

HIGI. — No sé.

PAUSA. HIGINIO PONE EL FONOGRAFO EN UNA MESITA PORTATIL, DISPUESTA SABIAMENTE EN ESCENA, YA QUE DEBE OCUPAR UN LUGAR VISIBLE SIN QUE ENTORPEZCA EL JUEGO ESCENICO.

ELIS. — Le mataremos. Arrastraremos su cuerpo hasta dejarlo destrozado. Con las uñas cavaré un gran foso. Luego lo enterraremos en aquel campo. (MUY DEBILMENTE). Quizá así encuentre la paz. Y nosotros podremos estar satisfechos de nuestra obra. El mundo se libraría de este farsante.

HIGI. — Bien dicho.

PETR.— No entiendo.

HIGI. — Cálmate. Quiéres oír música?

PETR.— Estoy triste.

HIGI. — No seas tan débil. Eso se resolverá en unos minutos. Y además tú no te verás complicada.

PETR.— Ay, desearía volver a mis peces de colores. Fíjate, fíjate bien, que vendrán los policías, y harán investigaciones y entonces si que ya no podremos salir nunca de aquí. Y los vecinos meterán los ojos y la lengua.

ELIS. — Jugaremos al crimen.

HIGI. — (ACARICIANDO A SU MUJER). Seremos felices.

PETR.— Te mancharás las manos de sangre.

ELIS. — El crimen es un acto hermoso.

PETR.— Tengo miedo.

HIGI. — Lo mataremos y nada más.

ELIS. — Lo mataremos.

PETR.— Siento náuseas. Te has vuelto loco. Ella tiene la culpa. Se pasa el día renegando de la bondad del Mayor General. Pero digame cuál es la injuria? Cuál? (PAUSA). Estamos aquí, bajo su propio techo por su benevolencia. Recibimos el pan. Tenemos que trabajar, es cierto. Pero al final...

ELIS. — Eso... al final, qué?

PETR.— No sé.

HIGI. — Angel mío, comprenderás que...

PETR.— Yo hubiera querido jugar algún día con los soldaditos de plomo. Como antes.

ELIS. — Déjala, es necesario que nos ocupemos de esto.

HIGI. — Sí.

ELIS. — El es un obstáculo.

PETR.— No, no...

ELIS. — Si no hubiera sido por él... yo a estas horas sería feliz. Me hubiera casado. Y quizás hubieran llegado niños. Pero él es el culpable. El, aquella tarde, nos espiaba desde lejos. Quizá lo ha hecho siempre.

PETR.— (ROMPIENDO A LLORAR COMO UNA NIÑA). No entiendo.

ELIS. — Nos ha perseguido durante veinticinco años, y parece, más bien, un siglo.

PETR.— (A SU MARIDO). Te dejas influir por sus argumentos. Ella no me quiere. Además son injustos. Acuérdate que debemos muchos favores; sin contar que él fue quien... Acuérdate que cuando perdí a mi niña y me empeñaba en conservarla para mí, para mí sola, él fue el único que dijo: "Dejenla. Es imortante que se ilusione, que sea feliz. Hay que vivir por algo".

ELIS. — Yo quiero mi libertad.

PETR.— (SOPLANDOSE LAS NARICES YA MAS CALMADA). Qué cosa es la libertad?

ELIS. — Yo...

HIGI. — No sé...

ELIS. — Ay, es algo que me ha preocupado siempre. A veces pienso que está dentro de uno o demasiado cerca para alcanzarlo. Sí, quizá... Los pájaros, el aire, el cielo. (PAUSA LARGA. VUELVEN A OIRSE LOS CANTICOS, LOS CHILLIDOS Y LAS VOCES EXTRAÑAS. EL BATIR DEL VIENTO SE INTENSIFICA DE PRONTO).

HIGI. — Has oído?

ELIS. — Veinticinco años. Hace veinticinco años... mi hermana quiso coger unas amapolas. El barro mojado. Se inclinó, allí... Yo solté sus manos húmedas que me lastimaban. Luego oímos un grito. Intentamos hacer algo pero no pudimos. La encontramos bañada en sangre... muy pálida... Y él estaba allí. Yo lo sé. Fue él quien me metió aquella idea. (PAUSA). Tenemos que deshacernos de él.

PETR.— No entiendo, amor mío, no entiendo.

HIGI. — (A ELISIRIA). No sé.

PETR.— (ACARICIANDO LOS CABELLOS DE HIGINIO, QUE MALHUMORADO, REHUYE LAS CARICIAS). Escúchame.

ELIS. — (PONIENDO EN MARCHA EL FONOGRAFO). Tienes miedo, Higinio?

(OYESE MUSICA. ALGUIEN CANTA O CHILLA EXTRAÑAMENTE).

PETR.— Yo no puedo creer que tú, Higinio, seas capaz de semejante monstruosidad. Estás molesto conmigo? O me engañas?

HIGI. — No. No te engaño.

PETR.— Mira que es nuestro aniversario. Lo has olvidado.

HIGI. — Hay cosas más importantes.

PETR.— No te obstines.

HIGI. — De qué hablas?

PETR.— Podríamos ser felices.

HIGI. — No tengo tiempo para oírte.

PETR.— Unicamente falta nuestra hija.

HIGI. — Nuestra hija. Pero, qué te traes entre manos? Ahora lo importante es tomar una decisión, plantear de una vez la estratagema.

PETR.— No seas así. Te olvidas de nuestra pequeña muñeca... Mírala. Dormida entre cristales. Como una reinecita. Ahora, precisamente, podría jugar con los soldaditos de plomo.

HIGI. — No me recuerdes... No te empeñes en eso. Sabes que prefiero dejar en su sitio lo pasado.

PETR.— Simplemente la nombro.

HIGI. — Eso está muerto.

PETR.— Nosotros seguimos.

ELIS. — ¡Cuándo acabarás!

HIGI. — No e atormentes.

PETR.— Si tú eres tan sensible. Qué le vamos hacer. Sin embargo, yo la imagino vestida de blanco. Con los cabellos rubios cayéndole en los hombros. Todo puede suceder. Un extraño milagro. Como en otros tiempos. Acuérdate, acuérdate... La casa está llena de invitados. Los amigos de papá el marqués y su sobrina, el telegrafista, el contable, el jefe, el señor Pomarrosa y el administrador de la casa de pompas fúnebres Pero hay uno... allí, junto a la escalera, que está muy solo y triste... Como un gatito. Yo avanzo entonces. El entonces se adelanta. Lo mira Fue hermoso, nuestro encuentro? Cuánto tiempo hace?

HIGINIO COMIENZA A DAR VUELTAS MIENTRAS ELISIRIA LO MIRA Y SONRIE. PETRONILA SE SIENTA Y EMPIEZA A TEJER.

ELIS. — Qué te ocurre, Higinio?

HIGI. — Estoy pensando.

PETR.— Era en verano o en primavera?

ELIS. — Quiéres distraerte?

HIGI. — Sí.

ELIS. — Bailamos?

HIGI. — Para qué?

ELIS. — Quiero satisfacer un antiguo deseo.

HIGI. — Pero...

ELIS. — Después de todo...

HIGINIO Y ELISIRIA INICIAN UNA DANZA. LA MUSICA DEBE SER FRENETICA, DESQUICIADA. SERIA PREFERIBLE QUE LOS SONIDOS FUERAN UNICAMENTE DE TAMBOR Y CLARINETE. LOS DANZANTES EVOCAN LOS MOVIMIENTOS DE UN VALS.

PETR.— Después... después...

ELIS. — Algún día tenía que suceder.

HIGI. — Esta noche...

ELIS. — (RIENDOSE). Resulta encantador.

HIGI. — Lo habías deseado?

ELIS. — Desde que te ví...

PETR.— Cuándo llegará el Mayor General?

HIGI. — Sí? Por qué entonces?

ELIS. — Era demasiado tímida... Y no sabía.

HIGI. — Yo hubiera preferido... Esto no puede continuar. No me mires. Es una imprudencia.

ELIS. — Déjate de remilgos. Hoy es el día de la redención y creo que debo ser sincera. No me casé por ti. Me quedé, como vulgarmente se dice, "para vestir santos".

HIGI. — Qué no te casaste, por mí?

ELIS. — Sí. Y si pudiéramos retornar, haría lo mismo.

PETR.— No quiero verme complicada.

HIGI. — No me digas eso.

ELIS. — Eres un chiquillo, y tienes miedo.

HIGI. — Yo?

ELIS. — Sí, tú.

HIGI. — Dejemos esto. Respetémosla, a ella, que nada sabe.

LOS DANZANTES TERMINAN EL VALS, ESTAN CERCA DE LA MESA.

PETR.— (CON ACENTO LASTIMERO). Un crimen Ya no tendremos ángeles. Ya no tendremos fábulas.

ELIS. — Cobarde. Cobarde. (PAUSA). Quiéres beber? (HIGINIO MUEVE LA CABEZA AFIRMATIVAMENTE. ELISIRIA HA SERVIDO EL CHAMPAN. CHOCAN LAS COPAS).

PETR.— Si mi hija pudiera hacer un milagro...

ELIS. — Necesitas un poco más decoraje. Entonces así podríamos bebernos la sangre del Mayor General.

HIGI. — No lo repitas.

ELIS. — Por qué no?

HIGI. — (ABSTRAIDO). No debemos anticiparnos.

PETR.— Yo no quiero que muera. Escribe sus memorias, que puede ser un libro delicioso. Aunque nunca he podido soportar un libro

ELIS. — Nos tiene acorralados. Y tú eres el culpable, el único responsable.

HIGI. — No hables tan alto.

ELIS. — Déjame.

HIGI. — Todo lo que me dices es pura tontería.

ELIS. — Qué te pasa?

HIGI. — No sé.

ELIS. — Has cambiado.

HIGI. — Quiéres más champán?

PETR.— Terminaré este suéter y las frazadas del Mayor General. Ay, siento escalofríos. (ELISIRIA VUELVE A LLENAR LAS COPAS).

HIGI. — Conque soy culpable?

ELIS. — Te molesta acaso?

HIGI. — Es probable.

ELIS. — Entonces no lo habías pensado nunca.

HIGI. — Que soy yo? Que yo soy el culpable?

ELIS. — Quiéres repetir?

HIGI. — (VUELVE A LLENAR LAS COPAS Y BEBE). Bailamos?

ELIS. — No.

HIGI. — Quiero olvidar. Quiero olvidar.

ELIS. — Los hombres no pueden soportar mucho tiempo los disfraces.

HIGI. — Veinte años...

ELIS. — Consuélate y recuerda.

HIGI. — (CASI INCONSCIENTE). Bailamos?

ELIS. — No. (MUY SUAVE). Recuerda: Caminábamos, la madrugada, los trinos y el barro.

HIGI. — (REPITIENDO EN TONO MONOTONO). Y el barro...

ELISIRIA SONRIE. BEBEN AMBOS. LUEGO EL LE CIÑE LA CINTURA Y COMIENZA A BAILAR. LAS COPAS SE QUIEBRAN AL CAER.

HIGI. — (DESQUICIADO). Veintinco años, veinticinco años, veinticinco años, hace veinticinco años te quise matar. (LA SUELTA Y CAE EN UNA BUTACA. PAUSA).

PETR.— SE han vuelto locos?

ELIS. — (HORRORIZADA). No puede ser.

HIGI. — (COMO UN TONTO Y AL MISMO TIEMPO ALUCINADO). Siempre he querido borrar esto. Sin embargo, está ahí: fijo igual que un enemigo, acechando. Y tengó que hablar, sí, tengo que hablar. Hace ya mucho... Antes, entonces, no sé cuando... Yo estaba como ausente. Imaginaba cosas y eso me bastaba. No sabía qué hacer con la vida. Me aburría: mi madre, mi padre, mis hermanas, sobre todo la más pequeña, los amigos, y alguna aventura estúpida. Me casé sin saber cómo. Y vinieron los contratiempos, la búsqueda de un empleo, las nuevas amistades, los encargos, y lo que me llegó a ilusionar, la llegada de un hijo. Pero eso no es todo. Tú estabas allí, allí, allí. Y ella, mi dulce pájarito, sin darse cuenta me hablaba: "Debo darme prisa. La pobre

Elisiria. Es como un corderito, verdad?" (PAUSA). Quiero confesarlo todo. Me estoy volviendo loco. Agua, agua. Dame agua. Yo le hubiera dicho: "Olvidate de ella. Vámonos de esta casa". Pero no podía. Me habría delatado. Y tú estabas allí. Estabas allí. Entonces... Recuerdas? Hacíamos locuras. (RIE AMARGAMENTE). Era divertido, verdad? (PAUSA). El barro estaba mojado. Ibas junto a mí. El barro estaba mojado había una solución. Un golpe rápido y cayó ella. (SOLLOZANDO). No sé. No sé, por qué hablo estas cosas. Luego, luego llegamos aquí... La sangre, la sangre, y mi niña muerta.

PETR.— Por favor, por favor.

ELIS. — La puerta estaba abierta, y el Mayor General en lo alto de la escalera. Fue solícito. Nos habló de muchas cosas.

HIGI. — No preguntó nada.

ELIS. — Pero todo lo sabía. Nos había metido en una trampa. Y hemos sido sus víctimas.

HIGI. — Me he portado como un perfecto imbécil. Un imbécil. Soy un inútil. Qué he hecho de la vida? Qué he hecho de mi vida? Por qué estoy aquí? (DESFALLECIENTE). Creí que íbamos a salvarnos. Y a salvarme yo también.

PETR.— Yo pensaba divertirme.

HIGI. — Que pesadilla más terrible es todo esto.

PETR.— (SE LEVANTA Y GUARDA SU CESTICO). Ay, mis copas, mis copas de bacarat, el regalo de mi padre. Y has manchado las alfombras. Qué desdichados. Sí, Higinio, sí Tú con tus pretensiones de gran señor... que siempre estás reprochando... Traeré los entremeses y los bocaditos. (PAUSA). Cuándo vendrá el Mayor General? (MUTIS. PAUSA).

ELIS. — Luego...

HIGI. — Entonces...

ELIS. — En seguida.

HIGI. — Después..

ELIS. — Decídete de una vez.

HIGI. — (SE LEVANTA EN UN GRITO). Nooo. (VUELVE A CAER).

ELIS. — Tenemos que matarlo.

HIGI. — (DEBILMENTE). Sí.

ELIS. — Arréglate. Compórtate.

HIGI. — (EN EL TONO ANTERIOR). No.

ELIS. — Llegará pronto.

HIGI. — Sí.

ELIS. — Vamos.

HIGI. — No.

ELIS. — Hay que estar alerta.

HIGI. — Sí.

ENTRA PETRONILA CON UNA BANDEJA LLENA DE BOCADITOS Y ENTREMESES.

PETR.— Quieren alguno? Me comí uno. Están exquisitos. (PONE LA BANDEJA SOBRE LA MESA). El Mayor General vendrá. Es una promesa que cumplirá. No lo maten, por favor. Sé bueno, Higinio. Haz lo que te pido. Elisiria no me ve con buenos ojos. (PAUSA). Y además, sabes una cosa, prepara el libro de sus memorias y experimentos. Y hablará hoy de Teogonía.

ELIS. — Qué has dicho? Hablará de Teogonía? Qué cosa es eso?

PETR.— Que sé yo. Me lo dijo, me lo dijo. Ay, Dios mío, se me escapó. Si era una sorpresa que quería darles.

HIGI. — De Teogonía (SE LEVANTA).

PETR.— Sí, queridito mío. Pensaba divertirme. (PAUSA. COMO SI EMPEZARA A REZAR). Unicamente mi hija puede hacer el milagro y salvar al Mayor General. Hija mía, confío en ti, confío en ti.

ELIS. — Tenemos que andar seguros. Arréglate la corbata. Que nada nos delate. Un golpe justo y la victoria en las manos. No tiembles.

HIGI. — (ENTRE LARGAS CARCAJADAS). No. No. No. Bailemos, bailemos, bailemos. (LAS DOS MUJERES TITUBEAN. EL LAS EMPUJA. FORMAN UNA RUEDA Y COMIENZAN A SALTAR COMO DEMONIOS MIENTRAS GRITAN: "Arriba el cielo, abajo la muerte. Arriba el cielo, abajo la muerte. Arriba el cielo, abajo la muerte". (SE SUCEDEN UNOS RELAMPAGOS ESTRUENDOSOS QUE ATRAVIESAN LA ESCENA. PAUSA). El Mayor General.

LOS TRES PERSONAJES CAEN DE RODILLAS COMO DERRIBADOS. DESPUES BESAN EL SUELO.

ELIS. — (EN UN CHILLIDO). El Mayor General.

PETR.— (CHILLANDO). El Mayor General.

HIGI. — (TEMBLANDO). El Mayor General.

ELIS. — (VOZ OPACA). El Mayor General

PETR.— (SUAVE). El Mayor General.

EN LA PARTE SUPERIOR DE LA ESCALERA APARECE EL MAYOR GENERAL. ES UN HOMBRE PEQUEÑITO, ENJUTO, CON UNA LARGA BARBA DE CHIVO. TRAE SOBRE UN BRAZO LA GUERRERA Y SOSTIENE ENTRE LOS DEDOS UNA AGUJA ENORME. LOS MOVIMIENTOS DEL MAYOR GENERAL SON AGILES Y ELEGANTES. BAJA LA ESCALERA. LUEGO SE SIENTA. MIRA A LOS PERSONAJES CON UNA SONRISA INDEFINIBLE (SARCASTICA Y BONDADOSA). Y COMIENZA A COSER UNOS GALONES DESPRENDIDOS DE LA GUERRERA

MAYOR GENERAL.— Qué pasa? Por qué se arrastran? Bastante tienen no? Cuáles son los motivos? Díganme, díganme... Levántense. (LOS PERSONAJES QUEDAN INMOVILES). Me habían invitado a la recepción? No es así? Imagino, imagino que han inventado una inocente historia Son tan precipitados. Bien, expliqueme. Ah, esta guerrera Son descuidados. Apenas si revisan la ropa. Naturalmente no debo entrometerme en todos los asuntos, pero es que a mí en el fondo me atañen. No me gusta eso de andar vestido... Elisiria, el lustrado de las botas deja mucho que desear. Oh perdóname, sermones, no. Esta odiosa manía que tengo. Me disculpan? Para poder mantener una vida en común es necesario limar muchas asperezas. Aunque hay gentes que no se acostumbran y... La libertad ha sido siempre un problema. Desde el primer día... Ah, mis ocupaciones., mis ocupaciones. Me gusta andar impecablemente vestido en casa. No les entiendo. (RISA CONTENIDA). Parecen animales, bestias. Es divertido, después de todo.

PETR.— Señor.

HIGI. — Señor.

ELIS. — Señor.

MAYOR GENERAL.— Bien. Levántense. Necesito explicaciones.

PETR.— La fiesta de nuestro aniversario.

HIGI. — Bailábamos.

ELIS. — Reíamos.

PETR.— Nos alborozábamos.

MAYOR GENERAL.— Igual que los títeres.

PETR.— (ACERCANDOSE CON UNA BANDEJA). Estamos por su clemencia...

HIGI. — Vivimos desesperados, desamparados...

ELIS. — Como perros.

MAYOR GENERAL.— (RIENDOSE). Cómo? Es gracioso. (LANZA UNA ENORME CARCAJADA, QUE SE IRA REPITIENDO HASTA CREAR UN CLIMA TENSO).

PETR.— Debemos ser amables... Qué dice?

HIGI. — No sé.

ELIS. — Qué hace?

PETR.— Señor, señor, sencillamente...

ELIS. — Qué hace?

HIGI. — Quién sabe.

PETR.— Qué dice?

HIGI. — No sé.

PETR.— Estamos a sus órdenes.

HIGI. — Esperábamos su discurso.

ELIS. — Seguramente...

PETR.— No nos molestan los ruidos... Usted puede disponer .. Nosotros nos conformamos.

HIGI. — Ella es una maniática y ya ve lo que dice. Yo acepto.

ELIS. — (A HIGINIO). Podríamos matarlo ahora. Un cuchillo. De un solo tajo.

HIGI. — La casa se llenaría de sangre y no podríamos limpiarla nunca. No me hables. No puedo. No puedo.

PETR.— Perdónalos señor... su misericordia...

(MUY BAJO) Mi hija lo salvará.

HIGI. — Señor, yo...

PETR.— (A SU MARIDO). Hemos pecado alguna vez?

LAS RISAS DEL MAYOR GENERAL CESAN MUY LENTAMENTE. SU ROSTRO SE ENDURECE. SE LEVANTA. LOS TRES PERSONAJES DAN LA SENSACION DE SER TRES DESPOJOS INMUNDOS, TRES CADAVERES. SUS FIGURAS SE HAN IDO REDUCIENDO, ENCORVANDO. EL MAYOR GENERAL SE HA PUESTO LA GUERRERA.

PETR.— (SONRIENDO CON INFINITA TERNURA) Quiere unos pastelitos? Una copa de...? (DESENCANTADA) No quiere... Por qué?

ELIS. — El sabe quien ... una infamia (MIRANDO A HIGINIO). Qué podemos hacer...

HIGI. — Nada.

ELIS. — Ay, si hubiera alguien...

HIGI. — Nadie. Nadie Somos nosotros. Somos nosotros.

ELIS. — Tenemos que...

HIGI. — Espera, espera...

PETR.— Ya sé, ya sé. Hablará de Teogonía... y de sus proyectos futuros. Hoy es el aniversario Una noche como ésta... Sus experimentos marchan?... No? Logrará esa nueva criatura ... a ser como esos robots que aparecen en los cinematógrafos! Yo les tengo miedo. Jamás saldría a la calle. (A SU MARIDO). Lo que ibas a hacer es grosero y muy poco inteligente. Ves? Yo converso con él... Mi marido les los periódicos todas las noches Sabe mucho de política. (DEJA CAER EL PERIODICO A LOS PIES DEL MAYOR GENERAL). Yo me duermo escuchando el murmullo de su voz y pensando en mi niña... en mi muñequita que ya no tengo... murió... Dónde estará? (SONRIE). Soy torpe, verdad? Por mi niña, somos desgraciados... (EL MAYOR GENERAL LE DA UNA PATADA A LOS PERIODICOS). Se pueden romper. Cuestan bastante. (A ELISIRIA). Y tú... Acuérdate lo que decía mamá... Aprende de mí. (MUY BAJITO). Mi hija ha hecho el milagro. (EN EL TONO ANTERIOR). No quiere compartir nuestra mesa? Seremos cuatro. Antes querrá hablarme... Soy sincera. Y eso basta... Quiero que beba en mis copitas de bacarat... Le gusta el champán? O prefiere el vino que vende Pemigio el nuevo amante de María Antonia? Usted me quiere, verdad? Soy buena... Si desea puede hablarnos.

HIGI. — (A ELISIRIA). Hablará?

ELIS. — Cómo?

HIGI. — Hablará.

PETR.— Me lo dijo ayer.

ELIS. — Ya lo sé

MAYOR GENERAL.—(EN UN GRITO PROFUNDO) Basta ya Aquí tienen. Qué miseria. (DE UN SALTO COGE LA URNA Y LA ESTRELLA CONTRA EL PISO. LOS PERSONAJES CAEN FULMINADOS A TIERRA. LOS CANDELABROS SE APAGAN).

PETR.— Señor...

HIGI. — Señor...

ELIS. — Señor...

LOS PERSONAJES YACEN INMOVILES. EL MAYOR GENERAL SE ACERCA A LA ESCALERA.

MAYOR GENERAL.—Hablar? Hablar, para qué? Ya no queda nada. Todos en el fondo se sentían satisfechos. (COMIENZA A SUBIR LAS ESCALERAS). Hablar del origen, de los dioses? Como si uno fuera un payaso. Hablar de conceptos? Y de proyectos cósmicos?... Que atrevimiento... Ofrezco mi hospitalidad y todavía se permiten.. seguiré mi labor. Qué hora es? Las nueve? Tengo hambre. (MIRANDO A LOS TRES PERSONAJES). Y vendrán otros y vendrán otros y vendrán otros... (SUSPIRA). Algún día. PAUSA. EL MAYOR GENERAL HACE MUTIS. SE OYEN LOS CANTICOS DE UNA SALMODIA Y EL SONIDO MELODIOSO DE UNA CAMPANA HACIA LO INFINITO. TINTES DE LUZ ROSADA.

Cae el telón.



Ilstraciones de bachs

TRAGEDIA TEATRAL A TRAVES DE UN LIBRO

por
Matías
Montes
Huidobro

Teatro Contemporáneo. Teatro Cubano. Una publicación de la Editorial Aguilar.
Las obras:
Baralt: "Tragedia Indiana".
Cid Pérez: "Hombres de dos mundos"
Felipe "El travieso Jimmy".
Potts: "Imagíname Infinita".
Ramos: "Tembladera".
Salinas "Alma guajira".



El más joven de los contemporános, Carlos Felipe

Hacer una selección de teatro cubano, agruparla bajo la denominación de Teatro Cubano Contemporáneo y hacerse responsable de la divulgación de nuestro teatro en el extranjero con la afirmación implícita de tratarse de lo más representativo, no constituye una tarea de juego y arbitrariedad. Pero a veces parece serlo. Sólo una amplia divulgación y llamamiento, una documentación completa y un espíritu de investigador, un afán de justicia y desinterés, pueden llevar hacia adelante esa tarea. Cualidades, por otra parte, difícilmente reunibles en una persona.

No es meramente el desacierto personal hacia el autor que mereció estar presente; es un fraude peligroso para con nuestro teatro al ponernos de manera engañosa frente al mundo. No se trata de un juego de azar sobre autores y capacidades generales, sino de pesar cada obra dentro de cada autor, conocerlas todas y hacer un cálculo cuidadoso.

Dolores Martí de Cid se hace responsable con su selección y notas (¡Esas notas! ¡Esas semblanzas escolares! De Baralt: "En la expresión serena de sus ojos claros, en la manera de mover las manos, en la forma de sonreír, se manifiesta en Baralt el equilibrio". De José Cid Pérez: "Debajo de la frente amplia, sus ojos grandes y profundos son capaces de reflejar todas las tonalidades del gris y el verde") del concepto que pueda tener el lector extranjero que se decida por leer nuestro teatro cubano. El pánico nos pone los pelos de punta. Suponiendo que Dolores Martí de Cid se basara en una selección cuidadosa previa investigación exhaustiva y su juicio respetable llegase a considerar que esas seis obras son lo más representativo del teatro cubano contemporáneo, lo mejor que pudo haber hecho en bien de dicho teatro es haber evitado por todos los medios posibles su divulgación, —Ramos y Felipe se pierden en el conjunto— que nos pone en internacional ridículo. Todo lector inteligente —el que interesa al teatro cubano especialmente— huirá del teatro cubano, después de esto, como el diablo a la cruz. No es para menos.

Yo supongo que los países subdesarrollados teatralmente estarán más interesados en sus propios relativismos locales con preferencia a los extranjeros. Es lógico. Cada cual toma su propio vino amargo con preferencia al vino amargo de los demás. Es una necesidad, un deber; pero no podemos obligar a nadie a tomar nuestro vino amargo. Es nuestro, nuestra obligación. En cuanto a los países de mayor desarrollo y tradición teatral, sólo un mínimum de posibles y eruditos investigadores en busca de especies curiosas podrán sostener este libro en las manos durante horas. Particularmente, yo lo he sostenido con dificultad. Pero he hecho mi esfuerzo. El vino amargo. Pero los otros no tiene por qué cargar con las faltas de los demás, mucho más si tienen las propias.

POR UN CONTEMPORANEO SIN POLILLAS

Por otra parte, el adjetivo contemporáneo implica —o al menos supone involuntariamente— el concepto de lo actual. Claro está que podemos remontar lo contemporáneo hacia atrás. Cronológicamente permitiría muchas cosas y hasta la Avellaneda podría entrar en la selección. Nos lanzaríamos al mundo del teatro contemporáneo encabezados por "El Príncipe de Viena". Pero contemporáneo en sentido vital y no meramente de clasificación histórica, lleva dentro el espíritu de lo último, lo vivo y lo actual. El mundo se asombrará, al juzgar por nuestro teatro, que en Cuba se haya producido una revolución del alcance que se ha demostrado internacionalmente. No es para menos.



Marcelo Salinas es un caso de pureza y sinceridad.

El envejecimiento rápido de la expresión teatral, cuando no es una expresión plena —los griegos son jóvenes todavía—, empeora aún más la situación. La impresión que nos hace llegar esta obra es lacerante y dolorosa, en especial a nosotros los autores, y nos llega el terror ante la posibilidad que dentro de cuarenta años haya caído un peso de siglos sobre la producción actual —1960—, la realmente contemporánea. Nos enfrente y nos sacude, nos aturde al contemplar nuestras limitaciones teatrales que afectan penosamente la nutrición de nuestras obras, que coarta penosamente nuestras capacidades y que jamás debe repetir el alcance que tuvo en estos autores, cuya circunstancia vital ahogó y limitó sus capacidades.

El libro es, al menos, de extraordinario valor para los autores cubanos jóvenes, un llamamiento agudo, una herida en medio del pecho, una voz que nos haga pensar en la semilla perdurable. Y un grito en la conciencia de las instituciones públicas y privadas que de un modo u otro puedan dañar el pleno florecimiento del teatro cubano, si es que en realidad, y no hipócritamente, están interesados por su florecimiento. Porque las faltas de este teatro llamado contemporáneo que se cometió el error de reunir en un tomo, no está en los autores, sino en su circunstancia, en las limitaciones que ahogaron su expresión. Estas obras permanecieron durante años en la insatisfecha gaveta, sin público, olvidadas y escondidas, insatisfechas con sus salidas fugaces. Representaron la tragedia de nuestro teatro sin expresión, de nuestros autores sin escenario, de nuestro escenario sin público. Surgen ahora de aquel vacío trágico en que vivieron, frustradas y mutiladas, sin la satisfacción posible que en su momento pudieron tener. Son el producto de un medio adverso y, por fuerza, no pueden alcanzar la plenitud de un valor universal. Para nosotros aparecen muertas, mutiladas. Para países de movimiento teatral más veloz y menos cercano al nuestro, aparecerán como fósiles. Es algo cruel, sin duda. Pero yo no tengo la culpa. La culpa ha sido de una república cruel con los hombres que quisieron, sin duda, hacer algo dentro de una circunstancia cruel. Claman penosamente por llenar el vacío de su juventud, legítimo en su época, transformado ahora en terrible error y trágica circunstancia.

Por eso el teatro cubano contemporáneo —1960— debe estar alerta para que encuentre en la realidad lo que necesita, algo más que palabras; para tomar hoy nuestro vino amargo, bien amargo, y ofrecer cuando sea la hora el vino dulce y legítimo que los otros quieran, clamen por tomar.

JOSE ANTONIO RAMOS Y CARLOS FELIPE

Hasta ahora lo que es el libro en general, lo que significa en conjunto. Pero es necesario aclarar posiciones.

José Antonio Ramos es, dentro de nuestra dramaturgia indecisa, un autor fundamental al que hay que tener en cuenta. La revalorización de "Tembladera" cincuenta años después, demuestra que cuando hablemos de teatro cubano hay que contar con "Tembladera" por dos razones: su contenido social —revitalizado en la actualidad— y su habilidad técnica. "Templadera" fué el esfuerzo de Ramos por realizar su



José Cid, un mundo de cojines y bibelots

ejemplo de "teatro bien hecho". No es una obra maestra, pero tiene el suficiente decoro para presentarse al extranjero. Pero para ello debemos tener, por lo menos, dos aspectos en cuenta. Que el conjunto seleccionado nunca sea inferior en calidad a "Tembladera" —salvo "El Travieso Jimmy" todo lo demás es inferior— y que su ubicación en el conjunto determine a las claras que el teatro cubano ha realizado sus avances —aunque sean relativos— después de la obra de Ramos. La colección se encarga de demostrar al mundo que nuestro teatro comenzó con Ramos y terminó con Ramos.

De Ramos, el más viejo de los contemporáneos, pasamos a Felipe, el más joven de los mismos, que es —si sentimos lo contemporáneo con espíritu vivo, actual, 1960— el mayor de nuestros contemporáneos. "El Travieso Jimmy" es sin duda lo único contemporáneo que aparece en el libro —sin agobio de polillas— pero entre otras piezas malas o de técnica pasada la pieza de Felipe, que no es perfecta, pierde toda la energía que pudiera tener en un mejor contorno. Por otra parte, si hay alguna obra que no es precisamente para leer, "El Travieso Jimmy" es una de ellas. "El Travieso Jimmy' es sobre todo una hermosa estampa local y un gran espectáculo lleno de colorido; pero carece de la perfección técnica de "El Chino", obra insuperable en su estilo, la mejor pieza de Felipe y algo que se puede enviar con confianza al extranjero. "El Travieso Jimmy", por razones de estructura y contenido —carece de equilibrio, es innecesariamente larga y las complicaciones y recursos que utiliza Felipe no son imprescindibles ni funcionales como ocurre en "El Chino"— no es una obra perfecta. Recurre sin razones fundamentales a evocaciones que alargan la pieza y le hacen perder unidad dramática.

Es, eso sí, un gran espectáculo cubano —el aporte de Felipe a nuestra dramática— que clama por un mayor contenido. De todos modos "El Travieso Jimmy" puede comunicar al mundo exterior un hermoso colorido local, un admirable sentido de lo que es la belleza cubana. Es una hermosa fruta tropical.

EL CAMINO HACIA CARLOS FELIPE

Pero el lector que siga el orden de presentación de las obras, difícilmente alcanzará la pieza de Felipe. "Tragedia Indiana" de Baralt es demasiado mala y "Hombres de dos mundos" es arbitraria y cursi.

En la nota de presentación se afirma sobre Baralt: "su pieza más lograda"; parece la afirmación de un enemigo. Salir a estas alturas con este teatro contemporáneo es demasiado. Entre nosotros la obra tiene una vejez penosa; fuera de nosotros será una vejez de siglos. En el momento en que fue escrita, tuvo derecho a la vida. Ya no. La supuesta resurrección de "Tragedia Indiana" no es otra cosa que la reafirmación de su muerte.



Renee Potts, su mundo es suave y femenino

Es falsa y externa. Sus escenas son puramente narrativas en muchos casos. Sus personajes reaccionan arbitrariamente. Fuerza a sus personajes a hacer cosas que no le pertenecen con el único propósito de darle ciertos enfoques que el autor supone habilidosos. Hay escenas sin función dramática y diálogos cursis ("como flotando en un piélago de tinieblas donde no puedo gritar porque nadie me oiría...") Los personajes tienen las características generales del bueno y el malo. El villano se relame de gozo y lujuria. Ni la justificación de que perteneció a una época de nuestro teatro la hace salvable. Y es con "Tragedia Indiana" con que se inicia esta colección.

El paciente lector sigue con "Hombres de dos mundos" y comienza a leer con la esperanza de que lo que se dijo en Montevideo de José Cid sea cierto. Se dijo: "José Cid, es, sin duda, la figura señera del teatro culto del momento actual en nuestra América".

Abrumados desde un principio por cojines y bibelots contemporáneos, penetramos en el absurdo. Pero no el absurdo contemporáneo, sino el que se debe a una mala aplicación de situaciones que se suponen realistas y que salen mal y son falsas. La obra tiene dos historias que nada tienen que ver y que al final se reunen en un punto que el autor supone fascinante. **Primer acto.** La mujer se dispone a abandonar a su marido y llega el amante. Maletas preparadas. De pronto el hijo grita "¡Mamá, tengo miedo!" Cambio absoluto. A la madre no le importa nada, pero el amante —más papista que el Papá, y la mamá— se arrepiente. Recriminaciones. Insultos. Llega el marido, pero no se asusten. La sangre no corre. El amante mártir se retira con plena conciencia de su sacrificio. **Segundo acto.** Bibelots y cojines en los Campos Elíseos. Trágedia: mujer inválida. El marido sale de



Los enemigos de Luis Baralt lo elogian

smoking para una operación. Asómbrense, la mujer se huele algo malo. (El marido creía que ella estaba ciega, no inválida). Llega la enfermera elegantemente vestida para un baile. Los mal pensados se relamen y comprenden el pastel. La mujer —que después de todo no es idiota— comienza a sospechar algo. Recriminaciones. Insultos. Herencia. Enfermedades del sexo. No puedo evitar la tentación de copiar el diálogo:

ARMANDO: Me voy, me voy al placer ¡Pobre paralítica!
ELENA: (Completamente fuera de sí) !No, no te vayas!
ARMANDO: ¿Quién me lo puede impedir? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
ELENA: ¡Yo!
ARMANDO: ¿tú?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¡No me hagas reír!

Pero Elena tiene un revólver en la mano. Susto. Tension. Pero no se asusten, la sangre no corre. ¿A que no saben Uds. lo que pasa? La niña, el fruto de ambos, grita: "¡Mamá, tengo miedo!". **Tercer acto.** Culminación. Ella y El. Veinte años después. Miramar. Cocteles. Conferencias sobre arte y música. Amor. Romance. Espíritu selecto. ¿Se imaginan Uds. quienes son? Descubrimiento. Almas afines. Una vez, veinte años atrás, cada uno por su lado, dijo la misma palabra: "¡Mamá, tengo miedo!"

¿Es posible que llegue alguien a captar los aciertos de "El Travieso Jimmy" después de ponerse en contacto con las dos obras previas? Carlos Felipe, que aún puede ofrecer al teatro cubano su aporte, es merecedor de mejor suerte. Y el teatro cubano también.

Cuando llegamos a Renee Potts con su inspectora escolar en un trasatlántico excursionista, ya estamos curados de espanto. Es más, nos asombramos con su "Imagíname Infinita". Carente de caracteres firmes, más bien confusos, "Imagíname Infinita" es una pieza agradable, sin mayores pretensiones y en especial con una



José Antonio Ramos: un autor fundamental.

suave tonalidad de mujer. Es representable. Es más, hasta debía alguien —en especial una sala teatral— representarla. Pero de eso a que sea representativa de nuestro teatro contemporáneo —estamos en el 1960— y a que se divulgue en el extranjero como lo mejor, hay un camino por recorrer.

EL CASO MARCELO SALINAS

"Alma Guajira" de Marcelo Salinas es un caso de pureza y sinceridad, de legítimo cariño a nuestro pueblo. Pero es una pieza demasiado externa —todas las obras del conjunto, incluyendo "El Travieso Jimmy" y "Tembladera", son puramente externas— y sin otro tipo de valores que la haga más sólida. La obra marcha por la superficie de las cosas y aunque capta bien el ambiente, no llega a las raíces. Tipos, rasgos generales en los personajes, sí los tiene; pero esto no es en ningún modo suficiente. Los hombres no son tipos, no son rasgos. "Alma Guajira" se queda en lo anecdótico. Es legítimamente cubana, pero resulta —además de otros defectos de construcción que se pudieran descubrir en un análisis detallado— demasiado local para trascender más allá de nuestra insularidad.

El realismo de Marcelo Salinas enfrenta a muchos autores jóvenes con una evidencia: Salinas ya trató hace muchos años el tema guajiro en sus facetas externas y mediante la acción —no utilizaba procedimientos discursivos y literarios— supo enfrentarnos con situaciones campesinas. Muchos autores jóvenes parecen retornar a Marcelo Salinas y a su tipo de hacer teatral sin realizar aportes más categóricos. Esto nos lleva también a otra evidencia. "Alma Guajira" podría volver a escena en estos momentos de entusiasmo cubano y posiblemente lograría una reacción positiva en el público. Pero en lo que respecta a su función dentro del marco que se proyecta con este libro, "Alma Guajira" sigue siendo un producto local que no alcanza proyecciones universales.

EL APRENDIZAJE

De todo esto hay algo positivo. Nuestros autores contemporáneos —incluyendo al propio Carlos Felipe— deben leer este libro. Es una experiencia amarga, formativa y fructífera. Y nada es tan positivo para el hombre inteligente como el aprendizaje cruel, la crítica adversa, la circunstancia que nos endurece y nos hace sacar fuerzas para nuestra propia obra. Este "Teatro Cubano Contemporáneo" debe lanzar a nuestros autores a la reflexión, a la comprensión de la tarea bárbara para con nosotros mismos. ¿Qué podemos sacar de la evidencia cruel? El libro no es en conjunto un aporte a la literatura dramática universal. El libro es una broma macabra. Y la tarea que tenemos por delante consiste en evitar dentro de nosotros que esa broma macabra se repita, hacer fructificar nuestro vino amargo para que nuestro vino se vuelva dulce y ofrezca los frutos esperados.

PUNTO DE MIRA

CARYL CHESSMAN O LA QUIEBRA DEL PRINCIPIO DE SANCION

por Graciano Lípiz

Caryl Chessman ha logrado un nuevo aplazamiento, por sesenta días, en la ejecución de su muerte en la cámara de gas. Sería mucho más correcto afirmar que la indignación universal promovida en torno a lo que representa Chessman, es la que ha logrado el aplazamiento. Y es definitivamente más acertado concluir que ello es el producto de las contradicciones insalvables de un régimen que se desintegra impelido por la quiebra del "principio de sanción".

Hace algunos días un cable de Prensa Latina nos trajo la opinión del psiquiatra mexicano, doctor Hilario Ramón Durón: "La sociedad que mate a Caryl Chessman, se matará a sí misma" y añadió: "No estamos viviendo en una época de barbarie. ¿Qué se gana matando a Chessman? Sabemos que es un criminal, pero, ¿se terminará la ola de criminalidad en el mundo con su muerte? Terminantemente, no".

Véase que es el "principio de sanción" el que se debate en torno al caso Chessman. Las peripecias acaecidas durante los 12 años de ese maratón contra la muerte, los aspectos sentimentales que han movido a millares de personas en favor de Chessman, los fundamentos religiosos que puedan argüirse y muchos otros ángulos más que hay en el caso, son, desde nuestro punto de vista, lo menos importante a considerar. Son los millares de Chessman que volverán a recorrer ese "vía crucis" de doce años, o de menos años, que para el caso poco importa, apresados dentro de una maquinaria jurídica tradicionalista, anquilosada, contradictoria y que se ha excedido históricamente a su propia vida institucional.

Es curioso el hecho de que sean los Estados Unidos de Norte América el país que más cantidad de penas de muerte ha aplicado y donde, paralelamente, existe un índice más alto de criminalidad. Y es de notar que es en el propio país donde mayor relieve y amplitud tiene todo el aparato de previsión y tratamiento de la Delincuencia Juvenil y, donde, no obstante, mayor auge, relieve y amplitud tiene este tipo de delincuencia. Esto nos lleva, si no hubiera más razones, a la "quiebra del principio de sanción" que, muy lejos de producir la erradicación o atenuación de esos males sociales, los exacerba y eleva al infinito.

En efecto, la sanción exacerba los impulsos de todos aquellos delincuentes o pseudo delincuentes que se creen —por un proceso o fenómeno de autoafirmación de la personalidad— muy por encima de los errores que cometieron los delincuentes sancionados. El lema "el crimen no paga" se convierte en una entetequia intelectual puesto que no tiene posibilidad de fijarse como patrón de conducta en la experiencia de aquellos a quienes se trata de influir. Ese lema y otros, articulados a los elementos de toda una estructura educacional desde el nacimiento, sí deben y pueden erradicar la conducta delictiva. Y a eso aspira, precisamente, la Reforma Educativa que se gesta e inicia en nuestro país.

Son estos los extremos que nos importan e interesan en torno al caso Chessman. Enfocar el caso en derredor de lo repugnante de sus crímenes, cometidos hace ONCE AÑOS Y SEIS MESES y en tal virtud aceptar como lógica y buena su muerte en frío, calculadamente, en la cámara de gas, es, sencillamente, elevar la sanción al nivel del crimen. Esta afirmación tiene múltiples razonamientos aseverativos. Veamos: la sanción tiende a restituir al cuerpo social la tranquilidad perturbada por el delito y a evitar su repetición. En el primer caso la intranquilidad del cuerpo social no puede proceder de un delito cometido hace cerca de doce años y del cual la comunidad no recordaría ni vestigios si una publicidad morbosa no lo hubiese regresado al plano de la actualidad; en el segundo, el precedente que trata de implantar se torna inoperante puesto que pone de relieve las fallas del aparato jurídico y enseña cómo burlar indefinidamente la propia sanción, ello sin contar el mecanismo de auto afirmación, ya citado, que presta "moral de actuación" y de autosuficiencia al individuo cualquiera que sea su circunstancia y posición.

Pero, hay más: la caracterización de la línea divisoria entre la normalidad y la anormalidad del individuo o la colectividad, se determina en función de sus reacciones frente a las demandas de la convivencia humana. De un lado de esa línea se ubican los que carecen de idoneidad en la organización del pensamiento y de coherencia en la realización de la conducta lógica o inteligente. No importa que analicemos al individuo o a una colectividad. Para llegar al diagnóstico nos basta con medir el porcentaje de rendimientos a que conduce el tipo de conducta desarrollado en función, naturalmente, de las exigencias que nos impone el pro-común y de los niveles de madurez alcanzados. ¿Qué juicio deberíamos hacer del individuo que repite incesantemente una misma conducta mediante la cual no logró jamás, ni está logrando, lo que pretende? ¿Qué opinión adoptar de un individuo que es capaz de retener en la conciencia, vivo y patente el dolor de una ofensa que se le infiriera doce años atrás? ¿Dónde colocar a quien se mantiene de espaldas a la influencia dinámica de nuestra civilización apegado a formas estratificadas de un "pasado mejor", pero, sencillamente, pasado?

En el primer caso, arribaríamos a una sintomatología psicopática, con desajustes profundos de la personalidad y detención de los procesos de madurez y crecimiento de la inteligencia y sus calidades de aplicación. En el segundo, encontramos uno de los síntomas característicos y fundamentales de la ESQUIZOFRENIA PARANOICA en que el primer término se explica, según Bleuler, a virtud de "un proceso de aflojamiento de las asociaciones, en virtud del cual llegan a perderse las conexiones lógicas, penosamente establecidas por la experiencia individual, y se engendran nuevas y absurdas relaciones entre los datos del conocimiento"; y el segundo término (Paranoia) se comprende, en función de "la falta de liberación final de las tendencias", mantiene los recuerdos desagradables para el amor propio en la conciencia, creando un estancamiento ideo-afectivo que, —bajo la influencia incidental y desencadenante de una vivencia que revela al sujeto su insuficiencia— se constituye en desarrollo delirante en virtud del cual el sensitivo proyecta fuera de sí el desprecio que íntimamente se tiene. En el tercer caso, se trata de un proceso de "fijación" mediante el cual el crecimiento, en alguno de sus aspectos, o las capacidades de ajuste, se estancan y anquilosan tornándose inoperantes.

La dirección del cotejo se habrá tornado obvia para el lector: se trata del caso Chessman y de todo el "aparato Penal de nuestros vecinos del Norte".

En el primer caso, repite hasta la saciedad las ejecuciones, por diversos procedimientos, aun frente a la evidencia de la elevación inaudita de todos los índices de criminalidad que la medida pretende erradicar o disminuir; en el segundo, trata de castigar a DOCE AÑOS después cuando el castigo no puede sentar precedente y la acción rehabilitadora, en función de la distancia, puede haberse completado (nadie puede saberlo); en el tercero, es ostensible el enquistamiento, la fijación, la incapacidad para crear nuevas formas y procedimientos en sustitución de los fracasados hasta el presente.

Por ello, en nuestro ver y entender, Chessman representa el más formidable alegato contra un régimen legal caduco que trasunta reminiscencias medievales (derecho de horca y cuchillo) en sus decisiones y que se asienta en una interpretación bastarda de la Ley del Talión, sin estimación de los márgenes de culpabilidad que a todos nos cabe, en mayor o menos escala, en la consumación de las actividades delictivas.

Hoy se acepta, comúnmente, que el ser humano trae al nacer (herencia) una serie de factores primarios que la educación y el medio estructuran, modifican y orientan. La infancia, la adolescencia y la juventud de Chessman, y la de tantos millones y millones de Chessman, se estructuraron merced a sus arbitrios y recursos personales. Las oportunidades fueron un mito para ellos, la educación no los trató desde el nacimiento, el régimen económico los desheredó, el aparato judicial no previó ni le importó sus iniciales desviaciones, el sistema social de coexistencia, asentado sobre bases discriminatorias y de prohibiciones, no elaboró una puerta de escape normal para las satisfacciones biológico-sexuales: el resultado es... Chessman, otra vez, siempre Chessman.

Y no confundan los miopes de la inteligencia o los "siete mesinos del entendimiento", no estamos exonerando a Chessman, no estamos abogando por la liberación de Chessman, estamos contra la pena de muerte dentro de las relaciones normales de las sociedades, si les puede caber tal nombre, por cuanto que significa la cúspide del Principio de Sanción y éste yace ridículamente destruido, ante la dinámica de una sociedad que cuenta hoy, a poco que se quiera buscar, con los instrumentos idóneos para la erradicación definitiva de los Chessman, provisionalmente, segregando (que sigue siendo sanción inevitable) a los Chessman y recluyéndolos en condiciones humanitarias, que es tal como decir, rehabilitadoras y, definitivamente, yendo a la educación, a la Escuela, a la transformación radical de las condiciones que hacen posible la existencia de los Chessman.

PICON TIENE IDEAS SOMBRIAS

por Raimundo Fernández Bonilla

Hace alrededor de veinte días que apareció en La Habana, la versión en castellano de la excelente obra de Gaetan Picon, PANORAMA DE LAS IDEAS CONTEMPORANEAS, cuya traducción estuvo a cargo de Gonzalo Torrente. Este libro, por demás interesante, tiene la peculiaridad de ser una verdadera brújula, ideal para la alta navegación en el vasto y turbulento océano del pensamiento actual.

Se recoge en él, casi en su totalidad, lo que más vale y brilla en los diversos campos de la cultura. Sumándosele, a esta virtud, la singularidad de estar redactado con los textos originales de los grandes autores que reúne.

No es una simple antología, como muy bien afirman los editores españoles, en la que una sagaz disposición del contenido ha sido lograda con fortuna más o menos cierta; sino una clarísima imagen (en lo que cabe, naturalmente) del espíritu contemporáneo.

Debo resaltar, el notable ensayo (unas treinta y tres páginas de las ochocientas diecinueve que posee el libro) con que el autor exorna, a manera de introducción, su obra.

En éste, se diría que hace Picón el discurso funerario del pasado inmediato: un liberalismo moribundo se deja entrever, a veces, en el tratamiento que da a los temas que plantea. La concepción del mundo que el optimismo político y el dogmatismo científico del siglo diecinueve crearan, enfrenta su abolición definitiva. Picon ve con tristeza, al parecer, la paulatina desaparición de ese orbe y la inexorable extinción, y de la historia que a él se le antoja armoniosa por consiguiente, de una imagen de la cultura y diáfana. "Todavía ayer. —dice nuestro autor— por diferentes que fuesen nuestros conocimientos, se situaban en un universo común: el vasto paisaje unitario que ilumina una misma razón como un mismo sol, avanzando por la superficie de un mismo mundo, rodeadas de la misma luz, las diferentes búsquedas del espíritu no se perdían nunca de vista. Hoy, cada una de ellas está empeñada en un trabajo subterráneo en que no la guía más que su propia luz: encerrada en una zanja tan profunda que la voz de las otras no le llega. La especialización creciente se aleja cada vez más de toda imagen ordenada de lo real. Al mundo, suceden los mundos..."

También nos hablaba con sombrío tono, Gaetan Picon, de la irreparable ruptura que ha sufrido en sus mismos goznes la cultura occidental. El espíritu de Europa, indudablemente, ha descendido de su posición sagrada, abatido por el oleaje nihilista que amenaza destruirlo. La angustia del hombre contemporáneo ha roto las murallas de la tradición, y en medio de las ruinas humeantes que dejaron a su paso dos desastres mundiales, como un gesto de las tinieblas futuras, emerge el "hombre subterráneo", bajo la sombra espantable de dos muertes gigantescas: Dios y la Razón. ¡Extraño sino ese, el de dos rivales que por siglos se acometieron con saña: ¡Sufrir la misma enfermedad, la misma muerte!

Nuestra nada se nos ha encimado —ve Picón con "horror" genuino—, se nos ha revelado en

toda su estremecedora dimensión. Han caído las máscaras, y asoma su testuz obscura la bestia formidable tras las apariencia purísima del ángel. Por ello, Picón, más que hablarnos nos grita: "el inconsciente de la sexualidad bajo la candidez del amor o bajo la nobleza del arte; el resentimiento en el fondo de la justicia, el orgullo y la voluntad de poder bajo la caridad y la santidad, la cobardía en la sabiduría, la agresividad en la creación, la mixtificación de los valores de la ética y de la cultura. Separado de todas las creencias que le ayudaban a vivir, el hombre está desamparado... "La lucidez es nuestra única arma, pero implacablemente destructora: nos vemos lo suficientemente bien para no amarnos".

No obstante y ser estas expresiones muy poco alentadoras, ve, el autor de "PANORAMA DES IDEES CONTEMPORAINES", en el arte, una esperanza, una "clave del festín antiguo", "conocimiento órfico de la tierra". Porque en su última voluntad de recobrar las inmediaciones del génesis, el hombre acosa al mundo hasta el momento en que brota del caos, "el instante en que lo creado coincide con la creación"...

Sin embargo, esta esperanza, vistas en su totalidad las ideas que el autor se complace en subrayar, resulta demasiado vaga para un mundo urgido de soluciones inmediatas, más concretas y ciertas.

El brillante estilo del escritor francés, se mueve dentro del ámbito crepuscular de viejos temores invariablemente resucitados en las horas décimononas de Occidente.

Desde Antístenes hasta Nietzsche, siempre que el inagotable espíritu Occidental ha comenzado a trascender los límites vencidos de un período histórico determinado, se han hecho patentes los primeros síntomas de decadencia en el desprecio que los grandes pensadores han sentido por las formas de vida en trance de agonía.

En el padre de la Escuela Cínica, tal desprecio por los valores declinantes se tradujo agudamente en su célebre grito de la "vuelta a la naturaleza", que un Rousseau habría de repetir siglos después.

No debemos de olvidar que, éste y Diderot, estudiaron seriamente la vida de los salvajes, de la misma manera que los antiguos maestros de la filosofía cínica, a la que Gottling llamó, con notable certeza, "filosofía del proletariado griego".

Por su parte, Nietzsche, fue un infatigable lector de los moralistas franceses y un gran admirador de Antístenes, quien, como muy bien se sabe, poseyó una férrea voluntad y dió muestras numerosas de una misoginia incontrolable. Este filósofo hubo de hacer objeto de su crítica más virulenta y de su mordacidad terrible a las tradiciones más sagradas y al orden social existente en su época. (Principios del siglo IV antes de Cristo). Era consciente de la imposibilidad de realizar su ideal de vida en medio de la sociedad ateniense de entonces; por lo que denunció su corrupción y su decadencia y proclamó el regreso del hombre a la pureza de su estado natural, estigmatizando la memoria del mítico Prometeo, con la acusación de haber desencadenado el calvario del hombre al entregarle el fuego, símbolo de la consciencia y de la cultura. ¿No asoma, quizás, en esta doctrina, la vertiginosa sombra del irracionalismo contemporáneo? ¿No se muestra, por primera vez, ya en los mismos albores de la civilización Occidental, la turbia silueta del irracionalismo que prevalece hoy en el Oeste de Europa, el obscuro y aniquilador impulso que, hablando en la palabra de Nietzsche, buscó la subversión de los valores, la primacía de la voluntad de poder, la liberación del instinto? ¿No es el hombre natural de Antístenes el más lejano antecedente Occidental del nihilismo europeo? ¿Por qué el constante retroceso a las fuentes primigenias del pensar de Occidente (a través de una sugestiva manipulación del lenguaje) donde, como en una obsesión se abisma Heidegger, quien tantas reflexiones ha dedicado a ese nihilismo? ¿Por qué sus constantes alusiones a Nietzsche, al que Georg Lukács señala, precisamente, como el fundador del irracionalismo en un período de crisis?

Como se puede muy bien ver, no es la primera vez que se habla de crisis en Occidente. No es la primera vez que se traza con sombríos matices el presente y se formula una torva perspectiva del futuro. Incluso, no han faltado voces que han profetizado el advenimiento del fin de los tiempos. Sin embargo, contrariamente a tales presagios, Occidente no ha desaparecido. Es que se ha querido identificar la natural evolución de la cultura europea con la muerte de la civilización de la que aquélla fuera cuna: se ha querido ver en la progresiva o violenta expansión de los límites de la cultura Occidental, en las críticas convulsiones mediante las que se realiza el tránsito de un estadio a otro estadio más amplio de la historia universal, la extinción del "espíritu objetivo", de la historia del mundo culto. Nada más falso, tendencioso y carente de originalidad. Sin duda que hay un universo que se hunde, formas de vida que van entrando paulatinamente en el ocaso; pero tal universo, tales formas de vida en decadencia, (a las que Picón se aferra tristemente, diferenciándose en esto a Antístenes y a Nietzsche, que despreciaron el presente que les rodeaba) son los restos de un gran naufragio: el de la aventura de la civilización liberal, no los jirones de Occidente. De esta época, a la que Jaspers llama "la época axial", puede decirse, con éste, que "Sólo hemos empezado".

De aquí, que "con todo lo que nace en cruda lucha anunciando el futuro, emerja el claro sentido de "La esperanza es el hombre", del poeta contemporáneo Nazin Hikmet, en las frases de sus versos tranquilos: "que vendrá con sus ramas sin espinas— y con sus frutos dulces de cáscara delgada— y con sus largas hojas".

LO QUE NO SE DICE————

OPERA CUBANA EN EL TEATRO NACIONAL

La opera en Cuba es uno de los géneros musicales menos o casi nada cultivado por los cubanos. El siglo pasado conoció algún que otro compositor operático. Eran simples epígonos de la ópera italiana Verdis y Puccinis cubanos...

En 1960 las cosas siguen más o menos igual. Sin embargo, hay un compositor —Natalio Galán— que si no estamos mal informados ha compuesto dos óperas propiamente cubanas: *El Paseo y Los Días llenos*. Es inexplicable que tales producciones (escritas, la primera en 1955, la segunda en 1958) no se hayan dado a conocer en La Habana.

Lanzamos la idea de llevar a escena, es decir a la escena del Teatro Nacional, una de estas óperas de Natalio Galán. El asesor musical de dicho Teatro —Carlos Fariñas— tiene la palabra.

¿DONDE VAS PACO FRANCO?



Cuba se ha convertido en el cómodo totí del cuento.

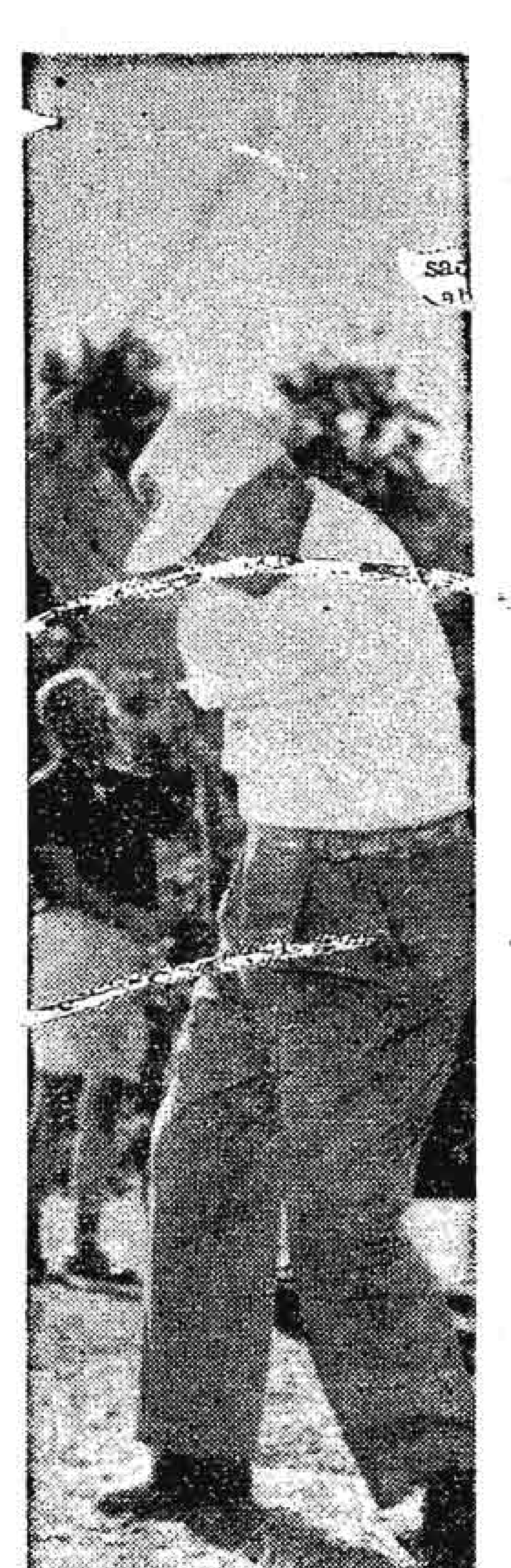
Cada vez que se reune un grupo de hombre libres para protestar de algún tiranuelo, dicen que ha sido instigado por Fidel Castro o por el gobierno revolucionario cubano.

En España —donde las cosas por primera vez en muchos años se están poniendo como es debido— han encarcelado a más de cien personas acusadas de terroristas. La policía de Madrid emitió un comunicado en que afirmaba que los dirigentes eran cubanos y que todo el asunto había sido concebido por cubanos y españoles residentes en Cuba.

Que los españoles residentes en Cuba —españoles republicanos por supuesto— hayan intervenido es posible. Pero no hay duda que la rebelión la hicieron los españoles de allá también. Como siempre. Eso es imprescindible.



EL ESTADO TRISTE AGOBIADO



La jira de Ike a Brasil, Argentina, Chile y Uruguay había sido planeada con gran cuidado. Se le aseguró al presidente que todo estaba arreglado después de haber suspendido la sentencia de muerte de Chessman hasta que él terminara su viaje. Por eso se fué a jugar al golf a Puerto Rico y a tomar el sol de la bella isla de Borinquen. Además, así podría hablar con su amigo Muñoz Marín sobre cómo tratar a los "latinos". Después seguiría viaje hacia el Sur donde ya habían hecho una redada de "sospechosos" (en Río de Janeiro encarcelaron 1,000 "criminales") que pudieran poner en peligro el viaje de buena voluntad del presidente-golfista.

Y llegó el día. Allí estaba el gobernador Muñoz Marín, genial artífice de esa fórmula única que se llama el Estado Triste Agobiado, perdón el Estado Libre Asociado. Allí estaban sus ayudantes, y las bandas, y los soldados, y el FBI, y la policía y los pobres empleados públicos que en todas partes sirven para estas cosas.

Hubo sonrisas, abrazos, flores, más sonrisas, flachazos, más flores y sonrisas. Todo iba de lo más bien. Hasta que apareció en la puerta del aeropuerto de San Juan un grupo de patriotas puertorriqueños con cartelones y banderas puertorriqueñas.

Los cartelones decían:

"Si combatimos en Corea debemos estar listos a combatir por nuestra independencia".

"Ike, queremos la independencia ahora mismo".

Hay quien asegura que el gobernador Muñoz Marín dijo en ese momento una impronunciable palabra de cuatro letras. Y que el presidente norteamericano palideció y dijo algo por lo bajo. Después siguieron las protestas a través de toda la isla.

"¿Si esto nos sucede aquí en nuestra colonia de Puerto Rico —dijo un miembro de la comitiva qué nos espera en los otros países del Sur?

Cuando menos culpan de esto a la revolución cubana. El New York Times publicó un comentario el día antes de este incidente en el que calificaba a Cuba de "nación problemática" y afirmaba que "el problema cubano jugaría un importante papel en el viaje" aunque Cuba no estaba en el itinerario del presidente Eisenhower. Quizás no estén muy despistados porque el buen ejemplo de la revolución cubana cunde (a esto es a lo que más le temen, no al comunismo como afirman) y hay muchas fuerzas dormidas, como por ejemplo la causa de la independencia de Puerto Rico, que están saliendo de un largo sueño.





SARTRE Y LA MARINA

La Decrépita sintió el aliento de **sus servidores** de siempre, los intelectuales **corrompidos** del país, y se armó de mucho coraje y **no pocos argumentos** pseudofilosóficos para **atacar al invitado** del Gobierno Revolucionario, **Jean Paul Sartre** (entiéndase que la Marina hubiera **insultado** a cualquier invitado del **Estado Cubano**, aunque fuese el muy reaccionario don Tancredo). Porque al Gobierno Revolucionario **se le** ocurre invitar a los hombres que están del **lado** de las luchas populares y no a las excrecencias de la España franquista, centro ideológico **del Diario de la Marina**. ¡Qué feliz se hubiera **sentido La Marina** si el invitado hubiese sido **José** María Pemán y el invitador cualquier **esbirro** del pasado régimen! Pero para su **desgracia el** pueblo de Cuba sabe dónde están y cómo **se** llaman sus amigos, y dónde están y cómo **se** llaman sus enemigos.

Por otra parte, el **Diario**, que está al **servicio** de todos los intereses enemigos de la **nación**, hace el ataque en un lenguaje oscurantista, digno de ilustrar un dibujo de Goya, y que desprende el olor inmundo de la Inquisición Española. No quiere saber ese libelo aristocrático venido a menos, que Cuba por tradición y por revolución es una república democrática donde todas las ideas tienen cabida y donde simplemente no hay audacias intelectuales porque **la** libertad de pensar y de escribir **es absoluta**. Tan absoluta que el **Diario** puede **expresarse** libremente a pesar de que su voluntad **es** destruir todo lo cubano.

Además, ¿cuándo el **Diario de la Marina se** interesó por los intelectuales cubanos **aparte de** aquéllos que hoy están en el extranjero **porque** de permanecer en el país tendrían que **rendir** cuentas al pueblo? ¡Basta! Porque **nos parece** innecesario establecer un diálogo **con una ramera tan vieja** y, desde luego, **menos respetuosa** que la pieza de Sartre.

DANZA VS BALLET

Antes no podía imaginarse. Hoy se ha visto. La rápida irrupción en la plástica coreográfica cubana de una nueva corriente estilística que ha dado resultados muy positivos: la *danza moderna*.

Antes no se hubiera creído que sin necesidad de zapatillas, ni "tutús" se podía crear una ilusión coreográfica que trascendiera un mensaje.

Antes nadie se hubiera atrevido a atacar una tradición en el ballet clásico que academizaba nuestros gestos y hacía que nuestro pueblo se exteriorizara en "medias puntas".

La danza explota el gesto directo, el salto apropiado, la función social de la danza. El ballet clásico recrea a través del gesto comedido, la gran técnica, la frialdad social del movimiento.

En esta semana se vieron a los dos, en una competencia, que enriqueció súbitamente nuestra atmósfera coreográfica, tan amodorrada en manerismos clásicos, en puntas virtuosas, el ballet se repetía Quebrando tradiciones, curvándose agónicamente, con los pies desnudos en el tablado la danza moderna nos trajo a la escena bocanadas del pueblo cubano.

Lo que no podía imaginarse se ha dicho esta semana en el campo coreográfico. Los metizos se despojan de sus zapatos para decirnos en pocos gestos qué cosas van a ocurrir dentro de varios años. Los clásicos se calzan sus zapatillas para seguir diciéndonos lo que ocurrió hace ya muchos años.

¿Quién tiene la razón? Nosotros lo sabemos.

PONIENDO EL PARCHE

Usando la vieja táctica de atacar primero para dar mejor, un funcionario del Servicio de Inmigración de La Florida. Edward P. Ahrens, declaró en Miami: "¿Qué podemos hacer, qué puede nadie hacer si cualquiera alquila un avión y dice que va hasta Cayo Hueso o hasta Atlanta? ¿Tenemos algún medio de detenerlo?"

Estos comentarios fueron hechos cuando un reportero del New York Times lo entrevistó para saber su opinión sobre las incursiones aéreas sobre Cuba.

Es decir, que desde ahora las autoridades de La Florida, que disponen de radares, aviones de caza, miles de hombres y mucho dinero (que ya sabemos que Napoleón dijo que es uno de los medios más seguros de ganar una guerra), se declaran impotentes para terminar los criminales vuelos salidos de distintos lugares de La Florida (¿o de un solo lugar que todos conocen?).

El argumento es tonto. Se pasó de listo Mr. Ahrens.

